

BIBLIOTECA  DE AUTORES QUINDIANOS

HOMBRES TRASPLANTADOS

NARRATIVA



GOBERNACIÓN DEL
QUINDÍO



UNIVERSIDAD
DEL QUINDÍO

La Biblioteca de Autores Quindianos

La Biblioteca de Autores Quindianos tiene como propósito poner en circulación, en cuidadas ediciones, los trabajos creativos y de reflexión de los poetas, escritores e investigadores de nuestro departamento. La amplitud del panorama de las letras quindianas se refleja en esta colección, que incluye autores y obras de una tradición consolidada, al tiempo que abre el espacio para las nuevas miradas a la literatura y a la riqueza cultural del Quindío.

En este proyecto de carácter académico han unido sus esfuerzos la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo de un Comité Editorial conformado por expertos en literatura, historia y cultura.

Lo que nos convoca es una convicción que está en la base de nuestras políticas institucionales: Es indispensable promover, apoyar y difundir el producto de la actividad intelectual, y brindar a la región puntos de encuentro para que se piense en las fortalezas propias de su historia, dinámica y diversa.

Con este conjunto de obras en ensayo, narrativa y poesía, la Secretaría de Cultura de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío les proponen a los lectores un espacio para el asombro, el estudio y el descubrimiento.

Julio César López Espinosa
Gobernador del Quindío.

Alfonso Londoño Orozco
Rector de la Universidad del Quindío

Jaime Buitrago

Hombres trasplantados

Novela de colonizaje



Hombres trasplantados

© Jaime Buitrago

Primera edición:

Imprenta Departamental de Caldas

Manizales, 1943

Segunda edición, 2011



Biblioteca de Autores Quindianos

Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío

Universidad del Quindío

Armenia, 2011

ISBN 978-958-8593-20-3

Edición al cuidado de Libaniel Marulanda

Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización escrita del editor.

Diseño de la portada: © Lina María Cocuy

Diagramación: Julio César Pinzón Ospina

Impresión: Centro de Publicaciones de la Universidad del Quindío

Índice

Hombres trasplantados, la novela fundacional del Quindío.
Nodier Botero Jiménez 9

Primera parte

Boca de Colonizaje	21
El Pueblo de los Mineros	27
La Laguna de Maraveles	33
El Incendiario	43
Tigrero	47
En Plena Selva	55
La Derriba	63
Flujo de Colonos	69
Nacimiento de Pueblos	75
Agüeros en el Caserío	83
Pretensiones de los Fundadores	93

Segunda parte

Burila	101
El Abogado de los Colonos	113
Las Guaquerías	119
El Lisiado	133
Hombres de a Caballo	147
Destierros	153
Fúnebres Ramos	165
El Caos en las Veredas	169
Vida Nueva	177
Visita de Heraclio Uribe	183
Ley Áurea	191

Hombres trasplantados, **la novela fundacional del Quindío**

Nodier Botero Jiménez

Con los auspicios de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, vemos aparecer después de una larga espera la reedición de uno de los textos narrativos fundamentales en la historia literaria del Quindío. Se trata de la novela *Hombres trasplantados*, una especie de gesta épica de nuestros antepasados, de los primeros brotes de la civilización, de las luchas contra la naturaleza salvaje, contra las fieras que vivían en ese territorio inhóspito y, de manera especial, contra los peligros del abuso y la arrogancia legalista de la compañía Burila y sus pretensiones de despojar a los colonos de entonces y de extraviarles sus precarios derechos ganados a golpes de hacha. Estos desafueros del legalismo son escenificados como episodio central de la pugna que representó la defensa de los intereses de los primeros pobladores contra los oportunistas del ordenamiento público prohijados por el gobierno central de la nación. Algún historiador antioqueño se refiere a estos episodios como la lucha del hacha (del colono) contra el papel sellado (de los depredadores).

La obra fue publicada originariamente en el año de 1943 y su subtítulo, “Novela de Colonizaje”, resume el asunto o núcleo temático de la narración. Su autor, Jaime Buitrago Cardona (1904–1963), había nacido en Calarcá y puede ser reconocido como el escritor quindiano más significativo en relación con el estudio y la presentación narrativa de la colonización del Quindío, una especie de Homero de nuestro departamento. Junto con la novela *El río corre hacia atrás* de Benjamín Baena Hoyos, la narración–descripción de Buitrago Cardona configura un documento–monumento de la historia del Quindío que, dada la intención investigativa–documental del novelista, puede utilizarse para llenar el vacío

de textos referentes a la historia Quindiana de los tiempos de poblamiento por los inmigrantes llegados de otras partes del país.

La obra fue construida como una forma híbrida de novela y narración histórica. El autor utiliza sus experiencias en la tarea de revisión de archivos, por lo cual abunda en referencias realistas: fundación de la colonia penitenciaria de Boquía (1842), colonización y poblamiento de ciudades en el Quindío (Salento, Montenegro, Génova, La Tebaida, Filandia, Calarcá, Armenia) y una galería humana que incluye desde Jorge Robledo y Miguel López Muñoz hasta Jesús María Ocampo, Alejandro y Jesús María Suárez, Segundo Henao, Román María Valencia, el padre Ismael Valencia, alternando con personajes ficticios, colonos, pobladores, cazadores, aventureros, prófugos de la ley y con el marco socioeconómico de la acción depredadora de la compañía Burila, fundada en Manizales a finales del siglo XIX. La acción de la compañía expoliadora nos recuerda a la famosa Casa Arana de *La vorágine*; el conflicto configurado por las pretensiones de desposeer a los campesinos, que informa gran parte de la materia narrativa, es finalmente revelador de cómo la acción de los poderes centrales sólo llegaba a estas gentes sencillas en forma de absurda y rechazable imposición. El problema mismo se constituyó, a la vez, en factor unificador y casi definitorio de una identidad regional, pues afectó prácticamente a todas las poblaciones del Quindío, a Caicedonia y Sevilla. Sería éste, entonces, el primer motivo político que iniciaría el perfilamiento de un rasgo de quindianidad.

Aunque *Hombres trasplantados* es una novela que presenta una prosa artística muy bien elaborada y con muy buenos componentes narrativos, sus valores han de buscarse más en lo histórico que en lo novelístico propiamente dicho. Es significativo, por la similitud, que en algunos autores de la llamada narración postmoderna se recurra a este mismo artificio de involucrar en escena personajes de la realidad histórica con otros creados por la imaginación del autor. Puede

decirse que la obra de Jaime Buitrago *enseña deleitando*, según la conocida sentencia latina.

No puede desestimarse en esta novela la notable capacidad descriptiva y la amplitud abarcativa de la escena quindiana que Buitrago nos presenta. Aparecen referenciados, al mejor estilo desarrollado por J. E. Rivera en *La Vorágine*, las magníficas escenas del otrora torrentoso río Quindío, la majestad de las montañas que lo circundan, las estampas idílicas del Valle de Cocora, los peligros que representaban los animales salvajes en el territorio por ese entonces inexplorado, las leyendas de la laguna de Maravélez, los espíritus, los duendes y los espantos, al lado de la insólita pericia de *Tigrero* para capturar las fieras dañinas y, en general, del supremo heroísmo encarnado en la raza de colonizadores que hicieron posible el comienzo de la civilización regional. Jaime Buitrago publicó también *Pescadores del Magdalena* (Bogotá, 1938), *La tierra es del indio* (Bogotá, 1955) y *Aves enfermas*, que lo confirman como el novelista más prolífico en el ámbito regional. Se trata, además, de un verdadero estudioso de la realidad histórica de nuestro territorio.

La forma de construcción novelística es la sucesión y la superposición de escenas, cada una con su respectivo título: «Boca de colonizaje», «El pueblo de los mineros», «La laguna de Maravélez», «Tigrero», «La derriba», «Nacimiento de pueblos», «Las guaquerías», etc. Esta construcción presenta su condición unitaria en la medida en que algunos personajes aparecen en diferentes escenas y de esta manera aseguran una continuidad narrativa, como en los casos de Jesús María Ocampo, Catarino Cardona y Román María Valencia. Por lo demás, el libro sigue unos delineamientos históricos que bien pueden ser derivados del texto que el mismo autor escribió sobre la colonización del Quindío. Pero dentro de la amplitud del concepto de novela esta obra califica como tal, a pesar de no poseer una trama o un argumento sólido y de que no pretenda llevar a sus lectores a una situación de clímax de la acción, como ocurre casi siempre en la novela tradicional.

Desde una perspectiva rigurosamente histórica, anotamos que la obra se refiere básicamente a la primera etapa de la gesta colonizadora, más bien al período que podemos llamar fundacional, pues lo que aparece en escena son los personajes y acciones que sirvieron de punto de partida para el ordenamiento de la vida civilizada en la región del Quindío. En la novela *El río corre hacia atrás*, se presenta una segunda etapa que nosotros calificamos como la colonización en marcha.

En *Hombres trasplantados* se nos revela una exposición seriada en grandes trazos de todo lo que fue la gesta heroica de la fundación de los pueblos que constituyen hoy el Quindío y la región del norte del Valle. De manera especial, la ciudad de Armenia, en donde los colonos construyeron los escenarios y los instrumentos civiles que fueron augurio de su civilización: la casa de gobierno, la iglesia, la plaza pública, los lugares del comercio. Estos mismos colonos, a la vez, eran agricultores que tenían primero que dominar la selva antes de organizar sus cultivos. El hecho de tener que librar su lucha contra la naturaleza en su diario trajinar constituye también parte del asunto novelístico. En títulos que aparecen como guías de la lectura del texto se van mostrando las escenas típicas: el río caudaloso, la derriba de los árboles, la acción valerosa de los protagonistas cuando enfrentan a las fieras de la selva, los detalles de la fundación de los municipios quindianos.

Dentro de todo este contexto se presenta una verdadera galería de personajes: el primero de ellos Jesús María Ocampo, llamado *Tigreiro*, como protagonista directo; el abogado de los colonos, Catarino Cardona; el orador de la vereda, Zabulón Noreña, entre otros. En algunos pasajes del texto se aluden algunos fragmentos de leyendas indígenas, lo mismo que la vida de colonos anónimos que ejercitaban funciones de gaaquería o de taladores de bosques. A través de gran parte de la obra se resumen los alegatos legales y la oposición de hecho a las pretensiones de la compañía Burila, que sorpresivamente se presentaba como única dueña del territorio. Todo esto para

enmarcar lo que es la aparición de los pueblos del Quindío, no solamente Armenia, sino también Salento, Calarcá, Pijao, Génova, Córdoba, Barcelona.

Ya en la parte histórico-política, la novela nos va contando todas las acciones propias de la vida desde la época de la fundación de Armenia y su dependencia de Salento y de Cartago (un prefecto en Cartago, un alcalde en Salento, un corregidor en Armenia), hasta lo que pudiéramos llamar los hechos de independencia política que ponen en controversia a los pobladores de Armenia con los de Salento y Calarcá. De una manera casi cinematográfica van desfilando las escenas relacionadas con las juntas de vecinos, los reclamos a los funcionarios, la acción del abogado defensor de la causa campesina, las ejecuciones de actos no solamente de fundador, sino de gestor, que realiza Jesús María Ocampo, los entramientos que colocan las autoridades centrales y la llegada de todos estos clamores hasta las instancias político-administrativas de Bogotá. Todo el conjunto narrativo permite la calificación de la obra como novela histórica acerca del nacimiento de la vida civil quindiana.

Por lo expuesto, celebramos la feliz circunstancia de la nueva publicación y felicitamos a las autoridades culturales que la han hecho posible.

Para esta edición se siguió fielmente la versión publicada en 1943, en la cual sólo se corrigieron las erratas evidentes y las inconsistencias tipográficas; además, se actualizaron las convenciones de los diálogos para mayor claridad de las acotaciones. Se respetaron las grafías originales, los topónimos, los modismos y los regionalismos, y se conservó la puntuación propia del autor, en ocasiones muy particular. En los casos dudosos, se unificaron las grafías tomando como modelo la forma más común a lo largo de la novela.



Jaime Buitrago Cardona
(1904–1963)

Hombres trasplantados

Novela de colonizaje

Primera parte

Boca de Colonizaje

1

La Colonia Penal de Boquía, establecida por el gobierno colombiano en 1842 con el propósito de ampliar y mejorar el camino que unía a Cartago con Ibagué, constaba de cuarenta hombres. El edificio de esta colonia estaba situado en un boquete de la selva lúgubre, a la vera misma del camino nacional por donde viajaban obligadamente los representantes que se dirigían al Congreso desde las tierras lejanas del Cauca Grande.

En épocas de invierno este camino se hacía intransitable por sus canalones profundos, rebosantes de pantano, en los cuales se atascaban las recuas diezmándose en el diabólico barrizal, y solamente los bueyes de poderosos nervios lograban salir avante llevando sobre el lomo la presencia de lucidas matronas, o la estampa aguerrida de un senador impetuoso.

Desde el amanecer, los presidiarios emprendían la cuesta del camino nacional, vigilados por sus respectivos guardianes. Al hombro portaban las herramientas, y las fuerzas parecían estar plegadas contra sus músculos en desgano doloroso. Y era que en los tiempos del estío, el calor y los ventorrales apretaban con tal fuerza los barrancos de la vía, que las garlanchas y picas saltaban al golpear la tierra, desgarrando las manos de los condenados. Tan terribles eran los canjilones que hasta las propias mulas se descarnaban los cascos y sangrando, patituertas, recorrían aquel camino retostado y aspérrimo.

Cuando pasaba un viajero ahorcajado en corpulento bridón, los penados suspiraban más hondamente por su libertad, recostados en sus barras o en el cabo de sus piquetas. Luego miraban hacia el inmenso cielo decorado con vagas nubecillas. Y acoyundados por la añoranza de sus lares, continuaban la brega hasta el anochecer.

No todos los presidiarios iban al trabajo. Algunos lograban fugarse siguiendo el camino de Ibagué y Anaime; otros cogían la dirección opuesta continuando hasta Cartago. Los menos afortunados se internaban en las montañas del Quindío, en cuyas fauces perecían como en la jeta de un cocodrilo. Decir Quindío entre ellos era lo mismo que decir lugar de catástrofe. Solamente los bóldos se atrevían a bajar al corazón oscuro de aquellas tierras de muerte, en cuyos ámbitos el tigre fulgía cual llamarada ambulatória, y las sierpes heladas por el odio y el veneno se anudaban con la furia de las mancebas rivales.

2

La brusca construcción que representaba la Penitenciaría fue rodeándose de viviendas de agricultores, atraídos por el aglutinante de la fonda inicial. No tardaron mucho tiempo en aparecer los cultivos en sus diferentes aspectos, y los terrazgueros, halagados con la esperanza de las cosechas, ensayaron los primeros amagos de sociabilidad. Los ventorrillos surgieron como atractivos imprescindibles y los cultivadores tuvieron ya otros sitios para emprender sus transacciones de compra y venta, y además los hemicyclos criollos para sus parlamentarismos. Desde la Colonia Penal podían observarse las pequeñas calles bordeadas por ringlas de casitas. Aquel paisaje de pueblo en formación ensanchaba las aspiraciones de las familias labradoras.

El gobierno cedió herramientas y ganados, como también varios miles de hectáreas de terrenos baldíos en Boquía, para que fueran repartidos entre los cultivadores establecidos y los que fueran llegando a formar sus granjas en la comarca.

Como algunas parcelas cultivadas quedaron fuera del globo de tierra que entró en la adjudicación, los colonos que llegaban les planteaban pleitos a sus dueños, queriendo apoderarse de los minifundios. La Junta de Ejidos o Comisión Agraria intervenía en dichos pleitos, haciendo respetar los territorios de

los primeros colonos. Estas intervenciones eran confirmadas por el Juez Poblador. Verdad es que los jueces de la capital de la provincia recibían memoriales a los detentadores, y muchas veces los resolvían adjudicándoles las tierras a éstos.

En medio del bullicio de los colonos que se reunían en las fondas a deliberar sobre ganados y cosechas o a jugar barajas, el Juez Poblador solía tener sus diálogos con Hermógenes Ballesteros, gran buscador de tesoros de factura aborigen:

—El poder judicial, señor Juez, es el único que puede avocar los problemas sobre baldíos.

—No hay tal, Hermógenes. La Junta de Ejidos y yo tenemos plenos poderes para resolver los pleitos entre los colonos de Boquía.

—Pero hay gentes que están metiendo peonadas en las pequeñas adjudicaciones y hasta los graneros se los han tomado a mano fuerte.

—Así es, porque usted sabe, mi amigo, que en asuntos de tierras y de mujeres los problemas no han de faltar. Sepa que hace algún tiempo llegó a Boquía un individuo llamado Mauro Taborda, con el propósito de establecer sus sembrados de papa y trigo. Como no le interesaban los sitios montañosos alejados del círculo del caserío, resolvió adueñarse de las mejoras de un colono humilde de nombre Pascasio Medina. La Junta y yo nos opusimos a sus ambiciones. Entonces Mauro se dirigió al Juez de Cartago en demanda de protección. Este falló en favor de Taborda, dejando en la calle a Medina. La Junta de Ejidos intervino nuevamente y entregó el terreno a su antiguo poseedor. Lleno de odio Taborda arrancó los cultivos de Pascasio y no contento con esto le incendió el rancho y huyó en la noche. Medina cargó su escopeta para vengarse y como Taborda fuera informado de sus pretensiones, lo asaltó en el camino nacional y lo cosió a puñaladas.

—¿Y en dónde está ese hombre? —preguntó Hermógenes lleno de curiosidad.

—Se encuentra aquí en Boquía. Los jueces de Cartago resolvieron que pagara su condena en esta Colonia. Pero hay

más: este incendiario se ha tornado en un verdadero loco que no deja dormir a sus compañeros de presidio. Según dicen, piensan llevarlo para el manicomio de Bogotá, antes de que se les fugue. Como es tan alto y tan flacuchento, cabe por cualquier resquicio de la prisión.

Hermógenes se retiró de la fonda notoriamente preocupado. Le fastidiaban los pleitos, y en general, todo aquello que tuviera que ver con los códigos. A él, la tierra no le interesaba en sus frutos exteriores, es decir, en su galanura vegetal. Si la quería era por sus riquezas profundas, por su oro de guaca de fácil explotación. Y al sur, en las montañas sórdidas del Quindío, estaban los tesoros de los indios Quimbayas, los mejores aurífices de Suramérica. Pero ¿quién lo acompañaría a tales regiones? Cuando llegó a su chacra ya había oscurecido y, a la distancia, un molino de piedra ronza el trigo con melancólicos dejos.

3

A la media noche los cielos se rompieron en cataratas de lluvia. Las nubes, con violencia de machos cabríos, se arremetían haciendo chispear sus cornamentas de fuego, y las cúspides lejanas, en aparente estado de catalepsia, permanecían impasibles ante la tragedia de las hondas vaguadas.

El río Quindío, engrosado por el caudal de aguas que chorreaba la tormenta, daba mugidos de monstruo herido, arrancando los árboles de cuajo como si se tratara de la Tempestad de Waldorf. Transformado en colada turbulenta, sucia, bajó por el caserío destrozando las sementeras propincuas y los casucos de los labriegos. Las mujeres gritaban, los niños gemían y las aves enceguecidas por los zarpazos de los relámpagos, volaban con vuelo torpe cayendo indefectiblemente en el ávido turbión.

Gritos agudos se precisaron en medio de la borrasca:

—Perdimos las cosechas... corran que se nos van las viviendas...

Era la voz de Cornelio Marín que desalado corría de un sitio para otro, tratando en vano de impedir las proporciones que iba tomando la arrolladora creciente. Hermógenes conoció la voz de su amigo y rápido corrió en ayuda de las familias indefensas. Ora salvaba a una niña con sus brazos nervudos; ya levantaba en sus hombros a un pobre viejo consumido por las fiebres del trópico.

Amparadas por la confusión que reinaba en el caserío, dos sombras resbalaron a lo largo del paredón de la colonia. Eran Mauro Taborda y un compañero suyo que lograron evadirse de la prisión.

Cuando sonó la voz de alarma de la Penitenciaría, ya los dos prófugos iban lejos, embarcados en los turbiones de las aguas. Cuatro guardianes fueron encargados para su captura. Sin embargo sus pesquisas resultaron inútiles y al amanecer dieron cuenta al alcaide de su fallida persecución.

Con tono airado y vengador el Jefe de la Colonia les respondió:

—Ustedes son unos cobardes. Los dejaron fugar río abajo y no se atrevieron a seguirlos por la selva. Pero yo los perseguiré a donde vayan, si es que no han muerto destripados por las empalizadas de la borrasca.

Al día siguiente los pobladores del villorrio, conmovidos ante los desastres de la inundación, se reunieron a deliberar.

—No desmayemos en la lucha —dijo Ramón Paláu—. Hemos perdido los sembrados, pero no registramos, por fortuna, ningún muerto. Sigamos cultivando estas tierras de promisión que ellas pagarán nuestros sacrificios.

—¿Y ahora qué hacemos? —expresó con tristeza la mujer de un colono—. La mayoría de las casas están anegadas y el maicito que teníamos guardado para alimentarnos, se nos va a retoñar.

—Casi todos quedamos en la ruina —anunció una hembra joven con un chirringo en los brazos—. Mi marido perdió el molino y el pequeño trigal.

—Ciertamente, señoras —respondió el aludido—. Los colonos no debimos sembrar en estas tierras bajas.

—Se me viene una idea —dijo Vicente Henao, gran conocedor de la región—. Pasemos el caserío de Boquía al sitio de Barcinales que está arriba en la falda. Es lugar elevado muy a propósito para sembrar y edificar.

—Magnífico —respondió Paláu—. Vamos, pues, a fundar un verdadero pueblo y a continuar nuestras labranzas que es lo mejor.

—Vamos... —dijeron las mujeres entusiasmadas con la arrogancia de los proponentes.

—En marcha... —gritaron los agricultores todos, agitando las gorras por encima de sus cabezas.

Y las viviendas que respetó la avalancha del río, fueron desbaratadas para transportar sus materiales a sitio alto que no estuviese amenazado por aguas tormentosas.

El Pueblo de los Mineros

1

Allá van, trepando la cuesta de Barcinales, los grupos de colonos errantes acompañados de sus mujeres y sus hijos. Son los legionarios primigenios de la epopeya colonizadora que ennobleció los anchos territorios del Quindío. Adelante de ellos, como un Moisés joven, marcha Ramón Paláu, espíritu aventurero, varón de empuje, prototipo de una raza cuyos ímpetus de lucha se desplazaron de su suelo nutricio para internarse en las montañas hórridas a plantar sus parcelas y a levantar sus ranchos como primeros destellos de civilización. Los hombres llevan algunos la piedra de moler o el cerdo mamantón; otros el pilón de guayacán o la escopeta. Las abuelas cargan en los brazos o llevan de la mano a los nietos pequeños; las mujeres jóvenes arrear la vaca lechera conseguida a golpes de sudor en los barbechos de Boquía.

La codicia desmedida jamás fue en estos hombres que marchaban al azar, sin más consuelo que el músculo y las herramientas rudimentales del labrador. No contaban como en los tiempos de ahora con la eficacia de las máquinas agrícolas, ni tenían conocimiento de la colonización técnica que fomenta la construcción higiénica de la vivienda rural. Si iban en busca de la aventura, ello se debía a que estaban cansados de hurgar tierras ingratas en sus maternas latitudes, y buscaban campos exuberantes que les permitieran conseguir una mediana fortuna para dejarles a la compañera y a los hijos, antes de caer en el extremo ineluctable de la muerte.

Preparado el campo escogido para la fundación, trazaron la plaza y las calles sirviéndose de un machete, un calabazo y una cuerda de pabilo. Luego se procedió a la parcelación de las nuevas tierras y a la entrega de lotes. Cada colono recibió el suyo.

Alegres como nunca, los agricultores levantaron sus viviendas con la presteza de los gitanos cuando erectan sus toldas. Parecían aquellas casas, con sus techos desparramados en forma de alas, un vuelo estacionario de gaviotas en el mar de la selva. En reunión especial, el caserío fue bautizado con el nombre de Aldea de Nueva Salento.

Y bautizado el pueblo incipiente con este nombre, entró a la vida nacional con un acopio de bellezas naturales. Los inmensos cerros, atalayando el palmerío, sirviéronle de miradores o cimeras, y los rebaños de ovejas y de cabras, le pusieron cinturón con sus flogeles móviles. En los barrancos las manzanas rojigualdas pregonaron su lozanía, prendidas en sus tallos como si Eros o Pomona estuviesen bajo la tierra inflando sus esferas al través del bohordo leñoso.

Paláu y Henao, colocados en sitio eminente, sonreían como semidioses viendo crecer el pueblo.

Primero fue el levantar una vivienda como primera célula de organismo que se inicia; luego vinieron otras y otras, imitando el proceso de la mórula en la gestación del ser humano. El Juez Poblador precisó nuevamente el trazado de las calles, la corrección de la plaza principal. Las manos habilidosas de las mujeres esmaltaron los patios con los tonos múltiples de los jardines, y en las vías apenas en embrión se aumentó el movimiento de los colonos con la aparición de las cantinas. En la herrería cantó el martillo su canción frenética y el arriero que conducía la mula del correo, silbó alegremente con dirección a la casa consistorial, en donde el rústico telégrafo picoteaba las letras del mensaje como gránulos de mazorca en sazón.

En tiempos de luna llena, las mujeres de los colonos se permitían algunas libertades, tales como visitar a sus vecinas o cantar endechas de un pleno sabor terrígeno, vibrantes en la noche cual si fuesen campanas de cristal. En las épocas oscuras, la aldea se poblaba de faroles y se escuchaban voces de viajeros que, después de andar perdidos por el camino nacional, desembocaban alegres en el remanso aldeano

2

Pero esta vida apacible y diáfana cambió de rumbo cuando en las estribaciones de la cordillera, las minas de oro reventaron sus filones en escarlatinas mágicas, y los ríos Boquerón y Navarco, recogiendo sus peplos de agua, dejaron ver en sus playones el brillo del metal que afianza los esponsales y el prestigio de los reyes.

—¡Hay oro en los ríos, hay oro en los peñonales...!
—gritaba Hermógenes Ballesteros corriendo como un loco por las callejas del poblado.

De idéntico modo que el soplete aviva la llama, el deseo pugnaz prendió en los inconformes la sed de las riquezas. De tal manera que aquellas ansias, incrustadas en el cerebro como el oro en las peñolerías, les hizo despreciar la tranquilidad del hogar y el cultivo promisorio de la tierra.

—Con el oro que cojamos podemos conocer ciudades, enamorar mujeres, darnos el gusto que ningún hombre se haya dado en la vida —decían los jóvenes inexpertos.

Y los hombres maduros, agregaban:

—El oro nos hará libres. Volveremos a Medellín y les haremos sombra a los millonarios.

Estas ambiciones sin control alguno, constituyeron para los ingenuos varones del colonizaje, un filón de pesadumbres.

¡Oro de filón, oro de aluvión, oro de huaca! Tres nombres distintos de un solo dios verdadero. Esta deidad atrajo hacia la Aldea de Nueva Salento diversas clases de individuos: mineros expertos en los trabajos de los socavones; mazamorreros, comerciantes en joyas y una fuerte patrulla de campesinos.

Estas inmigraciones venían de Cartago y de los pueblos más apartados de Antioquia. En pleno camino montañoso dormían a la intemperie, soportando los aguaceros de la noche o el frío bandolero de los páramos.

—Salento está construido sobre un pan de oro. En sus propias calles lavan la arena los mineros —decía alguno.

—Muy cierto —afirmaba otro—. Y no sólo los ríos corren sobre lecho de oro, sino que los conquistadores perdieron el tiempo buscando El Dorado fuera de esta región.

Y con la boca reseca y los ojos repujados por la codicia, continuaban el viaje. Tan pronto llegaban a la aldea, se informaban, adquirían lo más urgente y proseguían de largo hasta las propias minas. Los caminos de penetración se hicieron bordeando la selva, o rompiéndola cuando fue necesario.

Hermógenes Ballesteros, Vicente Henao y Cornelio Marín, fueron los primeros en llegar a los criaderos de oro. Mas, como estaban poco duchos en las labores técnicas de la minería, se dedicaron apenas al sencillo deporte del mazamorreo.

Semidesnudos, metidos en el río Navarco hasta las rodillas, meneaban con orgullo la batea orera, abriantando los ojos cuando las estrellitas de oro refulgían entre la arena plomiza. Hermógenes, al notar que el áureo metal se le caía al agua envuelto en los sedimentos, les dijo a sus compañeros:

—Lo que soy yo no bahaqueo más. Estoy mojado hasta los huesos y no he cogido ni siquiera un tomín.

—Tenga paciencia, amigo —le contestó Henao—. El aprendizaje del mazamorreo no es así nada más.

Marín continuaba impertérrito meneando su batea con la delicia de una negra jipata que mece las caderas bajo el dominio de la rumba. Ni siquiera se daba cuenta de la dinamita que estallaba periódicamente en los penetrales de las minas aledañas, ni de los heridos por las explosiones que eran llevados en barbacoas de arenillo.

Otros mazamorreros —éstos sí mineros de verdad— trabajaban por las partes de arriba del río. Y en cada juego de batea sacaban de uno a dos castellanos.

—Esto es una bendición de Dios —decían saboreándose.

Y los músculos se les movían simulando el alimento que atraviesa una garganta y en sus caras brillantes y un tanto pálidas por el hambre, el sol último les ponía cutícula de oro, haciéndolos aparecer como tunjos o dioses aborígenes.

Oscureciendo regresaban al poblado con sus cachiporras de oro fuertemente ligadas en paños de lienzo, en tanto que los otros, los fundadores, apenas llevaban cada cual un roelito que alcanzaba a pocos tomines.

—Esto es fuego congelado—prorrumpían los mazamorreros ocasionales.

3

Los mineros de cuarzo triturado o de oro corrido o aluvional, empezaban sus juergas los sábados en la noche. Los billetes lucían su epidermis nueva en los garitos que se multiplicaron como por encanto, y las mujeres livianas y aventureras participaron de esa barahúnda del billete. En tiempos de lluvias los criaderos de oro imposibilitaban su extracción, y los trabajadores se veían obligados a obtener préstamos de los usureros o agiotistas. Los gastos en el costo de la vida y las muchas válvulas que daban escape al dinero adquirido en forma de préstamos, colocaban a los mineros en tal inquietud que, cuando regresaban de los yacimientos auríferos y el ciclón de las deudas les liquidaba la mayor parte del dinero obtenido por concepto de jornales, apelaban a la bebeta de licores, único refugio para olvidarse de la propia existencia.

Y en el hondón de las noches, hastiados de cansancio, los mineros cuajaban sus camorras estentóreas, en las cuales no faltó el muerto que alumbraran cuatro cirios, en la aurora pérfida que anunciaba el amanecer.

¡Sangre en el poblado! ¡Sangre de mineros cuyas retinas exaltadas por el brillo del oro, buscaban el rubio metal en los residuos de pirita y hasta en la flor del girasol! Locura del color amarillo, así estuviera en el moteo de las luciérnagas o en las chispitas de los dientes de la amada. Oro de las estrellas, del sol tardío, de las llamas proletarias. ¡Oro y más oro para su sed!

4

—¿Y usted qué opina, Hermógenes? —le preguntó Ramón Paláu acercándose con otros amigos.

—Que Salento se llenó de buscadores de oro. Por todos los caminos entran en olas desesperantes. Los hombres que aquí vinimos primero, abandonamos el campo. Y hasta nuestras mujeres, cuando mecen los niños, sueñan con el bamboleo de la batea cóncava. Es una pesadilla horrorosa que nos ha invadido a todos. Constantemente me parece oír sonidos de campanas, tintineos de monedas. Y las guacas que pueblan las regiones del sur, me atraen con fuerte imán. ¿Cuál de ustedes me sigue a las montañas del Quindío?

—Por allá no hay oro, Ballesteros —le objetó Cornelio.

—Lo hay y por arrobas. En el Quindío habitaron los indios Quimbayas y enterraban el oro que sacaban de todos estos ríos y minas. Debe ser sabroso encontrarlo juntico, en puros chicharrones, en el fondo de las guacas.

—Por ahora no lo acompañamos —respondió Henao—. Tal vez más tarde marcharemos con usted, si es que regresa de por allá.

—No se olvide —terminó Marín— que abajo están los vencidos y el cementerio. Y abajo, en esa hoyada inmensa, está el Quindío.

Hermógenes se despidió de los amigos y se dio a la empresa de buscar compañeros que lo siguieran a la montaña. Tomás Herrera, Miguel Santana y Basilio Valencia le salieron al paso:

—Nosotros iremos con usted. Somos guaqueros de verdad y buscamos el oro en donde esté.

Lleno de emoción les respondió Ballesteros:

—Les acepto el ofrecimiento. Sepan que al sur está la salvación.

Y con abrazo estremecido quedó sellado aquel pacto.

La Laguna de Maraveles

1

Colocada entre dos gruesas cordilleras que se levantan hacia las alturas para sostener el puente natural de los cielos; cortada a trechos por largos raudales que simulan cuerdas de un arpa gigante de resonancias trágicas, tal se presenta ante los héroes del colonizaje la profunda hoya quindiana, de cien leguas cuadradas de superficie, tupida en borbollones de pura selva. Dijérase un circo romano de vastas proporciones, en cuyos dominios saltaban las fieras hambrientas, mientras el Destino, haciendo las veces de Pretor, se engreía y se mofaba viendo perecer a sus víctimas.

Hacia esa cuenca de calamidad y de muerte van caminando los exploradores criollos. En sus manos relumbran los machetes al cortar los jarales abstrusos que tratan de impedirles el paso. Un vaho aterrador, especie de neblina, se levanta por doquiera, envolviendo los árboles con su abrazo fatídico. A medida que avanzan formando la trocha, la trabazón de la jungla se les presenta en verdaderas alambradas vegetales. Un día de lucha equivale a muy pocos kilómetros de avance, pero aquellos hombre parecen formados de mineral y nada los detiene.

—¿En estas espesuras habrá mucho tigre? —pregunta Miguel Santana dirigiéndose a Hermógenes.

—Están plagadas, mi amigo.

—Entonces estas selvas le quedan a la medida a Jesús María Ocampo —interpola Tomás Herrera.

—¿Cuál Ocampo? —indaga Basilio Valencia.

—Un amigo matatigres que tengo en Salamina. Cuando una fiera de estas se encapricha en algún paraje, los vecinos corren y le avisan a Ocampo. El cazador coge sus perros y su cuchillo y se adentra en los oquedales, blandiendo las

puñaletas de sus ojos. Es punto de honor suyo no retroceder en la empresa. De allí que jamás regrese a Salamina con las manos vacías. Tigre que persigue puede darse por muerto, porque este hombre nació para matar fieras como nosotros nacimos para guaqueros.

—¿Qué clase de trampas usa? —interrumpe Hermógenes.

—Qué va. Si fuera con trampas ni siquiera merecería contarse el hecho. Cualquiera de nosotros podría hacerlo. La gracia está en que Ocampo busca la fiera para enfrentársele, porque él sabe todas sus mañas. Conoce sus pisadas y sus rugidos y en el olor que despide el tigre sabe muchas veces a qué distancia se encuentra de su cuchillo.

—¿Todavía vivirá Ocampo en Salamina? —pregunta Basilio.

—No sé. Algunos aseguran que está en Pereira; otros dicen que lo vieron pasar para Anaime, trepando el camino nacional.

Los exploradores hacen corto silencio para precisar en su imaginación la figura recia de aquel hombre que degüella tigres reales como si se tratara de gatos domésticos. Ante sus hechos de valor, se sienten empequeñecidos y una especie de recelo trata de invadirlos; pero al mirarse las caras piensan: “Somos cuatro” y esta idea los fortalece. Después continúan abriendo la trocha. Detrás de ellos marcha Tomás Herrera con las herramientas de guaquería.

Reventadas las manos por los tenaces esfuerzos, resuelven buscar las márgenes del río Quindío. El cual, henchido de aguas por el invierno en los farallones andinos, atruena la montaña golpeándose contra las piedras, en tanto que las guadas, inclinadas sobre su corriente, picotean el furibundo crestaje de las olas. De cuando en vez, formando antítesis a la tristeza de aquellos sitios, vuela una enorme mariposa de felpa que, a grandes trancos aéreos, recorre el río, abriéndose y cerrándose a modo de libro misterioso para que los viajeros descifren el tatuaje de sus colores vivísimos.

—Esto va mal. Tenemos que permanecer aquí hasta que el

río se abaje —irrumpe Hermógenes.

Y construyen un tambo, mientras la noche los rodea con su tiniebla espesa.

—Sepan mis amigos, que en estos andurriales puede un hombre hacerse rico siempre que tenga el alma atravesada —prorrumpie Tomás Herrera.

—No hay duda que sí —contesta Hermógenes—, porque bastante hacia el sur está la laguna de Maraveles, en la cual flota una canoa encantada, de oro macizo, que al tocarla se queja como una mujer.

—¿Y eso por qué Hermógenes? —preguntaron a un tiempo Miguel y Basilio.

Y con narración sencilla les contó esa historia que puede resumirse así:

“El primer hombre civilizado que pisó las tierras del Quindío se llamó Miguel López Muñoz, el cual exploró el río de La Vieja desde su nacimiento hasta su desembocadura en el Cauca. Más tarde don Jorge Robledo pasó al Quindío y comisionó a Álvaro de Mendoza para que explorara la región, pues antes de llegar estos personajes, existían los indios Quimbayas que poblaban la montaña. Para estos indios, como para muchas otras tribus del país, la honestidad y su propia religión eran sagradas. Cultivaban la tierra y labraban el oro con primor superiorísimo al de los Incas del Perú.

“Entre las indias jóvenes figuraba como la más hermosa, Tulaima, la de los dientes de nardo, voz de concertina y cabellera de abenuz. Sus ojos grises le daban apariencias orientales y en la cabeza ostentaba eréctiles plumas tan fulgurantes como las luces de los rubies y los zafiros.

“Después de cumplir los ritos sacramentales de su tribu, el indio Maraveles, hechicero y enamorado, la hizo suya. Mas he aquí que en el lecho de la indiana no surtió la fuentecilla de la virginidad. Entonces el indio, presa de indecibles angustias, herido hasta en lo más profundo de su hombría, exclamaba en su lenguaje: Porque si una lágrima de la madre, vertida por las delincuencias del hijo innoble, vale tanto como un río de sangre,

una gota purpúrea que falte en el tálamo de la enamorada, se equipara también a un mar de amargas lágrimas...

“Y así como el felino que desgarró la indefensa víctima la esconde en lejano matorral, entre gémulas venenosas, para volver días después a saciarse en aquella carne inocente, así el malvado violador, el hombre infame, espera el momento preciso para regresar al sitio en donde su villanía desgarró un corazón.

“Luego el indio tomó a la mujer y valiéndose de evocatorias y de hechizos, la convirtió en canoa de oro y la arrojó a una laguna diciéndole:

“Como castigo te convierto en canoa de oro para que los hombres, ansiosos de este metal, te persigan y te ultrajen. Vivirás siempre bocarriba para que te violen el rayo y el granizo, y te muerdan los soles y los chubascos. Y solamente cuando el ave del montal pase volando sobre ti y deje caer en tu vientre una semilla, y el aire en movimiento acumule sobre el cuenco de la canoa la cantidad de tierra necesaria para su germinación, entonces reventarán las flores rojas del teamaré, y solamente así quedarás perdonada. Tal dijo.

“Y en un raptó de locura, el indio se arrojó a las aguas profundas de la laguna, en donde pereció. Desde su fondo custodia la canoa que deambula solitaria sobre la superficie de las aguas, en espera del ave sagrada que ha de traerle la semilla cuyas flores purpúreas serán la prueba de su perdón”.

Y terminó con esta frase: Dentro de cuatro días estaremos en esa misteriosa laguna.

Transfigurados por la emoción, los compañeros avivaron el hogar que habían encendido, apuraron congruo alimento y se durmieron.

2

En la claridad de la alborada levantáronse a continuar la lucha del día. El río Quindío ya había amainado en su creciente. Pasáronlo amarrados con sogas y después la trocha volvió a tenerlos en sus verdes mandíbulas.

Rutas estrechas que cercenaban el suelo y por las cuales viajaban en otros tiempos los indios en hileras de a uno, trazaban sus caracoleos en la espesura; aquí y allá veíanse excavaciones profundas de huacas cuyos efluvios mortales extirpaban a los saqueadores que quisieran violar sus tesoros, sobre los cuales escribían los Quimbayas sus amenazas de muerte.

En charcos engañosos, cubiertos con caparazones de hojas descoloridas, se les iban los pies hasta las rodillas. Asustadas volaban las gallinaciegas, dejando en sus nidos un huevo trémulo con el aletazo del ave, al hacer el esfuerzo del vuelo. Los zancudos punzábanlos por encima de la ropa, y los gusanos reptaban por la tierra con su cogollo vegetal nacido en dolorosa simbiosis.

Como los túneles trasandinos, cargados de espesas sombras y de humedad por el llanto que gotean las rocas, así eran las noches. Y los cuadrumanos y los chacales lanzaban sus rugidos ásperos, largos, arqueando la modulación en una especie de hoz invisible, pero fieramente aterradora.

Herrera comenzó a temblar, poseído por las fiebres despertadas por las lívidas lagunas y los fangos ardientes.

—¿Está muy lejos la laguna de Maraveles, amigo Hermógenes?

—Aún queda lejos.

Tomás Herrera representaba el tipo del calentano mordido por el paludismo. Notaba él, desde hacía algún tiempo, una ligera fiebre en las horas de la tarde y por las mañanas una tos fastidiosa. Y ahora, metido en la humedad tremenda de las montañas, la fiebre y la tos se le declararon resueltamente. El más sencillo de los cuatro héroes era Tomás, por venir

directamente de los entresijos del pueblo. Los otros también eran gentes humildes, pero habían tenido algún roce social o por lo menos un ligero barniz de cultura. Todos vestían de paisanos. Para librarse de las fieras llevaban escopeta, y para evitar el frío utilizaban las ruanas jergas.

Demacrado, con las rodillas tan débiles que no podían sostenerlo, Tomás cayó en plena selva. Los amigos quisieron llevarlo en guandos, pero la noche los amenazaba y se recogieron bajo la comba de un árbol.

—Este hombre se nos muere —conceptuó Basilio.

—Encienda fuego, Miguel, mientras yo consigo agua — exclamó Hermógenes.

El enfermo fue acostado en el suelo. Los ojos vidriosos, ligeramente apagados, explicaban lo extremo de su mal. La respiración aparecía tranquila, y la cara pequeñita por las maquetas de la fiebre.

Rato después la tempestad se apoderó de la naturaleza y las culebrinas eléctricas restallaron en el cielo de piedra. El huracán, con sus silbos de pastor trágico, ahuchó sus escuadrones de nubes negras que ora subían produciendo zumbidos pavorosos, ya se clavaban en embestidas rápidas, desgarrándose contra las copas de los árboles que gemían estrangulados por la gigantomaquia de las fuerzas cósmicas. ¡Noche de desvelo, noche de inquietud!

En las horas de la madrugada, el enfermo tuvo aparente mejoría y habló, poseído de esa euforia póstuma que invade a los tuberculosos:

—Pronto podremos seguir el viaje. Sacaremos mucho oro: torzales, brazaletes, báculos, jofainas. Nos haremos ricos y podremos vivir en cualquier ciudad con la mujer y los hijos. Esto es una fortuna...

Herrera hablaba desaforadamente, como si el fuego de la codicia le hubiera dilatado el alma.

Poco después le vinieron arcadas, y el vómito de la postrer hemoptisis lo dejó quieto cual un toro degollado. Llenos de

terror los compañeros quisieron huir, pero Hermógenes les dijo:

—Tenemos que enterrarlo primero.

Y al pie del árbol cavaron la fosa y lo sepultaron sin ataúd. Las circunstancias así lo exigían. Con las cabezas gachas quedaron largo rato silenciosos.

—¿Nos vamos? —insinuó Miguel.

Hermógenes escarapeló en el árbol un cuadrito con su machete hasta dar con la madera viva. Después esculpió allí el nombre del fallecido: TOMÁS HERRERA.

Con triste semblante emprendieron luego la marcha hacia el Barragán.

3

Durante varios días andorrearón por aquellas latitudes sin hallar indicios de la laguna de Maraveles. Acosados por el invierno, construyeron nuevo rancho para desde allí salir a sus correrías diarias. Encontraron piedras calcáreas, amagos de ricas salinas.

—Los tesoros están bajo la tierra —aseguró Hermógenes—. Emprendamos el guaqueo en firme.

—¿Y quién hace de comer?

—Que lo decida la suerte. Entre todos nos repartimos el oro que saquemos.

El sorteo señaló a Hermógenes. Los otros dos se entregaron al cateo de las guacas. Por la noche regresaban trayendo vasijas de cerámica, huesos de indios, mazorcas retostadas.

—Ustedes están perdiendo el tiempo vaciando guacas de indios chaverrones. Esas no contienen oro. Busquen las guacas de los Quimbayas.

—Ya tenemos dos señaladas, pero están lejos de aquí.

Al medio día siguieron al sitio señalado y empezaron a excavar. Cuando ya la primera estuvo lista para barrerla,

bajaron los dos al fondo. En los rincones de la bóveda hallaron torzales, pulseras de oro y un sinnúmero de chagualetas. Los ojos se les inyectaron de avidez y en el corazón sintieron hervir la marea de las compensaciones. De pronto las paredes de la guaca se derrumbaron y los dos guaqueros quedaron sepultados vivos. Un viento frío, ululante, sacudió los matorrales con su soplo trágico: el espíritu de la colonización.

Hermógenes los esperó inútilmente. Hasta llegó a creer que se habían fugado por llevarse el oro. Prendió después fuego y se puso a contemplar la llama. El humo ascendía turbio como la soledad en que se hallaba. Tomó el tarro fabricado de un trozo de bambú y bajó al chortalillo en busca de agua. Al levantarlo lleno de precioso líquido, el pie izquierdo se le hundió en un tronco podrido y sintió fuerte quemonazo cerca del tobillo. Reparó con cautela y vio que manaban gotas de sangre. Tal vez fue un puyazo con el gancho de una guadua, pensó. Y se despreocupó por el momento.

Huyendo por la orilla de la corriente salió tremenda araña felpuda como la coya. Parecía saborearse con la mordedura que le propinó al buscador de oro. Hermógenes no pudo verla, mas al subir la pequeña pendiente, los latidos del pie se le doblaron en largos bordoneos hasta las ingles. Se le hinchó el pie como un banco. La pierna tomó el color amoratado de las equimosis y debajo de la rodilla la fiebre parcial lo quemaba con fogoneos de horno. El hambre se le disipó como por encanto y ya sólo pensó en acumular leña para mantener la hoguera encendida durante la noche.

En altas horas de la tiniebla oyó chasquidos de salvajinas y gritos estridentes de animales noctíluos; toda una algazara de ruidos que contribuyeron a desvelarlo. Escuchó pasos fuertes y el bisbiseo de gentes que se acercaban. Creyendo que eran sus compañeros, salió fuera del rancho y llamó:

—Miguel... Basilio...

Pero ninguna voz respondió a su reclamo, a no ser el ruidaje de los monos que en las elevadas copas de los matagentes aclamaban el invierno.

Embutida en la oscuridad selvícola vio una luz desteñida que marchaba a la altura de un hombre. La pequeña llama se dirigió a la quebrada y luego torció hacia un árbol trunco en donde se detuvo.

—Seguiré esa luz —pensó Hermógenes—. Tiene que ser un entierro y de los más ricos.

Tomó el gajo seco que le servía de báculo y cuando fue a seguirla notó con asombro que había desaparecido. Atizó nuevamente la fogata, entró a la choza y trancó fuertemente la improvisada puerta. Extrañado se dio cuenta de que se le había fugado la fiebre y de que su pierna estaba fría como en estado de anestesia.

Se recostó en la cama rústica y se puso a pensar lo que debería hacer al día siguiente: tratar de encontrar a sus compañeros y regresar a Salento, pues ya los víveres estaban para agotarse.

En este pensamiento iba cuando escuchó nuevos pasos. Y como arroyo desbordado que encuentra rocas que le obstruyen el paso y rueda luego sobre cañadas hondas, su imaginación entró en la superstición de los muertos.

Pensó en sus padres, en sus hermanos, alguno de los cuales estaría quizá para morir. Por último pensó en Basilio y en Miguel. ¿Los habrían devorado las fieras? ¿O tal vez habrían perecido en el fondo de alguna guaca?... Cuando dejó de pensar, como una campana que deja de sonar, el dolor volvió de nuevo a darle latidos en el pie. La fogata del patio fue extinguiéndose lentamente al compás de la luz de la mañana que venía hurgoneando con sus rayos la selva oscura.

Sin dormir un solo instante, se frotó los ojos adoloridos y abrió la puerta del rancho. Prefería los peligros de la selva a estar encerrado con su propio dolor. Hizo algunas pesquisas buscando a sus compañeros, pero sin resultado. Mientras tanto, el pie continuaba hinchándosele y un pequeño hueco se le formó en la carne viva, produciéndole dolores de barrenadura. Recogió su machete y el barretón de guaquería y le puso

fulminante nuevo a la escopeta, con ánimo de marcharse. Pero recordando nuevamente a sus amigos, resolvió esperarlos dos días más.

El Incendiario

1

Al caer la noche, Hermógenes encendió la fogata. La púrpura de las llamas se posaba sobre las hojas húmedas dándoles iridiscencias fantásticas. Los árboles de leño blanco albeaban bajo el dombo de las gajerías, tomando apariencias de estatuas mutiladas, en un jardín en ruinas. Rato después escuchó ligero ruido. Miró por entre los parales de su albergue y vio a un hombre desgreñado, esquelético, que miraba el fuego desde cierta distancia.

¿Quién podría ser aquel individuo de aspecto salvaje que se atrevió a penetrar en aquellos lugares?

Era Mauro Taborda, el prófugo de Boquía. Cuando se fugó de la Colonia Penal, amparado por la cerrazón y la creciente de las aguas, entró con su compañero en las montañas del Quindío. En las combas de los árboles formaron habitación. Para alimentarse buscaban las frutas que veían comer a los cuadrumanos, o devoraban aves podridas dejadas como residuos por los animales voraces.

Estas peripecias extremas crearon en Taborda un aspecto feroz, y una noche cualquiera, le devoró las orejas a su compañero dormido; la sangre quedó chorreando, espesa, de la raíz de los lóbulos. Días después el mutilado murió corroído por la gangrena.

Taborda emprendió al punto sus erranzas por la selva. Le crecieron el pelo y las uñas y los ojos buidos parecían brotársele de las órbitas cuando tenía hambre.

Los ojos de los felinos, cuyas pupilas ardían en las sombras por la acumulación de reflejos pupilares, le hicieron ingeniarse una macana construida con madera de palma. La afiló y aprendió a manejarla con tal pericia, que al lanzarla silbaba cual jabalina, incrustándose en el cuerpo de las fieras.

Para ello buscaba sitios oscuros, propicios para el acecho. Trepado a cierta altura, con la macana en vilo, escrutaba la trabazón de la maraña. Animal que pasara de largo o se acercara al árbol que lo sostenía, quedaba ensartado en el tremendo estil.

2

En caminata nocturna dio con la fogata que custodiaba el rancho de Hermógenes.

Al ver flamear el fuego, su primera impresión lo dejó sumido en éxtasis imprevisto. Y como si las llamas, al penetrar en desleídos bermellones por sus retinas, le fueran llenando la conciencia aletargada como se llena una cántara de brebajes perturbadores, su recuerdo criminoso fue despertando lentamente en su memoria, poseyéndolo con ese desenvolvimiento perezoso que se observa en los reptiles cuando resbalan por la grama bajo el bochorno del medio día.

En aquella lumbre de fogaril vio formas de dragones colosales, de salamandras amenazantes, y hasta en la selva esmaltada por el audaz reflejo vio el color sangriento que le recordó su propio crimen.

Sin quitar la terrible mirada de las llamas empezó a acezar. Una especie de babaza de epiléptico le espumó la boca, y sin detenerse más, en un delirio de destrucción, saltó rápido sobre el movable fuego, poseído por la furia de los incendiarios. Lanzó tizones encendidos aquí y allá. Luego intentó irse contra el rancho.

Hermógenes, aterrado por la presencia de aquel maniático, no dejaba de mirarlo por entre las rendijas de los fuertes paralelos. Pensó dispararle el último tiro de su escopeta, mas temeroso de no hacerle blanco, optó por alejarse de allí, saltando en un solo pie. Desde lejos oía los chasquidos de las llamas al ponerse en contacto con los sumideros de la selva invernosa. Su terror

era de tal magnitud, que en la fuga le parecía tener alas como algunos personajes mitológicos.

El pueblo de Salento lo vio llegar debilitado, afligido. En su pie la llaga se hizo incurable, y muy a su pesar, se vio obligado a permanecer en absoluta quietud. Desde el corredor de su casa dominaba el camino que descendía a Boquía.

Al ver a tres jinetes que bajaban la cuesta, preguntó a un familiar:

—¿Quiénes van allá?

—Bonifacio Giraldo, Andrés Vargas y Ramón Peláez, que marchan a Nudilleros a fundar una población.

—¿A fundar, dice? —preguntó con tristeza al sentirse un ser inútil.

¡Oh! desconsuelo del buscador de huacas, del hombre que quiso hacerse rico en un despertar, como si las riquezas latentes del subsuelo o la cultura pudieran adquirirse sin lucha, sin mayores trabajos. A estos incautos y admirables personajes, las gehenas de dolor suelen morderlos para aquilatarlos en la realidad de los sucesos. Cuando hayan pasado por innumerables filtros de congoja, entonces adquirirán el sentido de las proporciones.

Tiempo después nació Filandia, sonriente como una niña, en la cumbre de una meseta. Era de Salento una hija, porque había nacido bajo su tutela.

El entusiasmo de la fundación de pueblos invadió la falange de colonizadores. Parecía que una fuerza interior fuese bajo la tierra, atraída por desconocidos imanes de lucha, hasta concretarse allá lejos, en un burgo o en un pintoresco caserío. De idéntico modo suelen ciertos árboles estirar sus raíces subterráneas, hasta irrumpir a la distancia con la alegría de un cogollo o la maravilla de una flor.

Tigrero

1

Viajando por el camino nacional o de Laguneta aparece un hombre de regular estatura y porte recio que se dirige al pueblo de Salento. Monta un caballo pardo claro que luce montura nueva; vistosas polainas de cuero le enmaquetan las pétreas pantorrillas, y en la faz trigueña el bozo largo y copioso palpa el aire como agujetas de brújula. Los ojos le relumbran con viboreos audaces bajo el breñal de las tupidas cejas, y en los labios apretados con suasorio deajo hay un desgano orgulloso de varón que a nada le teme.

El viento agita los copudos robles y la niebla se desgarras, ora formando montoneras, ya adelgazándose y girando en rugientes remolinos. Silban las hierbas al ser traspasadas por el chiflón que viene de allá abajo, de las fragas del río. El caballo se encabrita y relincha, desesperado entre el juego de huracanes. Empieza a caer fina llovizna y el viajero se arrebujas en su ruana felpuda. Pica el caballo y se hunde en el camino que se abre cortando los desfiladeros.

En sitio levantado, en donde la vía forma zócalo o peana, se detiene a observar el pueblo de Salento cuyas viviendas parece que hubieran bajado de las alturas, por gracia de un nigromante, colgadas de su humito hogareño. La iglesia se distingue entre todas ellas por sus pretensiones de torreón.

Jesús María Ocampo, conocido popularmente con el apodo de Tigrero, nació en Salamina cuyos linderos se acorazaron con sus hechos de valor. Años después pasó a Pereira en donde conquistó fama de guapo. Llegó a pelear contra seis hombres, y en una de estas zalagardas le hirieron la cabeza, dejándole como recuerdo una gran señal. Trasladóse luego a vivir a Anaime, lugar éste en donde consiguió alguna fortuna. Por referencias de los viajeros, supo la repartición de tierras

que estaba haciendo Ramón Paláu en Salento y, sin pérdida de tiempo, ensilló el caballo. Su mujer, María Arsenia Cardona, le dijo antes de partir:

—No te vengás, mijo, sin conseguir algunos almuditos de tierra.

Y a ello se dirige al pueblo de los mineros. El chalán golpea su cabalgadura y prosigue el viaje, deseoso de entrevistarse con el protector de los colonos.

Ocampo acostumbra viajar a los pueblos a vender sus manadas de animales y sus pieles de tigre. Cuando va a Ibagué o a La Mesa lo acompañan un peón y un perro. Para los inviernos fuertes de noviembre utiliza un macho fornido que se alarga con asombrosa pericia, domeñando los abismos. A pesar de sus ribetes de negociante, es un injerto de campesino y de cazador.

Cuando llegó a las calles de Salento, las gentes alegres lanzaban gritos por tratarse de un día de votación para concejales:

¡Viva Ramón Paláu!...

¡Viva Catarino Cardona!...

¡Viva Vicente Henao!...

¡Viva Cornelio Marín!...

Y una murga formada por el tiple del barbero, el clarinete del fondista y la guitarra del cantor de serenatas pueblerinas, recorría las calles a falta de banda municipal.

Un orador disidente tomó tribuna y dijo:

—Señores: Necesitamos llevar al concejo hombres de la talla de Antonio Castaño que se preocupen verdaderamente por los problemas de los mineros. Algunos de nuestros colegas en el arte de los socavones han sido metidos al cepo, dizque por supuestos robos a los patrones.

¿Cuándo habíamos visto que una conjetura se castigue como falta comprobada? Además, las minas pertenecen a los trabajadores que las encuentran, y no a los dueños de los territorios como afirma Paláu, que se las da de picapleitos. ¿Qué

dueños pueden tener las rocas de estas montañas palúdicas y los ríos que corren por donde les da la gana?

Otro orador salió detrás del primero y espetó con voz tonante:

—La verdadera lista para el concejo municipal es la que encabeza Ramón Paláu. Este zapador del progreso no tiene igual hasta ahora entre los valientes de la región. Vino con nosotros a estas soledades y ya hemos visto cómo fundó este pueblo con otros amigos. Los colonos le debemos nuestras propias tierras y la felicidad que en ellas disfrutamos, porque él nos las repartió y tituló autorizado por el gobierno. A él le debemos el habernos traído al curita Parménides y al abogado Catarino Cardona. Gracias a este doctor de leyes ya no pueden quitarnos los surcos los tipos abusivos. Y no es que Paláu necesite ir al Concejo, porque él mismo me ha dicho que se va a retirar a la vida tranquila. Pero nosotros hemos querido que suba al Concejo para que desde allí nos dicte las leyes. Es verdad que algunos colonos desagradecidos han abandonado el campo y se han entregado a adorar el oro. Pero él con el martillo de su palabra les puede hacer añicos ese dios falso.

¡Viva Ramón Paláu...!

¡Viva Catarino Cardona...!

¡Viva...! gritaron algunas voces desamparadas entre el tumulto de los mineros que imprecaban arrolladoramente: —No subirá Paláu... No subirá Paláu...

2

Pasado el arrebató de las masas, Tigreiro habló con Paláu, quien le dijo:

—Los baldíos que nos cedió el gobierno ya fueron repartidos entre la mayor parte de los colonos. Si usted quiere conseguir tierras tiene que bajar al sur, a las regiones del Quindío.

—¿Y quién conoce eso por allá?

—Hermógenes Ballesteros puede darle todos los datos que necesite.

Y hacia el buscador de joyas indígenas se dirigió. Encontrólo en su camastro tejiendo sombreros de fibra. Su pierna llagada lo había inutilizado para los viajes. Los campesinos llegaban a comprarle sus obras de industria autóctona, y con los pocos emolumentos que obtenía como ganancia, atendía a sus gastos personales. Sumido en la extrema pobreza tenía la compensación de los sueños. Durante ellos presentábanse santuarios recamados con las más extrañas joyas de los quimbayas; minas de esmeraldas y diamantes vigiladas por pavos reales que hablaban como hombres; huacas de aborígenes abarrotadas de tunjos, polainas y brazaletes. Su mayor pena consistía en no poder movilizarse para buscar la cadena de ochenta arrobas que el Cacique Calarcá escondió en los roquedales de Peñas Blancas, según le habían contado.

—¿Y qué me dice del Quindío, Hermógenes? —inquirió Tigrero.

—¡Ah! mi viejo. Comprenda que en esas tierras están las riquezas de Potosí, y de los Planes. El oro abunda y la fertilidad del suelo es tanta que nacen los pozos de agua si uno los siembra.

—¿Usted está seguro que son tierras baldías?

—Naturalmente. Y el gobierno las puede repartir entre los colonos que las vayan cultivando. Por fortuna el loco Taborda que entró a esas montañas lo cogieron en Boquía y lo despacharon para Bogotá. En todo caso, si usted quiere ser propietario, váyase para el Quindío, se lo aconsejo. En usted veo un hombre resuelto.

—¿Usted dejó mejoras establecidas por allá?

—Nada de eso. Yo apenas iba en busca de guacas.

Tigrero puso a girar su imaginación en la órbita de aquellos laberintos. Al día siguiente tomó el camino de Laguneta y regresó a Anaimé con el propósito de arreglar sus negocios y marchar a dichas regiones a la mayor brevedad.

3

Acorralado por la guerra civil, Ocampo salió intempestivamente de Anaime con su mujer, su cuñado Benjamín y el peón Gregorio Londoño, huyéndole al general Gallo acantonado en territorios del Tolima.

Como no les era posible emprender el camino de Laguneta por ser la vía transitada por las fuerzas del gobierno, los fugitivos se internaron en las montañas. Armado de su ancho machete, Tigrero iba adelante abriendo la trocha y tratando de orientarse hacia la hoya del Quindío. La intrincada trabazón les ponía insalvables impedimentos, por lo cual resolvieron coger el río Anaime arriba hasta llegar al páramo. La nieve de los ventisqueros, agua quieta, yerta en su sueño hibernal, les enfriaba el cuerpo hasta entumecerlos. Cañadas profundas custodiadas por picos formidables de un gris vítreo, se les ofrecían a la vista. Del páramo pasaron a Río Azul, en cuyas orillas encontraron un rancho abandonado.

—Aquí, rápido —dijo Tigrero mirando el cielo lívido por la cercanía de las sombras—. Quedémonos en esta choza, porque la noche se avecina y el Quindío está muy lejos.

El jacal estaba techado con el típico platanillo y por las ollas de barro, platos, tizones y coyabras que hallaron en el suelo, comprendieron al punto que se trataba de una vivienda desocupada hacía poco.

Amparados por el letárgico rumor del río que bordoneaba con su única cuerda extendida a lo largo de la selva oscura, quedáronse a dormir aquella noche. Al día siguiente dijo Ocampo a su mujer:

—Negrita: ¿vos sos capaz de quedarte aquí sola, mientras voy con los muchachos a cazar un venao?

—Demás mijo —le contestó Arsenia cuyo tipo de mujer varonil cuadraba mucho a la valentía de su macho.

Seguidos por los perros de caza que llevaban, se adentraron en la ríspida montaña en la cual sólo pudieron matar algunas

perdices. De regreso al rancho, Arsenia les tenía opíparo condumio de mazamorra y arepas, gracias a las mazorcas de maíz que encontró en un pilón, frontero a la tapia de guadua.

Sentados en el patio a la redonda bajo un sol aplomo que alborotaba las chicharras en las tierras bajas, apuraron el yantar improvisado. Tan pronto terminaron, punteó Tigreiro mirando hacia lo lejos:

—Vamos ahora a buscar la dirección del Alto del Oso para ver si damos pronto con la Hoya del Quindío.

—¿Y en esa hoya vive gente? —indagó Benjamín.

—Yo no sé todavía. Lo que sí estoy cierto es que hace más de veinte años están bregando por vivir allí muchos curiosos, pero la mayoría han muerto comidos por las fieras o las enfermedades.

A semejanza de la madre que riega con sus lágrimas el lugar donde yace el hijo fenecido; o como el labrador que unge el arado con el sudor de su frente, así parece que una Deidad se complació en fertilizar aquellas tierras con el rojo licor de la vida. Sangre de indios sacrificados que dignificó el mantillo terrícola; sangre de los primeros gUAQUEROS y colonos que se pudrió proporcionando ricos abonos; sangre de las mismas fieras despedazadas en sus horrendos amores. Todo esto formaba el escenario propicio, en el cual iba a desarrollarse la hazaña heroica de la colonización.

Y por eso venía de allá arriba, de las rompientes de la cordillera, este líder del trabajo, capitán del sufrimiento, sultán de los amores, condotiero de la tierra libre. Como el humus que la lluvia arrastra desde las cumbres, llevaba la fortaleza precisa para dar principio a la civilización en esas montañas que lo esperaban como a un rey.

Tres días llevaban Tigreiro y los suyos monteando, salvando arroyos y lagunas. En nuestros tiempos un explorador va provisto de cuantos inventos ha hecho la ciencia: medias gruesas de lana, marmitas, calentadores, botiquín, pastas alimenticias. En cambio aquellos hombres iban sin estos adminículos, complacidos con su aventura.

Al desembocar en terrenos cálidos la sed les prendió las ansias del agua. De un chupadero o fuente salada, vieron volar millares de aves de colores diversos.

—Donde haya agua para beber, mijo, nos quedamos —observó la mujer de Tigrero.

Y se quedaron a dormir a la raíz de un árbol, en cuyas cimeras picoteaban frutos unos loros tardíos.

Al quinto día de viaje, Tigrero llegó con sus compañeros al valle del Quindío. En los planes encontraron un casuco casi destruido por la vegetación, y lo utilizaron mientras construían otro mejor. Mas las provisiones se les agotaron por completo y se vieron obligados a tomar aguasal durante varios días. Las fieras rugían en la espesura y el gemido del currucao pavorizaba las oscuras noches. Desesperados por la falta de panela se dirigieron a la quebrada en busca de agua potable.

Tigrero, amigo decidido de tesoros, poseía sus anillos. Y así como los aborígenes cambiaban oro por sal, el colono en esos momento hubiera cedido cualquiera de sus joyas por un trozo de panela. A tal extremo los había conducido la situación. Mientras tanto, Arsenia se subió al zarzo a pensar. De pronto un olorcillo le dio en la nariz. “Hay güelentina de panela” se dijo. Movi6 unas calabazas y estuvo a punto de caerse del susto al ver tres atados de panela que, como amantes, juntaban sus caras en dulces deliquios. Con fiebre de conquistador la mujer salió al patio y gritó a todo pecho: ¡hay panela muchachos... hay panela! con esa arrogancia suma que desplegaron los descubridores de la América cuando gritaron a sus compañeros: ¡Tierra... Tierra...!

En afectuoso convivio los colonizadores encendieron la llama proletaria y la agua de panela humosa sirvió de tónico a sus amarguras.

En Plena Selva

1

En otro sitio de la selva Alejandro y Jesús María Suárez, han iniciado trabajos de guaquería. Los acompaña un peón rajabroqueles y experto en lides de banqueo. Para librarse de los ataques del tigre improvisan fuerte choza en cuya parte superior, bajo la techumbre, construyen la cama con entretejadura de recios maderos. Muy cerca de ellos corre la trocha que conduce a Salento. Varios días llevan en su empresa. La tierra virgen parece que respira por las violaduras de sus hoyos abiertos, según lo pregonan el vapor que sale de sus entrañas rotas.

Hay noches en que estos colonos trabajan hasta el amanecer, amparados con la hoguera que hace tremar sus figuras al parpadeo de las llamas, dándoles apariencias de genios marinos.

Así como la selva iluminada, la ansiedad de estos hombres los trasciende de claridad por dentro quemando sus propios pensamientos como si fueran leños y alongando sus intenciones al modo del mismo humo que sale fuera de la bóveda vegetal. Cuando se rinden de cansancio, suben a su camastro colocado a tres metros de altura. Desde allí escuchan la barbarie de los aquilones alborotando la selva o el silencio gestante de las inmensas noches tropicales.

—¿Hasta qué horas trabajamos esta noche, don Jesús? —dice el peón troceando leña para alimentar el fuego.

—No sé —responde el aludido destorciendo la manigueta que chirría lóbregamente—. Esperemos a que llegue mi hermano Alejandro.

Las llamas elásticas se agrandan por momentos y la tipología del colono se rodea de luz. Hay en él ese aspecto alegre del antioqueño nato que lo diferencia de las razas tristes.

Como que la tristeza, considerada por los neuróticos como don de elegancia, es apenas producto de lagunas pútridas o de almas enconadas. Al cuello lleva, como ciertas aves andinas, una lista blanca: es el pañuelo que usa a fuer de gorguera. Sus manos fuertes y poderosas gritan su vitalidad juvenil y en toda su presencia hay como un aura que atrae e inspira confianza al mismo tiempo.

Rato después llega Alejandro cuya clara expresión denota al hombre de altivos anhelos. Su talla es menor que la de su hermano Jesús y en su color moreno hay una loa perenne al bronce depositario de la estatua inicial.

—Pedro no está en la playa —dice Alejandro—. Sin duda ha bajado al Barragán.

Pedro Henao es el mayordomo de la finca que abrieron los hermanos Suárez en la playa del río. Allí lo dejaron cuidando, mientras ellos penetraban en la jungla en busca de huacas.

—¿Trajiste la escopeta, hermano?

—Aquí está, lo mismo que los pertrechos. Ahora sí podemos g.uaquear sin preocupaciones hasta la una de la mañana.

Y empiezan la brega tenaz de las roturaciones nuevas. El regatón entra fullero en la blanda corteza térrea y a medida que se hunde, la savia surte en amagos de vino en copa burda. Cual si estuviera poseído de alegría inédita, la bronca herramienta golpea las paredes de la huaca simulando un corazón loco, mientras la pala, curvada de formas como la bandurria, penetra en la feble tierra como el ritmo musical en las sensibilidades exquisitas.

El peón les habla de sus amores con distintas mujeres y de las peripecias que rodean la g.uaquería; cuéntales del primer cadáver que vio en su vida y cuyo recuerdo se abre de vez en cuando en su memoria cual anémona negra; díceles de su capacidad para la lucha cuando se halla con patrones como Alejandro y Jesús y luego termina volviendo a caer en el tema de las mujeres:

—Con el oro que me toque de estas g.uaquerías voy a dominar muchas hembras.

Los hermanos Suárez lamentan la falta de su antiguo compañero Jesús Arango quien acompañólos por todos los vericuetos del Quindío en busca de la laguna de Maraveles.

Horas después, lumínicos de sudor, arriman las herramientas y suben a su camastro molidos de cansancio. El sueño les presta sus pantopones insensibles y en el cielo una luna tardía brilla entre nubes turbias cual patena en un lago de temerosa tranquilidad.

Al amanecer escucharon gritos a larga distancia.

—¿Quién será? —preguntó Alejandro.

—No sé. A estas horas y en semejantes lugares no puede haber un ser humano —respondió Jesús.

—¿Será la madremente? —agregó el peón—. Voy a responderle.

Y gritó a fuertes pulmones:

—Uyuyuy... Hipa... Ja... Ja...

La voz se fue acercando y cuando la escucharon como a un tiro de piedra sintieron terror y dispararon la escopeta.

—¿Quién es? —preguntaron simultáneamente los dos hermanos.

Pero nadie les respondió, a no ser el golpe seco producido por un cuerpo pesado que cae en el hoyo de una guaca.

Sirviéndose de hachones encendidos buscaron el sitio del desplante y encontraron en el fondo de la guaca a Pedro Henao, el mayordomo, quien a causa de las libaciones de alcohol en Salento, se atrevió a recorrer de noche aquella trocha. Con no pocos trabajos sacáronlo de la fosa prematura y lo obligaron a permanecer con ellos hasta el amanecer.

2

El sol marcaba las nueve del día cuando los Suárez vieron pasar por la trocha a Tigreiro, quien marchaba a pie.

La presencia de aquel hombre los entusiasmó notoriamente. ¿Será, acaso, un prófugo de la cárcel de Boquía, o quizá un elemento de lucha y de trabajo como nosotros?, pensaron. E inmediatamente cesaron en su labor y acercándose a él le dijeron:

—¿Para dónde se dirige, amigo?

—Voy a Salento a traer mercao para empezar la derriba.

—Cómo, y usted vive pues por aquí.

—Naturalmente. Y espero que ustedes me dirán lo mismo.

—Así es —respondió Alejandro—. Nosotros conocemos gran parte de este territorio, porque hemos viajado mucho por el sur. Cuando tuvimos hambre en esas lejuras comimos bellotas de árboles desconocidos y la sed la calmamos con el agua retenida en los cogollos de la guadua tierna. Luego fabricamos casa y formamos abertura en estos territorios baldíos, porque para algo somos antioqueños.

—¿Baldíos, dice?

—Claro que sí. Ni el gobierno se ha dado cuenta que posee estos andurriales cuajados de riquezas.

—Si no me equivoco —dijo el peón—, por aquí debe existir el árbol de la cariaña, porque el del incencio ya lo encontramos: el chagualón.

—Aquí está el encenillo cuya cáscara se presta para curtir cueros —dijo Jesús—. Hay maderas negras, amarillas, blancas y cobrizas. Como entre los hombres, aquí están todas las razas de la madera. Pero las riquezas principales están en estas guacas que dejaron los indios.

—Yo soy también un poco aficionao al guaqueo, pero no tengo dinero con qué hacer gastos. Por ahora pienso concretarme a la agricultura —respondió Tigreiro.

Y despidiéndose de los Suárez les dijo que más tarde volverían a encontrarse.

Al coger nuevamente la trocha pensó en las excelencias de aquellos hombres que serían en adelante sus amigos; en la bizarría de tales mancebos que, separados de todo

contacto social, se habían convertido en héroes de una lucha ennoblecedora. Sin darse cuenta, su pensamiento entró en los problemas de su hogar y recordó claramente las palabras que su mujer le había repetido esa mañana:

—Habláte en Salento con algún juez para que te den los títulos de la tierra que vamos a cultivar, no sea que después le resulte dueño.

—Pero hija —le respondió Tigreiro—, si en los baldíos como éstos, primero hay que tumbar montañas y hacer mejoras para poder pedir linderos a la autoridad.

Sin embargo las palabras de su esposa continuaban dragándolo interiormente. ¿Y si esas tierras tuvieran otro dueño distinto del gobierno, y se viera obligado a perder los cultivos que practicara en ellas?, pensaba.

En este monólogo iba cuando vio desembocar en la trocha a dos hombres que conducían, en brusca parihuela, a un joven aparentemente enfermo.

—¿Qué sucede? —les preguntó Tigreiro.

Y el más viejo, que parecía ser el padre del malferido por sus luengas barbas y su porte demacrado, le contó con lágrimas en los ojos su doliente caso:

Hacia algunos meses que había llegado con sus dos hijos a establecerse en un claro de la selva. Su propósito consistía en formar anchas mejoras para traer luego a la familia que habitaba en Cartago. La tarde anterior salió Servando, su hijo menor, en busca de parales apropiados para levantar la troje, cuando fue mordido por traidora serpiente. El ofidio se deslizó entre las matas y fue imposible dar con él. El viejo succionó la herida, y luego le aplicó el machete calentado al rojo blanco. El muchacho soportó aquellas experiencias con valor supremo. Por la noche lo invadió la fiebre y la pierna se le fue hinchando por la acumulación de sangre envenenada. En el pie derecho aparecía un ligero amoratamiento en el sitio preciso en donde había sido mordido. Sin embargo la mordedura parecía ser profunda, según la rapidez con que obró el veneno en los vasos

capilares. Ahora le llevaban a Salento en busca de Aladino, el curandero típico de la región.

—Es una lástima de mi muchacho haberlo metido en estas montañas —suspiró el viejo—. ¿Qué le digo a mi mujer si Servando se me muere? A lo mejor no podemos volver por aquí. Yo estoy ya muy viejo y estas luchas son para hombres jóvenes.

Con la diestra limpióse el sudor de la frente e insinuó al hijo que marchaba adelante de la doliente barbacoa para que descansaran. Servando iba con los ojos cerrados. Un sueño profundo lo embargaba y el color renegrido de sus facciones indicaba el efecto agudo de la mordedura. Dentro de su cuerpo se operaba la lucha terrible entre dos corrientes antagónicas: su sangre, de pocas defensas vitamínicas y el veneno progresivo que iba buscando a modo de brújula, el sistema nervioso central para tetanizarlo.

—Presten yo les ayudo a llevar el enfermo —dijo Tigreiro cogiendo la parte posterior de la barbacoa.

Y con esta ayuda estuvieron rápidamente en Salento.

El curandero Aladino, al notar el temblor que invadía a Servando por causa del veneno que empezaba a instilarse en el cerebro, rehuyó darle remedios diciendo:

—Me lo trajeron muy tarde. Ya el veneno le entró en el corazón.

El cuadro del muchacho fenecido llenó a Tigreiro de secreta rabia contra la selva hirsuta. En los músculos sentía una vitalidad asombrosa que jamás había percibido. La jungla era poderosa, pero había que vencerla...

3

Resueltamente se dirigió al abogado Catarino Cardona.

—Dígame, don Catarino: ¿Cómo hago yo para conseguir los títulos de una tierrita que estoy mejorando en las regiones del sur?

—Muy fácil, hombre. Tiene que ir a Cartago, la capital de la provincia, y hablarse con el Prefecto. Este le da un ingeniero y usted le paga los derechos de mensura, además de los gastos de viaje y de comida.

—Pero don Catarino. Si yo no cuento por ahora con dinero para esos gastos, porque la guerra estalló sin saber cuándo y nos hizo huir del Tolima sin mayores preparativos.

—Entonces tiene que esperar a que sus labranzas produzcan para allegar esos fondos.

Catarino Cardona representaba en Salento el índice en problemas de abogacía. Sus conocimientos los había adquirido desempeñando el puesto de secretario en varios juzgados de la provincia. Su inteligencia natural, lo mismo que su gran don de gentes, le conquistaban clima benéfico en las amistades. De Villamaría había venido a encargarse de algunos pleitos que estaban disociando a los colonos. Su oficina manteníase llena de campesinos, atraídos por su gran simpatía y por sus maneras cultas.

—¿De modo, don Catarino, que en Salento nada se puede hacer a este respecto?

—Nada, mi querido amigo. Lo único que le digo es que si en Cartago no le dan los títulos, entonces tiene que ir a Popayán, porque los problemas sobre baldíos requieren múltiples gestiones que hacen retroceder a los colonos más viriles. Pero en todo caso yo estoy a sus órdenes y en cualquier momento puedo diligenciarle su problema, sea porque tenga dinero o no lo tenga.

Tigrero se retiró de allí alborozado de júbilo. Cuando llegó a su rancho la mujer salió a recibirlo con los brazos abiertos. Aquella noche hubo en el hogar del colono más alegría que nunca. El fuego llameó con orgullo y el olor agradable de las viandas invitólos al sano departamento.

—Sepan todos ustedes que ya conseguí al abogao para titular mis terrenos. Mañana mismo nos levantamos a afilar las herramientas.

—Primero debemos hacer las canoas de palma para traer el agua desde la toma —explicó Benjamín.

—No hay necesidad —intervino Gregorio—. Yo tengo ya las guaduas cortadas para ese trabajo.

—Muy bien —terminó Tigrero. Y volviéndose a su mujer, complacido, le narró la peripecia con los Suárez, y el dolor que sintió con la muerte de Servando.

Noche inmensa de la selva. Arriba, en el éter, la cruz del sur; abajo la tierra en germinal bulle-bulle, cuajada de emponzoñados vapores. Y sobre ella el rancho del colono como fecunda célula de promesas. Hacia la media noche los gañidos de los perros y el vuelo rápido de los violentos vampiros. Y hacia la madrugada, el fuego que arde en la cocina, los reflejos de las herramientas que suenan, cadenciosas, al tocar la piedra en que se afilan...

La Derriba

1

Provistos de sendas hachas entran los tres hombres a la montaña, orgullosos de llevar entre las manos aquel hierro que representa el estandarte cristalizado de la civilización.

Y caen los fuertes caracolíes, los desafiantes aguacatillos, los guayacanes de plúmbea copa y las caobas de madera endrina... Y cantan las hachas su epifanía soberbiosa. El estruendo de la derriba repercute a grandes distancias, y la tierra se conmueve en hecatombe magnífica. Por el suelo ruedan huevos de aves y pichones emplumados. Huyen las dantas y las serpientes que garigan tierra o veneno. Y cual llama inquieta la ardilla salta, pendulando, en los pabellones de las orquídeas. Es la lucha brava, la lucha de estos héroes que llevan en sus músculos el hierro de sus cordilleras nativas. El sol no cesa de brillar, engreído en la contemplación de aquellos hombres de varonía y desplante. Y entonces retuesta más la empalizada vencida con su grandioso proyector de fuego que sofoca y enjuta los hojambres del tumbado. Días después, Tigro prende la llama colonizadora que en lengüetas ágiles elogia el porvenir, lanzando al cielo sus tremolinas de humo.

Loor a vosotras, llamas de escarlata, que representáis el telón de boca tras el cual ha de verse la epopeya del colonizaje. Loor a vosotras que subís en escorzos rápidos simulando banderas de combate, para gritar al país vuestra participación en la brega de los héroes. Y mientras amotinadas suben y devastan, Tigro abraza a su mujer y a sus compañeros al borde de la quema, sonriendo ante aquella lumbrarada litúrgica que los puntualiza como en un aguafuerte, dándoles apariencias de dioses antiguos.

Al día siguiente la tierra morena, aparece desnuda, prieta. El monte, cual traje sonante se ha ido a pique, y el sol enamorado

se acuesta sobre la explanada fecunda a besarla con sus ósculos de fuego.

2

A mediados de octubre el canto libre de nuevas hachas resuena en la espesura, haciendo llegar sus ecos a la vivienda rústica de Tigrero. María Arsenia sale al patio y trata de indagar. Es ella el prototipo de la mujer fuerte. Sufrida, hacendosa, consejera atinada del cazador. Una verdadera mujer de lucha que enriquece el hogar con su presencia, ora cuidando gallinas y cerdos, ya sembrando flores, barriendo la casa o confeccionando el ajuar para el hijo que ha de nacer.

—¿Quiénes habrán llegado a la selva, mijo? —le dice a su esposo.

—No sabemos.

Tigrero lanza agudo grito al cual responden otros en la distancia.

Por la tarde llegan al jacal Antonio Herrera y José de los Reyes Santa.

—Supimos que usted, Tigrero, había hecho desmonte por las pavesas que todavía están cayendo sobre los ranchos de nuestras mejoras.

Tigrero no acierta a responder. La vista de aquellos nuevos colonos lo compenetra de gozo. ¡Más hombres en la selva, como quien dice más soldados para la cruenta lucha contra la naturaleza hostil...!, exclama para sí.

—¿Y hay más colonos en estas selvas, fuera de ustedes? —pregunta la mujer de Tigrero.

—Sí señora; están los Marines y Gabino Arango.

Tigrero invita a los recién venidos a la siembra que hará el lunes venidero. También estarán en el convite sus dos compañeros, lo mismo que Gregorio Barco.

El día señalado María Arsenia está lista con todos los preparativos para la ritual fiesta de los sembradores. En

desfile eufórico, provisto cada sembrador de los utensilios indispensables, se dispersan en el terreno prefijado para dicha labor. Voces saudosas entonan cantos nativos, y los demás sembradores las siguen con entusiasmo. El orfeón improvisado deifica las soledades con sus crescendos bíblicos, y María Arsenia, ya próxima a ser madre, derrama lágrimas de alegría.

3

Cierto peón llegó a la vivienda de Tigrero en busca de trabajo. Era un negro cosmopolita, de palabras pegajosas.

—Coja un pedazo de terreno y cultívelo —le insinuó Tigrero—. Los peones por aquí pueden hacerse dueños de tierras.

Mas el hombre contestó que carecía de principalito para alimentarse. Tigrero resolvió aceptarlo como asalariado. Al principio fue atento y servicial, pero luego mudó de carácter. Levantábase tarde y en la afilada de la herramienta gastaba horas enteras.

Benjamín quiso amonestarlo. Mas el peón se enfureció, lanzándole repetidos planazos y diciéndole: Usté no es el que manda aquí.

Benjamín aceptó el desafío y salieron a campo abierto. Los machetes sonaban medrosamente en sus choques y los cuerpos de los contrincantes adquirirían elasticidades inauditas.

El negro Isidoro cargó de tal manera sobre Benjamín, que lo acorraló dándole un machetazo en la mano izquierda.

Lleno de rabia Benjamín lo persiguió de seguido y logró quitarle el arma. Cuando María Arsenia se dio cuenta de la refriega, su hermano ya estaba herido. ¿Qué hacer? Tomó del fogón rescoldo ardiente y le cubrió la cortadura. Benjamín chasqueaba los molares retorciéndose de dolor.

Horas después llegaron Tigrero y Gregorio de la troje. Y al saber lo acontecido, fuese hacia Isidoro y le dijo:

—Te vas ahora mismo de aquí o te mato, negro sinvergüenzón —El aludido, sin chistar palabra, tomó su ropa y se perdió en la espesura.

Tigrero quedóse pensativo, recostado en un poste del corredor y al recuerdo de las fieras que infestaban la montaña, le advirtió a Gregorio:

—Andá y llamá a ese negro otra vez. Decíle que duerma aquí esta noche, si le da la gana.

Gregorio se fue gritando de ribazo en ribazo por la selva: Isidoro... Isidoro...

El negro regresó a dormir en la cabaña de Tigrero y al día siguiente desapareció.

4

Allá por el mes de diciembre María Arsenia sintió cierto malestar y Tigrero comprendió al punto el problema que lo esperaba. Quiso hablarse con Aladino o con alguna partera para que le sacase de semejante trance, mas este pensamiento era irrealizable porque las mujeres de los colonos del Quindío no se dejaban ver en los apuros del parto, sino de sus propios maridos. Este impedimento le obligó a enfrentarse de lleno a la situación.

Sirviéndose del fique que abundaba por las cercanías de su vivienda trenzó varios lazos y colgólos de una viga para que su mujer se sirviera de ellos en los mortales esfuerzos. Preparó la navaja perica y además un pabilo de colcha para amarrarle el cordón umbilical a la criatura inmediatamente naciera.

Si en medio de las ciudades el nacimiento de un hijo es asunto de trascendencia suma, cuánto más en los dominios de la selva, en donde se carece por completo de drogas y de los elementos más indispensables para el caso.

Los perros fueron silenciados, encerrándolos en la troje; Benjamín y Gregorio andaban de puntillas por el corredor

trayendo las cocciones de diversas yerbas que les encomendó el colono. Apenas se oían los ronquidos del gato que parecía cocinar los silencios en un rincón de la salita. Y afuera, hacia la noche, los grillos entonaban sus interludios monocordes.

En altas horas, el silencio se hizo por completo. Daba la sensación de que la misma naturaleza se hallaba en expectativa como si esperara el nacimiento. La luna, en los altos cielos, pendía sus caireles de plata, imitando pabellones de cuna.

Al pie de María Arsenia estaba Tigrero, quien procuraba contener la respiración para no perturbarla en su aparente sueño tranquilo. De vez en cuando salía al corredor como para explayar esa mezcla de tristeza y de alegría que lo embargaba. Al través del guásimo del patio vio asomar un lucero que parecía triscar las hojas movidas por cándido viento. Este lucero le servía de reloj, porque en las diversas salidas que daba, veíalo aparecer por otros huecos del ramaje.

El nacimiento del hijo estuvo rodeado de infinitas peripecias que agotaron momentáneamente las fuerzas de aquel coloso de las selvas. Cuando alumbró la mañana se escuchaba el llanto del chiquirrín. Los perros fueron traídos de la troje; las gallinas alegraron el patio con sus cacareos y todo en la cabaña pareció renacer.

Tigrero durmió sueño profundo durante todo el día.

Flujo de Colonos

1

Mientras María Arsenia se dedicaba a la crianza del primogénito, y Benjamín y Gregorio defendían los surcos de los animales dañinos, Tigrero se dedicó a la caza de fieras, acompañado de sus perros. Tigre que agarraba, quitábale la piel en la misma selva con su cuchillo agudo como las gumías

En parajes lejanos lo atacó un felino cierta vez que viajaba sin perros. El cazador vio primero la garra del animal estampada en los arenales de un riachuelo. Las aguas entraban hasta dicha señal y producían chafaditos sonoros. Tigrero olisqueó el aire y sintió un olor espeso, escalofriante para otro hombre que no fuera cazador avezado como él. “Está muy cerca el tigre”, se dijo. Y alistando el cuchillo aguzó el fino oído que sentía crecer las mismas hierbas. Desde el repecho de un jaral la fiera se abalanzó y no tuvo más alternativa que trabar con ella la lucha a muerte.

Abrazados hombre y felino rodaron por el suelo. La fiera desgarrábalo con zarpas y dientes, al paso que el colono apretábala con las tenazas de sus manos. Sirviéndose del cuchillo le propinaba golpes tan certeros que el tigre se enfurecía más y más. Tigrero fue perdiendo lentamente las fuerzas para continuar la lucha y soltó la fiera. Esta, derrengada y maltrecha, trepó a un carrizal. A pesar de las heridas y del desangre del cazador, éste pudo observarla.

Dos colonos que pasaron ocasionalmente por allí, recogieron a Tigrero casi desmayado. El herido mostróles con el dedo el sitio en donde estaba la fiera. Los dos colonos movieron la trabazón de carrizos y el tigre cayó al suelo pesadamente, arrojando por la jetaza chorros de sangre que venían desde sus entrañas rotas.

Tigrero fue conducido a su vivienda y la fama suya creció entre los hombres de la región.

Restablecido de los golpes y desgarraduras, Tigrero salía con su mujer a visitar a los nuevos colonos llegados al Quindío. Iba típicamente vestido con sus polainas granates, y en la cintura portaba el grueso revólver calibre 44. En el cuello flameábale el vistoso pañuelo de seda que hurgaba el aire con lengüeteos audaces.

Tigrero no sabía leer ni escribir, pero con la franca mirada trazaba rúbricas amorosas en el corazón de las mujeres. Con la misma sencillez les picaba un ojo, que mataba un tigre o derribaba un montaña virgen. Era un colono perito en el derribar. Por eso le parecieron siempre iguales las mujeres y las montañas.

La mujer de Tigrero se complacía en contar las proezas de su marido a los colonos que la interpelaban.

—Antes de venimos de Anaime —decía ella— los perros levantaron una tigre en celo. Mi marido la persiguió por desfiladeros miedosos hasta caer al cañadón de una quebrada. El animal saltó a un árbol caído y el cazador le cayó encima y le pisó la cola. Viéndose la fiera embrazalada y colgando, no pudo volver la cabeza y Tigrero la mató allí mismo. En una palanca le ayudaron los peones a llevarla a la hacienda y días después vendimos su piel y otras muchas en Ibagué.

2

Con el transcurso de los meses, otros colonos fueron llegando a convertir en terrenos valorables el anonimato de los baldíos.

En distintos municipios de Antioquia estos colonos sintieron lucir en su conciencia una estrella de anunciación, y acudieron al nacimiento de una raza nueva que iba a tener por pesebre la absconta selva. Con la cantimplora terciada en arriscado anhelo, levantados sobre alpargatas de fique o quimbas rudas, no llevaban otro oro para ofrecer que el de sus sentimientos

puros; ni otra mirra para quemar que sus anhelos de trabajo; ni otro incienso votivo que el humo de sus pipas o sus tabacos.

Estos hombres iban acompañados por la ruana que, enrolletada en la mano izquierda, servíales de rodela para embotar el mandoble del bandolero, usándola por las noches a guisa de cobertor; del machete relumbrante y del hacha fundamental, descuajadora de selvas bravías. Pero estos antiguos colonos no eran de los que hoy se estilan, incautando tierras o implantando la ley de Guacaica a sus semejantes, es decir, asesinandolos a mansalva y sobreseguros, sino hombres activos, zapadores del progreso, adalides del compañerismo, cifra y orgullo de la raza. Entre un colono de ayer y otro de hoy, existe la diferencia que va de un patriarca bíblico a un mercenario de las estepas rusas.

Desde su llegada al Quindío los colonos encontraron a porrillo la guadua, especie de bambú gigantesco. Y la utilizaron para hacer sus casas, sus camas, los instrumentos musicales, la banqueta, la tapia del fogón, el aparador, el tarro de sal, el cedazo, el parapeto para la piedra de moler, los burros típicos para el juego de los niños, la trampa para las perdices, el horcón del patio donde amarrar la vaca recién parida, las estacas y talanqueras del potrero, las canoas que conducen el agua limpia desde la acequia, el lavadero, la puerta de trancas, la troje, las jaulas, la cuna del recién nacido, la barbacoa o parihuela para el muerto, la cruz del cementerio campesino. En suma: la guadua fue y ha sido el soporte de aquella raza, el símbolo de la civilización en dichas tierras como la porcelana en Asia, la piedra en Europa, el hierro y el cemento en los Estados Unidos.

El guadal es inconfundible entre las demás vegetaciones, aun visto de lejos. No es necesario oír el clamoreo de su follaje claro, ni ver la estilización de los seres que lo forman, para conocer su particular presencia. La guadua no es pesada como la palma, pero sí más flexible, más ondulosa, más esbelta, es decir más parecida a una hembra. A pesar de su elevación, aparenta humildad en la inclinación y emburujamiento en su copa. Las plantas rastreras rara vez crecen a su lado, pues

sólo pueden convivir con ella todo este plenum de árboles corpulentos que, a manera de eunucos, defienden la doncellez de las elegantes guadas. Cuando un individuo penetra al gradual, siente un respeto que se parece al miedo. Reparando los sitios de arranque del primoroso vegetal, ve los retoños aherrojados en chuspas carmesíes, repletas de pelusillas pungentes. La penumbra invade por doquier y la tierra fresca y húmeda huele a sápidas manzanas y a frutas venenosas.

Un frotamiento de hojas reseca al paso de un animal que huye, o el canto monótono de la cocona o el diostedé, hacen más misterioso y lóbrego el recinto durante las horas caniculares. Frente a aquellas fêminas, pudorosamente desnudas, que usan ajorcas blancas a todo lo largo de las piernas; que se ponen collares de plantas aéreas y aretes de cortapicos, el espíritu se siente prevenido, porque si es verdad que enamoran con sus rumores, también sangran al violador con tremendos puyazos.

Cuando la tormenta ruge conduciendo sus escuadrones de nubes negras, hendidas por los fulminazos ígneos del rayo, el huracán infla y desgarrar sus cabelleras que rezongan como fuelles. Y mientras los árboles colosales registran sus sonidos de bajos con sus traqueteos, la tubería del opulento gradual suena cual un órgano en una vieja capilla.

3

La fiebre de la colonización continuó obrando en Tigrero y en sus compañeros. Al sembrar y al recoger las primicias de los fundos sentían un frenesí desconocido, casi una voluptuosidad. Y aunque no sabían de abonos químicos, ni de biología vegetal, ni de la composición de los terrenos, sin embargo sus cosechas eran rebosantes. La personalidad de estos hombres se fue incorporando de tal modo al medio, que ya se sentían como elementos nacidos allí.

Por consejos de Tigrero, Benjamín y Gregorio tomaron cada cual su lote y los sembraron de café con la esperanza de obtener sobre ellos la propiedad del trabajo.

—Si yo me topara una hembra de empuje me casaba con ella —dijo Benjamín cantándose el sombrero aludo.

—Busquémosla —respondió Gregorio—. Ya hay varios colonos en estos lados y deben tener hijas muy hermosotas.

Y se entregaron a recorrer los ranchos de los paisanos. Llevaban la escopeta y el tiple como pretexto para crear amigos en sus andanzas de la tarde. Podían enumerar en los dedos los colonos que ya conocían: aquí estaba Antonio Valencia, cerca de los Barcos; allá Servando Castaño y Antonio Herrera; acullá Manuel Cardona y José de los Reyes Santa y más lejos aún los Marines, Gabino Arango y los hermanos Suárez. Las casitas habían ido surgiendo como si un pintor invisible las fuera precisando al óleo sobre el lienzo de la selva.

Cierta vez comunicaron a Tigreiro que hacia el oriente habían escuchado cohetes y golpes apagados de tambor.

—¿Serán los indios? —consultó María Arsenia.

—Ni riesgos —respondió Tigreiro—. Los indios se fueron hace muchos años de por aquí. Sin duda serán otros colonos que están llegando a la comarca.

Todos salieron al patio y lanzaron gritos que fueron contestados por otros colonos de la lejanía. Sus mujeres se asomaron a la puerta de los jacales acompañadas de sus hijos. Horas después, varios colonos se habían reunido en la finca de Tigreiro a comentar el sencillo pero extraño acontecimiento de los ruidos escuchados por Benjamín y Gregorio.

Entrando la noche sonó el tiple de Benjamín y como por encanto apareció la guitarra fachendosa y fiestera. El baile se cuajó en ardimentos de compañerismo, y solamente vino a terminarse cuando en las pechinas de azabache del oriente brilló airosa la dalmática del amanecer.

Nacimiento de Pueblos

1

Al pie de los cuadriles de la cordillera central, en lo hondo del valle montañoso, Segundo Henao tenía establecidas sus mejoras desde años atrás. De Salento había partido con rumbo al sur, en busca de piedras calizas y de cerámica aborígen, pues su amor a la artesanía prehistórica tenía hondas raíces. Explorando la selva se encontró con Román María Valencia, entomólogo de vocación que andaba coleccionando insectos desconocidos y aves de plumaje raro. Este científico criollo había construido su barraca y en sus paredes aparecían disecadas la mayor parte de las aves de la región, desde el rondaflores tornasolado hasta el tochón de vetas múrices. En cajas apropiadas los insectos producían visos de joyas y cuando el viento entraba al laboratorio rústico, agitábanse alas y plumas cual si un aliento amoroso las enumerara.

—Somos antioqueños y necesitamos fundar una población para poder vivir —dijo Román.

—Sí, la fundaremos —contestó el interpelado.

Y empezaron el descuaje de la selva, ayudados por agricultores, traídos desde Salento. Preparado el campo, trazaron la población dándole el nombre de Calarcá. Por doquiera surgieron como lirios colosales las toldas de los aserradores y aunque ignoraban por completo la alquimia o preparación de las maderas, sin embargo su propio instinto conducíalos hasta obtener los mayores éxitos en su empresa. Para trazar las vigas y los tablones que entrarían en la construcción de las viviendas, utilizaban una cuerda teñida con carbón vegetal. A falta de plomada servíanse de una piedra amarrada a una fibra de zurrumbo y por mandil empleaban suaves cortezas de árbol o flecos de iraca.

Durante las noches iluminadas muchas veces con llamas de resinas o de maderas de fresno, el ornitólogo continuaba

sus experiencias. Henao, por su parte, escribía sus penalidades porque era un colono doblado de poeta. Su poesía era dulce y melancólica cuando se ocupaba de sus hijos, y fuerte y arrebatadora si azotaba a los tiranos advenedizos. Odiaba la esclavitud como el pijao de los Andes. De tanto copiar la selva, sus ojos verdosos como el talictro parecían vivir bajo el agobio del mimetismo, y en sus barbas semirrubias había un canto eterno al maíz.

Tan pronto se formó buen numerario de colonos, hizo nombrar comisario de la fracción. El hecho lo celebraron con voladores traídos de Salento y en tambor improvisado con piel de chivo dieron golpes de júbilo imitando el maguaré de los indígenas. Estos ecos sordos, recorriendo como truenos subterráneos las distancias, fueron los que escucharon Benjamín y Gregorio.

En los momentos en que Tigrero llegaba a dicho caserío inspeccionando la comarca, Valencia agitaba una vieja campana congregando a los colonos para que firmaran un memorial dirigido al Ministro de Hacienda pidiéndole escuelas para sus hijos.

Henao trepó a la cepa de un árbol recién cortado y leyóles la petición escrita por él y Román:

“Los suscritos, naturales indistintamente de los diversos distritos del departamento de Antioquia, residentes hoy en las montañas vírgenes del Quindío, territorio baldío de la nación, perteneciente a la provincia de El Quindío, por conducto de ese Ministerio, al gobierno nacional exponemos muy respetuosamente:

Que agobiados por la inesperanza de adquirir propiedades en territorio antioqueño, y pensando en el porvenir de nuestros hijos, abandonamos resueltamente, a pesar del sentimiento natural que produce la separación del suelo en donde se nace, aquellos lugares, para venir a poblar estas regiones incultas.

Sin más elementos que la salud y la fuerza; sin más capital que el hacha y sin más apoyo que el de Dios, hemos ido entrando diseminadamente a formar hogar en estos bosques

con la risueña esperanza de formar propiedad para nuestros descendientes.

.....

Como el señor Ministro ve, estamos animados de buenos propósitos, pero hay algo que contrista nuestras almas y nos llena de angustia, y es el ver que nuestros hijos crecen sin educación. Estamos en el corazón de estas montañas, lejos de los centros de civilización y fuera de los límites de nuestro suelo natal, donde el gobierno tanto propende por la educación y aunque pertenecemos a dicho departamento, su territorio es muy inmenso y su tesoro no alcanza...”.

Los pobladores que sabían escribir, firmaron la hoja. Los otros lo hicieron a ruego. Era de verse la mano trémula y bruscota, áspera y tiesa del campesino tratando de dibujar la firma sobre el papel. Primero tornábase pálido y sus ojos permanecían quietos, fijos sobre la línea, mientras la sangre en galopes ardientes lo estremecía como si su cuerpo fuera el estadium de la emoción.

Terminado el problema de las firmas los colonos prorrumpieron en elogios a los fundadores.

Tigrero, el cazador de fieras, acercóse y les estrechó la mano a Valencia y al cazador de imágenes. Luego se dirigió al corregidor y lo informó de la necesidad que tenían de construir un puente sobre el río Quindío para desembotellar las regiones de los planes y traer a Calarcá los productos agrícolas de las fincas.

—Demás, señor, que nosotros vamos a ayudarle —dijo el corregidor, acariciando los ramales de su peinilla—. Aliste los materiales para el puente y nos da aviso cuando sea el primer convite.

Con alegría, Tigrero le dio las gracias, agregando:

—Yo haré cortar las maderas, señor corregidor, y todo lo tendré listo. Les daré aviso oportuno y les advierto que no lleven víveres ni aguardiente, que todo corre por mi cuenta.

2

Transcurridos algunos días, Tigrero preparó los materiales necesarios para la obra, y dio el aviso oportuno al señor corregidor.

Por la mañanita cogió dos cerdos y después de sacrificarlos empacólos en sacos de fique, amén de algunas panojas de choclo, plátanos, fríjoles verdes, sal y los utensilios indispensables de cocina. Con este fiambre marchó al río acompañado de varios amigos.

Como los horas pasaban y los invitados no venían, dijo Agustín Martínez:

—Nos dejaron metidos.

—Se perdió chicha, calabazo y miel —respondió Jesús Soto.

—No hay tal. Esperemos un poco más —explicó Tigrero cuya voluntad era inflexible.

—Sin duda el corregidor no dio aviso a sus compañeros —agregó Juan de la Cruz Cardona.

—En todo caso nos hemos quedado con los crespos hechos —terminó Tigrero.

Y levantando su campamento regresó al hogar profundamente disgustado. Pasó a Calarcá y allí el dueño de un fonducho, al verlo sentado en un taburete recostado a la puerta, le dijo:

—¿Dizque usted y otros pretenden fundar un pueblo para hacerle la guerra a éste?

—Sí señor. Nosotros pensamos fundar alguna cosa aunque ustedes no lo quieran.

El buscarruidos se encolerizó y acercándose a Tigrero farfullóle:

—Usted no es capaz de hacer un rancho de platanilla...

Tigrero se le fue encima al agresor para castigarlo como se merecía, mas Juan de la Cruz Cardona se colocó en medio de ambos y evitó así que la gresca tomara mayores alcances.

—Veremos de lo que somos capaces —dijo Tigreiro retirándose de allí.

Cuando llegó a la casa iba preocupadísimo:

—¿Qué hago yo, María Arsenia, para evitarme los viajes a Calarcá y a Salento en busca de víveres?

La esposa meditó un momento y luego le dijo:

—Muy fácil. ¿Por qué no carías a Juan Antonio Ospina y a don Gabino para que levanten una fonda?

—Muy buena idea, hija. Vamos a ponerla en práctica.

Y la tienda surgió como epicentro del colonizaje de aquende el río. Allí compraban y vendían sus productos finqueros de los planes. Y hacían sus parrandajes tremendos que aglutinaban colonos de todas las latitudes.

Un día cualquiera apareció en la fonda el aguardiente fabricado por Segundo Henao. Los colonos afirmaron que jamás habían ingerido licor más sabroso.

También la muchacha airada y sandunguera levantó la pirueta de su cobertizo en las cercanías de la fonda. El prurito de la aventura había colonizado hacía mucho tiempo su carne, mas su corazón permanecía cual un pomo cerrado, virgen en amores, y buscaba un dominador. Su nombre vulgar respondía al de Rosa Clavijo, pero le caía tan bien a sus formas jocundas que muchos hombres se jugaron la vida por ella. Este detalle tan pequeño la rodeaba de un prestigio fantástico que la hacía aparecer como desdeñosa.

—Vení pacá —le dijo Tigreiro al verla entrar y al oír la música de las cuerdas que alegraban las noches de la fonda, cuyas paredes barnizábanse con el cromo de la luz producida por las velas esteáricas.

Y en baile ancho, mecido por ráfagas de un amor desconocido, recorrieron el tablado brusco.

—¡Viva Tigreiro! —gritó Gabino Arango.

—¡Viva la pareja! —añadieron otros colonos.

3

Una noche de esas entró a la fonda el comisario de Calarcá. Venía tras de Rosa. Al cinto llevaba la peinilla de elásticos ramales, y en su conversación altisonante procuraba demostrar su autoridad.

—¿Qué hubo señor Comisario? ¿Por qué no pasó el aviso de la construcción del puente a don Segundo y a don Román? —le preguntó Tigrero.

—Yo no soy paje suyo —le respondió el Comisario.

—¿De modo que usted nos aguanoció la construcción de esa obra sobre el río?

El interpelado meditó un instante en la trascendencia que podían tener sus palabras y se concretó a decir:

—Constrúyanlo ustedes. Nosotros no tenemos que ver con sus vainas...

Días después Tigrero y los hermanos Suárez hicieron el primer convite para fundar la población de Armenia. Sentados en troncos de arenillo redactaron el acta de la fundación. Para ser dueño de un solar bastaba poner una cruz de madera en determinado sitio del lote. Mas, si a los quince días no pedían la adjudicación, perdían el derecho a él los caficultores.

Apoyados en ésta y otras disposiciones, los colonos dieron principio a la acumulación de materiales para levantar sus casas. Por todas partes se oía el serrucho mordiendo la carne de las maderas; el hacha ensayando su canción al golpear la eurtimia de las elegantes guadas; el martillo hundiendo entre briznas de luces los rebeldes puntillones; el palustre enjabelgando las paredes con pegante mezcla. Primero fue el hacer la humilde habitación de teja de astilla. Luego vino otra de tejas rojas para la cual se utilizó el barro cocido. Surgió la asistencia u hostería en donde los recién llegados posaban mientras construían su vivienda. La morada más airosa, con blanquimento de cal, avivó el entusiasmo de todos. Cual pluma de chambergo o peineta de lujo, se levantó la casa de balcón dominando las ringlas de casitas que simulaban un mosaico.

Para obviar el problema del acarreo de piedra desde los ríos, los fundadores consiguieron un asno. Cuando llegaba, engargolada la cabeza con pasifloras del monte, los constructores le abrían calle de honor. Frente a estos simpáticos aspectos, las caras de los colonos tenían mucho de lámparas que irradiaban por doquiera los electrones de la sonrisa. Nada de oscuridad en sus pensamientos; nada de pesimismo que entenebrece y embotan la acción. Si se hubiera podido mirar a sus corazones ellos habrían servido de barómetros del alborozo, porque estos hombres creían ver surgir de entre el mar de las selvas la hermosa población futura, como de las aguas marinas lisonjera vestal.

Rodeando el caserío se formaron las zonas del plátano y del maíz, del café y del tuberosal. ¡Aleluya...! gritaban en su entusiasmo los cultivadores. ¡Aleluya...! parecía decir el cielo imperturbable y profundo donde todos los matices del color recorrían la gama de la más perfecta policromía.

La caña, ajorcada y dulcísima, remedo del carrizo, izó al viento sus cogollos prietos. Cañita amarilla del trópico, madre de la miel y abuela del picante guarapo: Quién te supiera cantar tu dureza de esplendidez y tu dulzura de corazón. Si es que tienes más de madona que de ser vegetal. Te vistes de color violáceo, cañita morada de los planes, o aherrojas tu personalidad en lapislázulis, cañita azul de las orillas del arroyo. ¿No eres tú la progenitora del azúcar, como la mujer lo es del amor? ¿No eres tú, acaso, la que te dejas estrechar entre los brazos del cilindro criollo, convirtiéndote en melaza, y luego te dejas acariciar y retorcer para dar luego tus famosos moscorrogios? Cañita sandunguera, henchida de mieles y alcoholes: tú hiciste parte muy principal en la alegría de los colonos y pobladores de estas regiones de América.

Las nuevas leyendas respecto a la laguna de Maraveles y las cumbres de las cordilleras, atrajeron fuertes núcleos de individuos de todo el país, los cuales hicieron el papel de pobladores. Muchas veces en el transcurso de la noche, una familia de labranceros levantó su cobertizo de guadua. Las mencionadas leyendas afirmaban que veían arder las montañas,

inflamadas por el oro que poseían. Que en los rocales y socavones de Peñas Blancas se escuchaban bandas de música y sonidos de campanas, como en la cueva de Tambichuqui.

Con los lazos familiares del compadre y del tío, del yerno y del padrino a quien el ahijado respetaba como a un segundo padre, los colonos y pobladores iniciaron una etapa de sociabilidad más acentuada. Con estas relaciones aunaron sus características y emprendieron la erección del corregimiento, estacionado cerca a un río, ya que en sus venas había pigmento herencial de los iberos que construyeron siempre sus pueblos al pie de las aguas tumultuosas.

Agüeros en el Caserío

1

Para combatir los maleficios y brujerías, lo mismo que para procurarse una rudimentaria comodidad, reclamaron el apoyo de un sacerdote y un maestro, de un comisario y un barbero.

El sacerdote y el comisario fueron los primeros en atender el llamamiento. Al paso cauteloso de su caballo moro el cura atravesó la selva y llegó al caserío. Desmontóse al pie de una ramada que hizo las veces de capilla provisional y golpeó fuertemente contra uno de los estribos de cobre llamando a los colonos a cumplir con sus ritos religiosos.

Por las trochas, marchando aún desde lejanos parajes, se veían venir los campesinos trayendo en sus brazos los cuerpecitos de los recién nacidos para cumplir el sacramento del bautizo. Los rústicos ajuares, tan blancos como el traje de Tisbe, se expandían con el aura selvática dando apariencias de nebulosas que convergieran hacia un foco de refulgencias sumas: la capillita. O semejaban ramos de azucenas móviles que condecoraran el paisaje de un verde láudano con sus alburas trémulas.

—Mire mi padre, bautíceme esta niña —dice una mujercita de amapoladas mejillas y sonrisa de madrigal.

—Primero el de nosotros, su paternidad, que venimos de muy lejos —reclama un patriarca de barbas espesas y mirada húmeda.

—No mi padre, a nosotros nos corresponde porque llegamos primero —dice María Arsenia abriéndose campo entre el tumulto de padrinos.

—¿Qué nombre le ponemos a la criatura?

—Póngalo Juan de Jesús, mi padrecito.

Y como el sacerdote había olvidado traer el libro apropiado para los bautizos, sacó de las alforjas una novena y con ella bautizó a los primeros niños de la comarca.

El cura no le temía a la lluvia ni al sol, ni mucho menos a la espesura intrincada. En algunas noches se le escuchaba levantarse y ensillar su propio caballo. Luego emprendía viaje tras un labriego, también de a caballo, que conducía un farol y necesitaba de los servicios del sacerdote en su lejano penetal, donde la mujer o el hijo agonizaban sin los auxilios de un médico. Cuando más una yerbatera o un curandero les recetaban sus pócimas, precipitando con más violencia el funesto desenlace.

Cuando los ópalos de la aurora proyectaban sus luces sobre el gigantesco valle, el presbítero regresaba al caserío. Las vacas mugían en las granjas y entre las jaras del bosque un ave solitaria lanzaba su triste onomatopeya: Dios te dé... te dé... Dios te dé...

El barbero llegó tiempo después y se estableció cerca de la comisaría. Por silla giratoria empleó un cajón bocabajo y un taburete encima. Sobre la pared sin blanquimento, la navaja barbera y las tijeras se despernocaban colgadas de sendas puntillas, y empenachando la burda mesa cubierta de frascos y otros utensilios de la profesión, el espejo de moldura vieja registraba el movimiento de los colonos en la placita del caserío.

2

Cuando apareció el primer billar en el poblado los colonos encontraron en él un sitio de esparcimiento y permanecían jugando o simplemente de espectadores hasta avanzadas horas nocherniegas. Al sonreír el levante dirigíanse, adormilados, a sus hogares. Allí las cónyuges los esperaban con esa inquietud expectante que forma límite entre la vigilia y el sueño. Con estas demoras en el garito, las esposas comenzaron a fatigarse y para aterrar a sus maridos dieron rienda suelta a los agüeros.

Decían ellas que al marido trotamundos que se demoraba en la calle, lo cogía un viento arremolinado y se lo llevaba por los aires. Que amanecía arañado la cara y la ropa hecha pedazos. Y hasta endilgaban nombres propios de los que habían sufrido semejantes peripecias. Como algunos maridos burlones se mofaban de tales supercherías, las esposas les contaron otras más terroríficas como la de la candileja y el trespiés, ave agorera cuyo canto —según algunos— anuncia la muerte de algún vecino. Por coincidencia, el trespiés cantó en el gualanday y murió el herrero Patrocinio Loaiza. Entonces los colonos pensaron en el cementerio y enmarcaron un terrenito inculto, entre tapiales. Allí lo llevaron en convoy triste. ¡También la muerte necesitaba campo vital en los dominios de los colonizadores!

Y los maridos cogieron miedo a los vaticinios y aseveraciones de las esposas y estuvieron por mucho tiempo en el hogar desde las seis de la tarde, acompañando a sus mujeres y a la prole a rezar el rosario.

Para mejor apoyo de las casadas, irrumpió en la plaza del caserío la figura fachendosa de Piquillo, montado en mula negra de inquietudes luciferinas. Nadie sabía de dónde salió aquel personaje de maneras simpáticas, pero rodeado de una especie de misterio. Los ojos chiquitos sonreían más que la boca relumbrante por los casquetes de oro. Afirmaban que sabía toda clase de magias porque tenía contacto con el diablo, y que dominaba la ventriloquía por completo.

—¿Dónde aprenderá tantas marrullas Piquillo? —le consultó María Arsenia a Tigrero.

—En las guerras civiles, hija. Ese hombre ha sido un demonio. Su hechicería y sus agüeros nos han traído borrascas de sugerencias.

3

A fines de noviembre cundió la noticia de que Piquillo se transformaría en jabalí para amedrentar a las sencillas gentes. Los vivanderos vendieron a menosprecio sus existencias de artículos de primera necesidad; las toldas del mercado levantáronlas temprano y los dueños de quincallería y otros pequeños almacenes, cerraron sus puertas para marcharse a sus casas. El mismo y típico vendedor de específicos y otras panaceas, retiróse con sus culebras enjauladas, poseído también de la sugestión. Las calles quedaron solas y apenas el comisario jefe se paseaba por todas partes mostrando en su seriedad un aire de fortaleza, pero volviendo de vez en cuando la mirada recelosa y moviendo el palo de mando como para espantar la influencia del miedo.

Las mujeres del colonizaje tuvieron, pues, en Piquillo un coadyuvador para morigerar las costumbres que ellas tildaban de licenciosas. Y aunque lo miraban con temblorcillo, se atrevieron a dirigirle la palabra cuando se dieron cuenta de que cultivaba amistades entrañables con el señor cura.

Con este sacerdote, Piquillo tenía sus paliques en el despacho parroquial:

—Vos tenés fama de hechicero, Piquillo...

—Eso dicen las mujeres, padre Valencia.

—¿Y vos qué afirmás?

—Yo sé juegos de salón y escamoteos de manos apenas, mi padre.

—Pero dicen que sos transformista y que llevás monicongo...

—Qué va padre. Es que los agüeros se han posesionado del caserío. Los ruidos que las mujeres oyen de noche se deben al ventarrón que sopla desde la cordillera.

—Pero dizque escuchan relinchar los caballos...

—Tal vez, porque las brujas vienen y les forman trenzas en las crines.

—¿De modo que vos creés en brujas, Piquillo?

—Yo las he visto, padre, rodando como bolas de fuego sobre la montaña.

—Eso se debe a los tesoros que guardó en Peñas Blancas el cacique Calarcá, el jefe de los indios Pijaos.

—¿De modo, padre, que usted cree en tesoros?

—Eso es distinto a las brujas. Estas no existen y los tesoros sí.

Piquillo sonrió con malicia y se estregó las manos grandotas enjaezadas de anillos multicolores.

4

Un caso extraño vino a aumentar la inquietud en las gentes del colonizaje. A las nueve de la noche los colonos se encontraban tranquilos en sus hogares, cuando escucharon un ruido gigantesco que arropaba el caserío. Algunas esposas de los colonos creyeron que se trataba del Enemigo Malo; otras afirmaron haber visto un águila inmensa que llevaba fuego en el pico y trazaba letreros mágicos en la atmósfera. Aseguraron las últimas que habían sentido caer una piedra, como así lo era, lo cual fue creído por la mayoría, pues el estremecimiento de la tierra hizo vacilar la capillita. Incapaces de comprender los fenómenos que se producen en la naturaleza, especialmente al caer un aerolito, las mujeres y varones del colonizaje buscaron refugio en la oración como lo hacían siempre cuando los envolvía la tempestad o el terremoto sacudía sus viviendas.

Piquillo descubrió la concavidad abierta por la caída de la gran masa mineral y las mujeres no quedaron contentas sino después de que el Padre Valencia fue con ellas en nutrida procesión y esparció agua bendita en el sitio en donde se había sepultado por su propio peso la piedra estratosférica.

Secundado por los colonos y sus esposas, el Padre Valencia dio principio a la construcción de una iglesia más amplia que

diera albergue a las numerosas huestes de labradores que día a día aumentaban el censo de la región.

—Tome padre Valencia este anillo para que haga una rifa con destino a la iglesia —le dijo Tigrero.

—Aquí traigo esta novillona, padre, para el mismo menester —agregó un pueblero rico que tenía establecido su trapiche criollo.

Y las mujeres, en simpáticas romerías y sin distingos de clase, traían sobre sus propios hombros la piedra desde los ríos para levantar la cúpula graciosa bajo la cual se bendecirían los matrimonios que fueran resultando en el territorio.

Días después, los casorios entre campesinos hicieron retemblar las veredas al paso de sus cabalgatas.

Los hombres del poblado participaron en tales connubios, y de esta compenetración en sus costumbres nacieron lazos de amistad indestructibles.

—Camine usted también mi padre. Lo invitamos a la fiesta —le decían al cura.

Y el padre Ismaelito Valencia, prototipo ejemplar del entusiasmo y amigo insuperable de los colonos, asistía a sus fiestas y a sus convivios. Donde se entronizaba el dolor, allí estaba también él, consolando a los tristes con su presencia bondadosa y con sus máximas constructivas.

5

Desde el despacho parroquial el padre Valencia veía crecer el corregimiento. Todas las mañanas observaba algo nuevo: ya era el amansador de potros cerreros que en plena plaza domeñaba un caballo de potente alzada en presencia de numerosos pueblanos; ora un aeronauta que se elevaba a grandes alturas en un globo de trapo cual si buscara algo superior. ¡Inquietudes de la raza! El humilde botiquín abrió sus puertas a las huestes de colonos que acudieron a él cual sedientos corderillos al abrevadero. Su dueño colocó en parte

principal el petulante letrado de: Botica. Al fin había empezado a funcionar la farmacia homeopática, primera vislumbre doctoral en los pueblos que se inician.

La sastrería venía actuando desde tiempos anteriores, pero con tan mala fortuna que al sastre lo ocupaban muy poco en su profesión, debido a que los hombres del colonizaje usaban ropa de dril del país, cosida exprofeso por sus mujeres. Nada de vestidos de paño a la moda, con muchos arrumacos. Y menos si los paños eran extranjeros. Para ellos la ropa ideal consistía en dril de diablo fuerte, los calzoncillos de cordones y las camisas de pechera tiesa, confeccionadas y planchadas por sus hembras.

Pero la mayor alegría la experimentó el cura cuando escuchó la rochela formada por un grupo de niños.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Piquillo que llegó en esos momentos al despacho parroquial.

—Que ha nacido la escuela, gracias a la ayuda de Tigrero que consiguió el local.

—Muy bien, mi padre. Estas tierras prosperan.

—Y lo que progresarán, confiando en Dios, Piquillo. Con Pereira existen ya seis poblaciones fundadas, y estos colonos continuarán, sin duda, jalonando estos valles con la promesa de sus labranzas que serán a la vez semillas para el surgimiento de nuevos pueblos. Y lo más curioso es que estos hombres hacen sus fundaciones de modo propio, sin que nadie los envíe en comisión como lo hacían los conquistadores con sus subalternos, revistiendo el acto de espectacularidad y teatralismo. Los colonizadores lo hacen sin pompa, en nombre de Dios y de su Majestad el Trabajo. Otra cosa muy importante, Piquillo, es que las colonizaciones de todos los lugares y tiempos, en su mayoría, se han hecho por hordas de vagabundaje, por presidiarios, o sencillamente por hombres enganchados. Y la colonización de estos territorios, como lo he dicho, se está efectuando por patrullas de hombres limpios que llevan el rosario al cuello, el hacha en la mano y en el filo de las retinas el brillo de la decisión.

—Pero hay algunos fugitivos que vinieron acá por miedo a la guerra, y hay otros que entraron a la selva tras el oro nada más.

—Muy cierto, Piquillo. Pero la mayoría de los colonos que aquí han llegado hasta ahora, son agricultores que vinieron tras la feracidad de esta provincia del Quindío, y este aspecto ennoblece la colonización. Pero hay algo que contrista mi ánimo y es ver surgir una gallera. Ayer, por ejemplo, vi a Gabino Arango con un gallo bajo el brazo y le dije: ¿para dónde vas, hombre, con ese animalucho? Para los desafíos, mi padre, me respondió. ¡Que viva la gallera...! Como ves, Piquillo, estos malos centros de diversión fomentan la enemistad entre los asociados. Vos has visto que la armonía ha reinado en estos contornos y que los disgustos entre mis feligreses no han ido más allá de unas trompadas, según me ha parecido. De tal modo que las galleras en pueblos que apenas despiertan a la vida económica, vienen a constituir un lastre, o mejor, una sombra...

Ladeándose el sombrero y con cierta tosecita guasona, le respondió Piquillo:

—Yo no estoy muy de acuerdo con usted, padre Valencia, en ese particular, porque según he oído decir los cuadros de los pintores necesitan cierta cantidad de luces y de sombras para que se vean mejor, y lo mismo les pasa a los pueblos. El aguardiente también es una sombra y ya ve, padre, que un bailecito sin este ingrediente no tiene oficio.

—Vos siempre te salís con las tuyas, Piquillo. Cómo te irás a poner de contento cuando llegue la invasión de las mesas de juegos con sus ruletas y su dao corrido, las mujeres bataclanas y otras sombras importantes, como vos decís —terminó el cura sonriendo.

—Usted se ríe, padre, pero sepa una cosa: las corridas de toros, las galleras y todo aquello que despierte alegría y movimiento, es lo único que acaba con el marasmo y los agüeros en los caseríos.

Un hombre extraño se acercó a ellos. Traía en los brazos un grafófono de gran corneta negra.

—¿Me da permiso de tocar aquí, mi padre?

—¿De tocar qué?

—Este aparato.

El sacerdote y Piquillo lo entraron al despacho parroquial y después de cambiarle la aguja a la caja fonética, el hombre puso a girar el disco. Una música fullera de matachicha llenó el aposento del presbítero y Piquillo no cesaba de abrir más ampliamente los ojos para darse cuenta de lo que significaba aquello.

Los hombres y las mujeres que pasaban por la calle se acercaron a escuchar aquella música extraña que jamás habían oído y así como el perro, al ver su figura reflejada en un espejo corre detrás de él a buscar al mastín que ha visto dentro de la luna azogada, así las gentes sencillas del colonizaje buscaban detrás del grafófono la causa que producía aquellos sonidos. Al no encontrar nada entablaban diálogos como éste:

—¿Quién será el que canta allá adentro?

—Algún individuo que Piquillo metió en ese cajón.

Y salieron de allí aterrados ante el misterio de esa caja que sonaba sola. Al hombre que la manipulaba lo miraron con recelo y a pesar de que anduvo por todas las casas haciendo sonar su aparato por la suma de diez reales, en muchas de ellas no lo admitieron diciendo que era un enviado del demonio. Hasta llegaron a creer que era el mismo Piquillo que se había metido allí para asustar a los habitantes del burgo.

El padre Valencia se sirvió del tema del grafófono para hablarles desde el púlpito a los campesinos y tratar de borrar de ellos la creencia que tenían sobre la existencia de brujas, trasgos y demás mitos.

Y el músico ambulante pudo entrar ya sin mayor trabajo a improvisar veladas familiares en los casucos urbanos y aun en los ranchos de los campesinos.

Pretensiones de los Fundadores

1

—A ver señores salentinos: los habitantes del caserío de Armenia nos piden que se los ascendamos a corregimiento y esta petición es muy justa por el constante aumento de la población y por las miles necesidades de sus vecinos —dijo Catarino Cardona en pleno Concejo—. Además —subrayó—, existe allí un núcleo de hombres empujosos como Tigrero y los hermanos Suárez que, abandonando la vida tranquila, prefirieron adentrarse en estas selvas del sur, jalonando la comarca con sus hogares y sus sembrados.

—No hay tal, señores ediles —respondió Nemesio Peña, Presidente del Concejo—. De ninguna manera podemos erigir en corregimiento la población de Armenia, porque hoy piden eso y mañana lo que solicitarán será el distrito, perjudicando no sólo a esta cabecera sino a las poblaciones vecinas. Bien conocemos todos el adagio que dice: cría cuervos y te sacarán los ojos. De manera que lo mejor es permanecer quietos ante estas pretensiones de los armenios.

La lucha fue reñida y en esta primera intentona nada se consiguió.

Tiempo después se presentaron al salón del Concejo dos enviados especiales del caserío mencionado: eran ellos Jesús María Suárez y Antonio María Gómez. Gracias a su intervención obtuvieron la erección del corregimiento. Ya por entonces había nacido Montenegro, patrocinado por Antonio Herrera cuyo amor a Calarcá lo hizo adoptar esta idea, temeroso de que Armenia dejara en receso la población mencionada. La noble emulación fue un acicate que hizo crecer las poblaciones como la espuma.

Antonio Hernández, nombrado corregidor de Armenia, recorría las calles de la población cachifa, en compañía de los

Suárez, impartiendo órdenes para que cercaran los solares o desyerbaran los frentes de las viviendas.

Al dueño de un solar le dijo:

—Si en el término de cinco meses no ha construido usted su casa, pierde el derecho al solar.

Y como lo anunciaba lo cumplía.

En ocasiones encontrábase con Tigrero que andaba por todos los vericuetos del corregimiento departiendo con sus amigos e irradiando su simpatía constructiva, su contento de fundador y de agricultor. Su dinamismo desbordado lo llevaba, ora a su finca de Las Travesías, situada en territorios calarqueños, ora a los dominios de Salento en donde tenía sus paliques con Catarino Cardona.

—¿Cuál de los pueblos fundados te gusta más, Tigrero?
—le preguntó el abogado.

—Yo no siento odio por ninguno de ellos, don Catarino. En todos tengo mis grandes amigos. Algunos creen que Calarcá me choca, pero no hay tal. Allí están Román María Valencia y Segundo Henao, que tienen como yo el orgullo de ser fundadores de un pueblo. Con ellos he conversao largas horas y he recorrido palmo a palmo aquellos terrenos milagrosos.

—¿De modo que quieres verdaderamente toda la región?

—Sí, don Catarino. Los pueblos tienen sus linderos como los solares, pero el corazón no los ve. En estos territorios deseo trabajar al lao de Arsenia y de mis hijos y después morir. Lo que sí espero es que usted se irá con nosotros a vivir en aquellos pueblos. Los campesinos lo necesitamos sobremanera. Y más ahora que se están presentando tantos pleitos con la entrega de solares y la titulación de fincas.

—Demás, Tigrero, que yo iré por allá muy pronto. Por ahora estoy terminando unos trabajos y de la noche a la mañana me presentaré ante ustedes.

Con las mujeres tenía también sus diálogos.

Una chica serraniega más picante que un galerón llanero le dijo:

—No hay en el contorno un hombre mejor que vos.

Y es que Tigrero era enamorado como todo valiente. Si las mujeres eran humildes, su solo prestigio de cazador las arrojaba hasta convertirlas en un ovillo de dulzuras, y si eran empinadas y orgullosas, les buscaba el lado para vencerlas como lo hacía con los árboles peligrosos cuando quería tumbarlos con el hacha. Y siempre, siempre, sentía en los labios tórridos un vago olor a perfume.

Bien recordaba el detalle que le ocurrió en las fiestas que organizara en compañía de los Suárez y del padre Valencia para celebrar la erección del corregimiento. La plaza fue cercada por firmes barreras, y varios toros, traídos de la hacienda de Maraveles, salieron uno a uno para ser toreados por el pueblo. En un palco especial se encontraba María Arsenia con su hijo Juan de Jesús. En otro palco vecino un grupo de muchachas no cesaba de arrojar flores sobre la apiñada multitud.

Las calles hervían con la afluencia de labradores venidos desde el Overo y del Río Gris; del Tolrá y de Filandia; de Pereira y de Cartago. El aguardiente se expendió libre, y sus fuegos desleídos ardían en la sangre de los fiesteros, al paso que las músicas de cuerda alzaban en las cantinas sus pararrayos pueblerinos, aglutinando parrandistas. Globos de papel ascendían a las alturas poniendo sobre el cielo ancho las condecoraciones de sus vividos colores, y los cohetes bullangueros navegaban en aquella misma atmósfera, deflagrando cual rompeolas.

Alegría del pueblo sencillo que no conocía hasta entonces la polarización extrema del dolor, y que vivía una vida de sorpresas cándidas, dignas de ser cantadas por un poeta heroico cuyo sistro hiciera vibrar todos los anhelos ancestrales.

Mientras la gente se divertía con el primer toro de la corrida popular, Tigrero obsequiaba con galletas y vinos a dos odaliscas morenas que lo comprometían con sus impertérritos elogios. El valeroso colono lo hacía a furto, convencido de que su mujer no estaba en la fiesta. ¡Inútil pensamiento, porque María Arsenia no dejaba de mirarlo y analizarle todos sus movimientos desde el palco!

Aquella noche la mujer lo concretó muy de cerca recordándole las rudas calamidades que habían afrontado juntos en la selva, con la esperanza de legar a los hijos un patrimonio que les permitiera una vida sin mayores afanes... para ahora, después de tantas luchas verlo en su propia cara haciéndoles la corte a dos muchachas coquetas y seductoras.

—¿Es que ya estás cansado conmigo? —le manifestó María Arsenia.

Mas él, con seriedad muy cumplida, trató de convencerla explicándole cómo el hombre nada pierde con ser formal y atento con las féminas.

—Pero si te dan celos —prosiguió— de ahora en adelante procuraré ser frío con todas las mujeres. Tal vez en un tiempo fui desjuicio e hice sufrir a mis padres, pero ahora necesito consagrarme a mi trabajo —Y por su imaginación pasaron, fecundándola con suave tristeza, las sombras de sus padres José María Ocampo y María Josefa Toro. En un retroceso de épocas y de distancias, se trasladó a su población natal sobre la alcatifa del recuerdo y vio su hogar humilde campesino; contempló el caminal que lo llevaba hasta la choza donde tenía la novia de los primeros amores; admiró la brecha del monte por donde viajaba en busca de animales fieros para destrozarlos con su cuchillo, apoyado en la sagacidad de los movimientos y en su fuerza varonil. Por último recordó los amores con María Arsenia y el día en que se unió con ella en Ibagué, la ciudad linda y fabulosa del Combeima.

2

A mediados de abril, Tigrero quiso visitar su finca de Las Travesías para informarse de la marcha de sus cultivos. De paso llevó la escopeta por si se le presentaba alguna buena “pieza”.

Por el camino iba encontrando grupos de campesinos que

se dirigían a los diversos corregimientos con sus cargas de café u hortalizas para ser vendidas en el mercado dominical. No escaseaban los portadores de manualidades autóctonas fabricadas en la propia finca en los ratos de ocio; ni tampoco los negociantes de aves de corral y pájaros finos. Sobre la espalda llevaban jaulas con chafíes, sinsontes, mirlas.

Y haciendo parte de las romerías, las campesinas hermosotas, emperejiladas con gorras floridas y alpargatas níveas, cantaban coplas con un dejo triste de la tierra. Cerca de ellas marchaban jóvenes vibrantes pulsando tiples enamorados.

—Estos son boyacenses —pensó Tigrero. Porque él había viajado un poco y conocía las costumbres de algunos pueblos colombianos. Cuando desde el camino veía a un agricultor afeitándose con barbera frente al espejo que agitaba el viento en un pilar del corredor, decía: éste es un antioqueño. O cuando miraba en los surcos a un granjero podando los panojales de cebollas, afirmaba sin equivocarse: ese cultivador es cundinamarqués. Y cuando abajo en los planes, a mayor temperatura, veía a un aparcerero cultivando el tabaco y arrumándolo en caneyes, aseguraba: ese tipo es caucano o por lo menos de Santander.

Esta heterogeneidad en los hombres y en las costumbres; esta mezcla de aspectos raciales era lo que daba sumo color étnico a la lucha del colonizaje, porque de allí, de esa compenetración de caracteres nacería más tarde una raza especial de grandes realizaciones futuras.

Cuando Tigrero llegó al alto del río, los turbiones del Santodomingo atronaban la montaña, e inmediatamente recordó la tragedia que le había acontecido a un colono hacía poco en las aguas tormentosas de aquella corriente:

Jenaro Sánchez, vivía arriba, cerca de Peñas Blancas, con su mujer y sus hijos. Cada ocho días salía a los corregimientos de Calarcá y Armenia en son de negocios. Alguna vez se demoró más de la cuenta libando licores, y al regresar a su finca encontró el río crecidísimo. Sin cuidarse del peligro se arrojó a las aguas con su cabalgadura y después de luchas tenaces, el hombre se vio envuelto en los remolinos y el caballo a duras

penas logró salir solo a la orilla. Tres días después Zabolón Noreña y otros amigos encontraron el cadáver de Sánchez engarzado en tremenda empalizada.

Tigrero iba pensando en este suceso y al llegar al río quitóse el sombrero en memoria del amigo muerto y cuidadosamente pasó el puentecillo formado por dos guaduas que se mecían sobre el abismo. Minutos después, en lugar de seguir el camino, se internó en el bosque buscando alguna prenda de cacería.

Por la tardecita, en parajes esquivos a la planta humana, escuchó reclamos de un hombre que pedía auxilio. Con la escopeta se abrió paso en la tupida maraña y al salir a un claro vio a un campesino parado en la puerta de su rancho. El hombre se hallaba desconsolado sin saber cómo iba a resolverse el problema de su esposa, quien había entrado desde hacía muchas horas en la zona dolorosa del parto. Tigrero escuchaba desde afuera los gemidos de la parturienta que se retorció angustiada por los fuertes dolores. Compadecido del humilde campesino, Tigrero le ofreció ayudarle.

El recuerdo de aquella noche de peripecias inenarrables, se grabó con caracteres hondos en la conciencia del cazador.

Cuando al día siguiente Tigrero subió a su finca, rayana a la quebrada de Guayaquil, ya el sol se ofrecía sobre los cielos de rubidio como un bergantín incendiado en medio mar.

Segunda parte

Burila

1

Alejandro y Jesús María Suárez trabajaban lejos de los centros poblados, en sus territorios de El Diamante. La montaña había cedido a su bravura y en su lugar los pastizales y cultivos daban al ambiente claro signo de riqueza y prosperidad. Se conocían de memoria sus terrenos, regados por la quebrada Cristales; sabían dónde estaban los sitios peligrosos para el ganado; en qué lugares formábanse en invierno los esteros o lagunas.

La amplitud y bonhomía en ellos eran cualidades innatas. Luchadores masculinos de broncas manos y corazón de niños, comprendieron un día que las montañas son dominables cuando se lleva el alma abroquelada por los anhelos de la grandeza. Y señalaron el campo propicio para injertar en él, así fuera la propia vida.

Para obtener el derecho de propiedad de sus dehesas, Alejandro marchó a Cartago a recibir los títulos del baldío de manos del propio Prefecto de la región.

Con honda alegría veían crecer el pueblo recién fundado, cuya área de población recibía el desemboque de trajineros errantes que llegaban a establecer sus parcelas; con cuánta ardentía observaban el multiplicarse los ganados en sus llanuras; con cuánto alborozo veían extenderse las relaciones entre los colonos, protegidos por la tenacidad de sus brazos en el cultivo de los barbechos.

Daba gusto ver brotar el agua del pecho de las rocas y correr libremente por declivios amorosos hasta formar en el valle remansos clarísimos en los cuales abrevaba el ganado soñoliento, cuajando el más hermoso de los cuadros bucólicos. En los flabeles de las palmeras pulsaban sus tiorbas los azulejos y las chilcaguas, mientras que allá a lo lejos, en los bastiones

de las colosales eminencias, se escalonaban las casitas de los labranceros como sostenidas con hilos invisibles. Cuando el sol de la tarde hacía blanquear sus paredes albísimas, daban la sensación de notas de un pentagrama, dispersas en el facistol de las cordilleras.

Pero un día, día falaz para los varones del colonizaje, dos forasteros pasaron cabe la vivienda de los Suárez, acompañados de un peón. Por su atuendo denotaba el uno ser ingeniero; el otro parecía ser negociante. Venían del puente del Alambrado y se dirigían al ya corregimiento de Calarcá a ponerse al habla con las autoridades de allí. Representaban a la Sociedad Anónima de Burila, establecida en Manizales desde 1884 con el propósito de fomentar la colonización, explotar las minas de oro, salinas, carboneras, y establecer la compraventa de tierras.

Dicha empresa constituíanla 65 o 70 personajes de la banca y de la alta política, con un capital limitado de cien mil pesos, dividido en mil acciones. El término de esta compañía se alongaba hasta los veinticinco años, prorrogables si era necesario, según constaba en las mismas escrituras. Los territorios de Burila formaban un paralelogramo de más de doscientas mil fanegadas que comprendían a Calarcá, Armenia, Zarzal y Bugalagrande. De sur a norte medía el latifundio cuatro leguas y media por elevación. De oriente a occidente cinco leguas, como quien dice medio Quindío.

—¿Quiénes trabajan en estos terrenos? —preguntó Mardoqueo Ardila, agente de la Empresa y acompañante del ingeniero.

—Mi hermano y yo —respondió Alejandro.

—Ojalá que estén fuera de los territorios de Burila.

—¿Cuáles territorios de Burila? —exclamó Jesús María.

—Mire, agregó el agente —Y desdobló un mapa en preparación, cortado por dos líneas rojas sobre las cuales descansaba en letras grandes la palabra: BURILA.

Al propio tiempo que recorría con el dedo las ficticias líneas, iba diciendo: La compañía de Burila compró los

territorios comprendidos entre los siguientes límites: Desde el mojón que existe en la cordillera de Los Andes o Alta Sierra, en la Cordillera Central, siguiendo hacia el sur hasta otro mojón colocado en el cono de la misma cordillera; de aquí hacia el occidente, línea recta hasta encontrar otro mojón en el sitio de Las Pavas; de aquí hacia el oriente hasta la Alta Sierra, punto de partida. Como ven —agregó doblando el mapa—, si estas mejoras de El Diamante quedan dentro de la de Burila, los títulos que poseen ustedes son absolutamente nulos.

—¿Cómo que nulos? —prorrumpieron en viva voz los dos colonos—. Si estos territorios los hemos trabajado durante varios años porque cuando llegamos eran baldíos.

—Así lo han creído ustedes... pero se equivocan.

Y apretó el fino tabaco entre los dientes. En los ojos brotados como si los pensamientos en cálido motín se los empujaran hacia afuera, brillaba un aire de dominio y superioridad. El agente era hombre hábil, perito en intrínquilis abogadiles. Vestía saco adrilado con cinturonejo atrás, tubos negros y botines amarillos. Al caminar, los hombros protuberantes relievábanse sobre la ancha espalda simulando palos de barco pirata, en tanto que los calzones, de paño azul cordoneado, se le inflaban a la altura de los descarnados muslos como fuelles de herrería.

—En todo caso —continuó el agente de la Burila—, la Empresa no quiere disgustos con los colonos. Los que tengan cultivos dentro del perímetro territorial de la Compañía, pueden comprarnos dichos terrenos que se los damos muy baratos. Nosotros no queremos explotarlos, sino ayudarles proporcionándoles los títulos verdaderos para que puedan comprar y vender sus labranzas sin obstáculo alguno.

Tal dijo. Los hermanos Suárez quedaron silenciosos, meditando en el problema que acababa de presentárseles. Antes, cuando buscaban tesoros en las huacas, eran felices porque nadie les estorbaba su lucha. Y ahora cuando habían labrado un terreno, propulsando entre sus compañeros la estandarización del minifundio, llegaba una compañía latifundista a querer lanzarlos lejos de su chagra que representaba sus dolores

cernidos y su propio sudor transformado en la cristalización de sus fundos.

—Es cuanto nos podía faltar —arguyó virilmente Alejandro—. Después de luchar por largos años y de obtener los linderos de El Diamante, venir a resultarle nuevos dueños al campo que hemos trabajado a costa de tantas privaciones.

—Ya lo ven ustedes —prosiguió el Agente haciendo silbar la voz—. En 1641 el Maestre de Campo Juan Francisco Palomino y el Capitán Juan Jacinto, hermanos, obtuvieron por compras y por mercedes de su Majestad el Rey de España, según reales cédulas, varias porciones de tierra en la jurisdicción de Cali, Buga, Toro, como también tierras y minas en las provincias del Chocó. Estos hermanos formaron valiosas haciendas y beneficiaron con provecho las salinas de Burila que daban de rendimiento diez arrobas diarias. En 1840 los terrenos pasaron a otro dueño y sus descendientes vendieron a la Empresa de Burila estas propiedades en 1884.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con estos títulos antiguos del Maestro de Campo que hoy no valen nada? —interrumpió Jesús.

—No se enoje, caro amigo, que ni ustedes ni nosotros sabemos todavía si estas mejoras de El Diamante están comprendidas o no en los dominios de Burila. Esperemos a que el ingeniero aquí presente, nos diga, con el teodolito y la brújula en la mano, si ustedes tienen o no la razón.

Y se despidieron.

2

En Calarcá se agregaron a la comisión, el corregidor Lino Tabares, Segundo Henao y otros testigos para practicar la inspección ocular, ordenada por el Ministro de Obras Públicas, con el fin de precisar la línea norte de la Empresa de Burila.

—¿Vamos dotor? —dijo el corregidor luciendo audaces zalemas.

—Vamos —contestó Mardoqueo.

Y atravesaron las ricas regiones de La Helvecia, el río Santodomingo y treparon al Alto del Oso desde cuyas cumbres se divisa toda la Hoya del Quindío, abierta al sol cual inmensa copa champañera coronada por la espuma de las viajeras nubes.

El ingeniero colocó un mojón de piedra e indicó la dirección magnética con la brújula.

—¿Ven ustedes, señores, que estas medidas son exactas? —prorrumpió el Agente de la Burila.

—No veo las cosas muy claras —dijo Segundo Henao que también entendía de mensuras.

—¿Cómo que no, mi amigo?

Y cogiendo a Tabares, le dijo:

—Acérquese y mire la visual, señor Corregidor.

Tabares, que nada entendía de esas cosas, ni de otras, miró por el teodolito y exclamó:

—¡Ah...! sí; más claro no lo canta un gallo. La línea es precisa.

—Ya lo ve —farfulló el agente reconviniendo al fundador de Calarcá—. De esta línea para el sur, son los territorios de Burila.

Henao miró las amplias vegas del Ríoverde esmaltadas con los casucos de Gregorio Londoño, Juan Bautista Ángel y otros queridos amigos; las quiebras de las travesías en donde Tigreiro poseía otras mejoritas; las regiones de los planes, cubiertas de cámbulos de copa roja; las minas del Tolrá, el río de La Vieja, el Barragán, y se entristeció notoriamente. Él, que había sido uno de los promotores de la colonización llamando familias de Antioquia, Cundinamarca y el Tolima, ¿qué haría ahora ante semejante problema que la Burila iba a plantear con los colonos? Pobre Román, su compañero de fundación. También iba a sentir el dolor del descuartizamiento en sus terrenos cultivados. Por asociación de ideas, Henao recordó la tentación de Jesucristo cuando el demonio, colocado en una

montaña, le dijo: Todos estos territorios que ves son míos. Te los doy si postrado de rodillas me adoras.

El Agente de la Compañía señaló hacia abajo preguntando: ¿Cómo se llaman aquellas playas, señor Corregidor?

—Son las regiones de Playarrica, muy abundantes en fuentes saladas. Allí tienen labranzas algunos colonos establecidos desde años atrás.

—Muy bien. Pues sepa señor Corregidor que esos terrenos son de la Burila. Usted que tanto se preocupa por la justicia, verá los métodos que adopta para devolver esos lotes a la Empresa. Yo estoy seguro de que los hombres integérrimos como usted no permitirán que una compañía tan seria como la que represento, quede burlada por terratenientes apócrifos...

—Pierda cuidao, dotor.

Luego siguieron la marcha en dirección de la línea señalada por el ingeniero, y en la hacienda de Maraveles, en el llano de Arrancaplumas, cerca a la palmera más alta, fue conocido el punto preciso por donde pasaba la visual. También en la finca de Palonegro, a la raíz de un caracolí, en el potrero, fue clavado un mojón de piedra sobre la misma línea. Atendiendo indicaciones del perito fue conocida la dirección que llevaba sobre los predios de los Suárez.

—A estos violadores de la propiedad sí que los vamos a poner en jaque —barbotó el Agente de la Burila refiriéndose a los Suárez—. Como primera medida los acusaré ante las autoridades de Cartago, porque lo que soy yo los saco de sus dehesas o no me llamo Mardoqueo Ardila.

Después el agente le explicó al corregidor, señalándole hacia el departamento del Valle:

—¿Ve usted allá a lo lejos el cerro que nos sirvió de punto de partida para precisar la línea norte de Burila?

Todos volvieron la vista al mencionado lugar y aunque nada pudieron ver por el acoplamiento de nubes bajas, dijo el corregidor Tabares con arrogancia:

—Sí, dotor, lo veo.

3

Francisco Arango había venido al Quindío desde los linderos de Antioquia. Trajo a la mujer y a los hijos al azar de la suerte. Los sinsabores del viaje fueron múltiples. Los caminos pantanosos y las montañas ríspidas les oponían vallas formidables con sus gargantas y picachones. A lo largo de la ruta los acompañaron el frío y el hambre. La yegüita Esterlina, en la cual cargaban los pocos bártulos, rodó al abismo y se astilló los huesos. Arango, lleno de dolor y de angustia, tuvo que degollarla para no verla sufrir más. Entre él y su mujer se repartieron lo más indispensable de la carga, mientras los hijos pequeños, en constante cencerreo, plañían a su lado.

Cuando llegó al corregimiento, Tigrero le prestó herramientas y lo ayudó a establecerse en Playarrica. El maíz mostró la risa de sus gránulos en el balcón de su caña y la arracacha y la yuca aquilataron sus jugos en los surcos primorosos. Arango sentíase feliz. Para hacerse a la amistad del comerciante del pueblo nombrólo padrino del último hijo. Este entrabe familiar, que acostumbraban hacer la mayoría de los campesinos con las gentes pudientes de los pueblecillos, tuvo para él y su esposa grandes beneficios, ya que el compadre les franqueó mercancías a plazos en su almacén.

Desde su rancho salía un camino recto hacia el poblado. Y Román María Valencia le dijo un día que viajaba al Río Azul, que la casa y el camino largo como un varijón parecían un cohete. ¿Pero por qué cohete, si la felicidad reinaba en la finca de Arango con todos sus atributos?

Ah... es que faltaba la llegada de un disociador, de un espécimen genuflexo, almibarado con los audaces: el señor corregidor. El cual vino acompañado de varios esbirros irresponsables.

—Y usted, don Francisco, ¿qué tal? ¿Cuándo piensa postearnos con su escopeta como lo ha dicho?

Arango no acertó a responder en el instante. Aquellas palabras imprevistas lo dejaron de una pieza. Adentro lloró

el niño recién nacido y su corazón de padre se inflamó inmediatamente, mas con supremo reposo contestó:

—No sé, señor corregidor, a qué se refiere. Soy hombre de trabajo y de paz y no acostumbro usar armas viles.

—Vea, don Francisco. No hablemos más y desocupe al punto estos terrenos.

—¿Cómo dice el señor corregidor? Si son absolutamente míos...

—Qué va, hombre. Estos terrenos son de la empresa Burila radicada en Manizales. El agente principal está en el pueblo y los reclama. Ahora, si usted cree que son suyos, muéstreme los títulos.

—Yo no tengo títulos todavía, porque no he podido ir a Cartago por falta de fondos. Pero he cultivados varias fanegadas de baldíos y la nación reconoce el doble de lo que el agricultor cultiva.

—No discutamos más. En la oficina se habla con el agente de la Burila.

—Yo no sé qué cosa será Burila, ni lo de más allá. Tengo la mujer enferma y de aquí no me sacan ni en pedazos.

Desde el camastro la esposa escuchaba el altercado. Levantóse rápidamente y escondió en el baúl las telitas de zaraza para los hijos que el compadre le había fiado a su marido el día anterior, esperanzado con la cosechita del café.

—Agárrenlo, muchachos —dijo el corregidor Tabares—. Dizque rebelao contra la autoridad semejante tuntuniento...

El campesino saltó al patizuelo con el machete en alto.

Los polizontes, validos de su astucia, lo cogieron y lo amarraron con el lazo de la bestia del corregidor. En el esfuerzo de la aprehensión lo derribaron al suelo y le rompieron los labios. A la mujer la hicieron levantar de la cama y la montaron con su niño en la bestia de Tabares. El perro y los hijos grandecitos marchaban adelante.

En las horas de la tarde, sacaron del cepo a Arango y lo pusieron en presencia del agente de Burila.

Con toda claridad le explicó que la Compañía se preocupaba seriamente por los colonos. Que sólo venía en comisión para hacerles escrituras definitivas, mediante una pequeña erogación.

—La empresa es generosa para con los ocupantes y cultivadores —le dijo. Y le mostró una cédula de la compañía que representaba a un jinete sobre un caballo blanco. De sus manos partía la soga del amansador y en el extremo de ella un toro mancornado pugnaba por levantarse de la arena. Encarnaba un verdadero símil entre los potentados y el humilde peón de los cortijos.

—Yo no tengo plata, doctor —respondióle Arango.

—Entonces hay otros colonos que quieren comprar sus terrenos, adquiriendo la cédula.

—Ahí verá usted.

—Es conveniente que sepas que tu estada en la cárcel se debe a los irrespetos que le hiciste al corregidor, mas no por culpa de la compañía, ni de su agente, que soy yo.

El campesino volvió la espalda, seguido por dos gendarmes y regresó a la cárcel. Allí le pusieron nuevamente los pies en el cepo.

La oscuridad de la piezucha absorbió los contornos del prisionero, tendido sobre el tablado húmedo. Desde su sitio apenas columbraba los huecos de la herrumbrosa cerradura y el rayón de luz tenue que se formaba en la ranura bajo la puerta. Según el tono vivo o desmayado de esta zona de claridad, los detenidos que allí caían podían precisar el avance del día o la entrada sinuosa de la impávida noche.

Aquella rendija constituía el único horizonte físico de Arango. Y hacia ella dirigió sus ojos añiados y tristes. Él había visto en las madrugadas ciertas fajas de lumbre esplendorosa que perfilaban nítidamente las cúspides de las cordilleras, imitando caravanas de camellos que marchaban hacia una ciudad desconocida. Frente a esta abrumadora belleza de los cielos abiertos, su espíritu habíase sentido invitado a viajar por las lejanías libres, en donde la luz colorea con suntuosos

pálpitos la testa inmensa de los nevados. Y ahora, acorralado en una covacha, tan sólo podía observar un tramo de la angosta calleja.

Los campaniles de la iglesuca, desde su espadaña, tendieron hacia el véspero sus canciones dulcísimas, y Arango escuchó, minutos después, el taconeo de muchachas frescas y rozagantes que llenaron la tarde de gráciles perfumes como en un soneto de Samain.

La algarada de unos muchachos rocheleros que improvisaban sus juegos por allí muy cerca, lo hizo pensar en la situación de su mujer y de sus hijos. ¿Dónde estarían ahora? ¿Cuándo vendrían a verlo? ¿A quién pondría como defensor para que lo sacara de la cárcel cuanto antes? ¿O sería que el trabajo en territorios baldíos merecía castigo? Ya los hermanos Suárez, según le habían contado, tenían trabada la lucha con el agente de la Burila. Aquellos cíclopes del trabajo, tan ajenos a querellas, estaban empeñados en evitar la expropiación de sus haberes.

En este soliloquio iba cuando notó que la luz de la hendedura de la puerta había fenecido y las sombras compactas de la tiniebla habían suturado aquella larga fontanela de claridad.

4

Tarde de la noche escuchó la conversación amistosa sostenida por dos amigos que despreocupadamente se recostaron en la puerta de la prisión. Por el tono de la voz varonil Arango pudo comprobar que se trataba de Román María Valencia, el factótum del corregimiento. El otro acompañante era Segundo Henao.

—Como usted ve —decía Román dirigiéndose a Segundo— las aves de cetrería se ciernen sobre estos territorios. La compañía latifundista de Burila, constituida dizque para favorecer a los campesinos, ha nombrado a un gerente y

a varios agentes que recorren toda la región, cometiendo desmanes y desaciertos. Ora están en el Zarzal y en Buga, ya en los parajes del Overo y de Balsora, ya en Calarcá y en Armenia. La libertad, que tanto hemos querido y perseguido, parece que va a alejarse de nosotros como una deidad esquiva. Ya ve usted los procedimientos que ha seguido el corregidor Tabares con los colonos indefensos. Al señor Francisco Arango lo metió en la cárcel, sugestionado por el agente Mardoqueo Ardila.

—Así es, don Román, pero nosotros hemos hecho venir desde Salento al abogado Catarino Cardona para oponerlo a las injusticias que puedan cometer dichos agentes.

—Yo espero que ustedes saldrán avante en los litigios que les entable la compañía de Burila. Si no me sintiera tan debilitado, yo los secundaría en esa empresa. Pero la selva me ha causado daño en la salud, y de un momento a otro parto para Pereira a ponerme en manos de un médico. Aquí queda usted, don Segundo, y el amigo Tigrero, que son jefes en la región y los colonos los respetan y los quieren.

Cuando los dos fundadores se retiraron, Arango se quedó imbuido en un recuerdo nobilísimo de la vida de don Román. Alguna vez, en años anteriores, el fundador presentó ante el pueblo a tres hombres envejecidos en la lucha brava con la selva, diciendo:

—Aquí tenéis a tres ancianos mayores de setenta años, últimos restos de la generación pasada: Nicasio Marín, Indalecio Bermúdez y Pedro Flórez, vienen aquí a legarnos su ejemplo de consagración al trabajo y de amor a la patria. Desde Salamina vienen fundando nuevas poblaciones, siempre con incansable labor, hasta aquí donde rendirán su última jornada.

Luego presentó a tres mozos de gallarda varonía, agregando: —Aquí tenéis a tres jóvenes lozanos y robustos que representan la actual generación; en ellos se cifra el porvenir: Son ellos Emilio A. Patiño, Jesús María Echeverri y Prudencio Buitrago quienes sabrán recibir de sus antepasados el ejemplo y continuar imperturbables la terminación de esta nueva

población, fundando otras para darle mayor ensanche al progreso y a la industria.

Luego hubo un brindis. Por último gritó Román María Valencia, al pie de la bandera nacional: —¡Viva la República, viva la Libertad...!

Estas palabras, escuchadas al través del recuerdo, despertaron en Arango dolidas inquietudes. Rato después se quedó dormido bajo la garúa de sus propios sollozos.

El Abogado de los Colonos

1

Al día siguiente Tigreiro vino a visitarlo. —No te acongojés, Francisco. Mi casa es la tuya. Tu esposa y tus niños están al lado de mi mujer y de mis hijos en Armenia y nada les falta allí. Por ahora te he conseguido el abogado para que te defienda. Podés confiarle todos tus secretos, porque es hombre honrado e ilustradísimo. Lo hicimos venir desde Salento para que se encargue de los problemas de nosotros. Se llama Catarino Cardona y es tan limpio de proceder que peleó con un compadre suyo sencillamente porque éste invitó a don Catarino a que se amangualara con él para desheredar a unos pobres cortijeros. Bebe traguito, pero esto nada tiene que ver con el cumplimiento de sus compromisos judiciales. Yo también, lo mismo que los Suárez, tengo terrenos en dominios de la Burila y vamos a tener que pleitear con su Agente de una manera brava, ya que así lo piden las circunstancias.

Tigreiro doblóse la ruana sobre el hombro y miró hacia la calle por donde transitaban algunos colonos a pasos largos. El cazador llevaba un alma tan bien puesta como el hacha engastada en el fuerte cabo de guayacán. Continuó:

—No hay razón para entregar terrenos a la Burila, sencillamente porque pertenecieron a un alférez real, según afirman. La empresa de Burila ha caído sobre el Quindío como la mala sombra del písamo que le hace dar fiebres a uno.

Catarino fue presentado a Arango por Tigreiro quien le había referido los sucesos de su amigo, e inmediatamente resolvió el abogado entablar la acción reivindicatoria. Con tal fin viajó a Cartago y entregó su demanda al funcionario competente. Mardoqueo Ardila, sabedor de los propósitos del defensor de los colonos, marchó también a la capital de la provincia y valiéndose de su gran audacia, logró derrotar a Catarino,

obteniendo con ello un triunfo ruidoso, ya que el colono Francisco Arango fue siempre despojado de sus mejoras.

Semanas después, el defensor de los labriegos tuvo su encuentro con Mardoqueo en las oficinas del corregidor Tabares.

—Los problemas que está desencadenando la Burila en el Quindío y en el Valle son inauditos —díjole Catarino—, porque estos territorios son baldíos y el artículo 44 del Código Fiscal se expresa muy claramente a este respecto, diciendo que se reputan como baldíos los terrenos situados dentro del territorio nacional, que carezcan de dueño.

—Sí señor —contestó Mardoqueo—. Pero la Burila tiene sus títulos saneados. Lo que pasa es que entre los cultivadores hay muchos holgazanes que aspiran a ser propietarios sin esfuerzos ni sacrificios. No falta sino que los oradores puebleros tomen la tribuna y defiendan esas doctrinas arbitrarias.

—Y así ha de suceder, señor Agente, si el Ministro de Obras Públicas no pone dique a tantos yerros. Porque la compañía de Burila dice que le pertenecen todos los terrenos montañosos, lo cual no puede ser, porque entonces sus linderos se irían hasta la Goajira. Además, la línea norte de Burila la trazaron primero por las regiones del Overo, cerca a las propiedades de Heraclio Uribe Uribe, y ahora se han cargado esa línea y la han traído al Alto del Oso. De modo que la misma compañía ignora los linderos de la propia tierra que dice poseer.

—Usted don Catarino, es un rebelde como los colonos y esas rebeldías, en contra de la verdad de los hechos, no le resultan.

—Los colonos del Quindío son rebeldes porque tienen la razón. No son los indios con ponchos de colores que dicen “mi amito” y “su mercé”. Son machos formidables que usan pantalones de diablo—fuerte, ruana de hilo o jerga y miran de frente a los demás. Para vencerlos se necesitan buenas razones y no imposiciones como se acostumbra con las razas vencidas.

—Pues si usted cree que sus defendidos tienen la razón,

entonces quéjese ante las altas autoridades. Usted y yo no podemos discutir más sobre estos problemas.

2

Con el transcurso de los días otros colonos fueron despojados de sus cultivos. Inquietos por la azarosa perspectiva que se presentaba para el porvenir de sus hijos, los labradores resolvieron formar grupos expectantes en la plaza y en las calles del corregimiento. Al fin, invitados por el abogado Catarino, se reunieron a deliberar. Insinuóles éste el envío de un memorial dirigido al señor Ministro de Obras Públicas, lo cual aceptaron todos. En dicho memorial le decían que los abajo firmantes se hallaban fuera de sus propios hogares y de las sementeras que tanto habían trabajado para sacar el escaso pan y alimentar a sus familias misérrimas; que dichas tierras se hallaban en poder de otros que disfrutaban libremente de ellas, al paso que los colonos de trabajo esclavo y sollozante, sufrían los horrores de la escasez más abrumadora, sin medios de lucha ni de subsistencia, porque lo poco que habían ahorrado a fuerza de privaciones, lo gastaron en esos pedazos de mejoras que de manera ilegal les fueron arrebatadas por gentes que nadaban en la opulencia. Y finalizaban el memorial así: somos víctimas de las desigualdades humanas; somos parias del trabajo y no tenemos derecho ni de quejarnos...

Este memorial, lo mismo que otros muchos que se enviaron a Bogotá en el mismo sentido, obligaron al Ministro a estudiar profundamente la cuestión. Después de repetidas consultas, el Jefe del Ramo de Obras les respondió a los colonos con cláusulas dubitativas, al final de las cuales aparecía siempre esta frase desesperante para los cultivadores: Hay que respetar los derechos de terceros.

Este cariz de los sucesos prendió la disociación comunal por doquiera. En los corregimientos como Calarcá, las noches tomaron reverberaciones de tragedia y el puñal y la bala

iniciaron su actividad en las trapisondas. La barbarie llegó a tal extremo que no había semana sin tres muertos. Al amanecer las familias pacíficas sentían el chirrido de las parihuelas que conducían los cadáveres y se asomaban a los ventanucos a observar en la noche lívida el macabro convoy. Detrás de él iban los encargados de vigilar por la tranquilidad de los asociados, fumando gruesos tabacos.

—¿Qué hubo del corregidor Tabares? —preguntaba algún retrasado.

—Aquí voy —respondía el aludido.

¡Cuántos muertos estuvieron en los cuartos oscuros que hacían de cárceles en los pueblecillos! Las paredes se llenaron de rayones terroríficos; en el centro quedaba el cepo de madera pétrea con sus huecos circulares para agarrar los pies de los transgresores de la ley. En aquellas covachas amanecían piernas, dedos, manos sanguinolentas recogidas como botín, después de las revueltas nocturnas en los caseríos.

Para colmo de males apareció la famosa Maximila con su venta de hirviente chicha y sus piquetes al uso de Cundinamarca, de donde era oriunda. Acostumbraba los trajes encendidos y sus largos aretes de oro, como sus ojos, jamás permanecían quietos, pendulando de las róseas orejas. En pipas de madera fermentaba el licor nacional. Los curiosos se agrupaban allí, más por verla que por comprarle.

Animados por los humos de esta bebida, los colonos más inofensivos se tornaban bizarros. Y las noches oscuras tentabanlos a disparar el revólver por el placer de observar el fagonazo.

—Arriba Maximila... —gritaba alguno.

—No hay como tus piquetes... —estallaba otro.

Y los cantores ambulantes que no faltaban de este sitio, convirtieron aquel lugar en epicentro de la algazara.

3

Lanzando gritos y al galope de su caballo, el corregidor Tabares recorría las calles profiriendo denuestos contra los colonos a quienes él trataba de usurpadores. Como para saciar su ira castigaba la cabalgadura con fuertes golpes en la cabeza dolorida. Ese día había estado en la sierra despojando de sus cultivos a otros colonos. Los muebles rústicos sacóselos del predio y les tumbó los ranchos a machetazos.

—Estos terrenos son de la Burila —decía—. Hay que acabar con estos ladrones.

Algunos colonos quisieron plantarle, mas los horqueteros o polizontes que lo acompañaban lo favorecieron.

Alegre con su victoria, se entregó a fuertes libaciones.

—¡Ah bueno que es joder cuando uno puede! —gritaba—. Tengo amigos altos que me ayudan. Los ñapangos no me importan y menos la canalla... ¡Ah...! el tal Tigero. Si me lo encontrara para probarle lo que es un macho. Matar tigres dice él que es bravura. Tigres gallineros es lo único que él mata con su escopeta. ¡Valiente gracia...! ¿Y por qué no ha sido corregidor como yo? Esto sí es valor del de verdad.

Y chuzaba el caballo con sus espuelas de estrellas herrumbrosas.

—Adelante mi caballo... ¡Adelante! —decía.

Ya entrando al corregimiento volvió a tomar el hilo del monólogo: Y Segundo Henao, haciéndose el zorro para cujiarme a los montañeros a que me peguen. ¿Habrás visto? ¿Por qué no ensayaré conmigo su sabiduría? Fundó un pueblo y ya se cree el mismo Papa Negro. Los pueblos no los funda un solo hombre, sino muchos. De fundas sólo mi revólver sabe de una. Y el Catarino que se metió de abogao de los campesinos. ¡Pobre tinterillo...!

En este insulto iba cuando desembocó en la calle de Maximila. —A ver caballito: vamos donde la jefa a que nos sirva de lo que sabemos —Y entró a la tienda de a caballo.

Algunos colonos que estaban sentados en las banquetas, permanecieron tranquilos. El caballo comenzó a retroceder y la vela de sebo agitó su llama con el aire producido por el movimiento del animal.

—¿Quiénes están aquí, Maximila?

—Unos campesinos nada más, señor corregidor.

—Entonces que hablen si estamos entre bandidos o no —imprecó dando voces tartajosas.

Un golpe rápido apagó la luz y en las tinieblas el poder de los músculos de los combatientes produjo un torbellino de ráfagas locas. Cuando la lucha terminó por completo, se escucharon en el tenducho unos ayes que fueron apagándose lentamente. Maximila percibió la turba de agricultores que huía y en sus oídos quedaron sonando apenas los pasos lentos del caballo del corregidor que cascaleaba en la calle sin rumbo fijo.

Al hacer luz vio a Tabares en el suelo bañado en su propia sangre. Doblándose sobre él, pudo comprobar que acababa de expirar. Cerca del hombre apuñalado un sombrero yacía bocarriba.

Con este percance Maximila se vio envuelta en lío tremendo. Las caras de los hombres que vio aquella noche se le olvidaron por completo y sólo guardaba en su memoria, con caracteres indelebles, la figura sangrante del señor corregidor.

Al ser indagada sobre los pormenores del crimen, apenas acertó a nombrar algunos labriegos inocentes y éstos fueron a la cárcel mientras se esclarecían los hechos, acompañados, por supuesto, de la famosa Maximila.

Las Guaquerías

1

Los colonos entraron en una etapa de intranquilidad y de zozobra que nunca habían imaginado. No podían vender sus tierras, porque nadie se las compraba por temor a los pleitos de la Burila; ni tampoco veían esperanzas de conseguir dinero a préstamo, porque los cultivos carecían de respaldo, es decir, de títulos. Por estos motivos la agricultura y las industrias se paralizaron por completo.

Y rodando, rodando, llegó la nueva de un pueblo o cementerio de indios, descubierto en los parajes de Soledad y Montenegro por unos guaqueros de extirpe, entre los cuales figuraba Macafú, hombre de carácter arisco, dadivoso y altivo, pigmentado un mucho de mujeriego. Lo acompañaban varias patrullas de expedicionarios por sus grandes dotes de organizador, y las hembras se escurrían tras su tutela por su espíritu amplio y manirroto. Donde clavaba los ojos quedaba una mujer rendida. Donde introducía la “mediacaña”, las guacas eran seguras.

La mayor parte de los colonos cambiaron la inseguridad de las parcelas, por marchar en busca de los santuarios indígenas. A su turno, de todos los confines del país llegaron éxodos de masas andariegas y plantaron sus toldas de guaquería. La tierra fue horadada con sevicia. Algunos afortunados como Macafú, extrajeron los arreos de varios príncipes quimbayas, todos labrados en oro primoroso. Otros sacaron bastones y diademas, lagartos y cinturones. Los de menos obtenían tinajuelas de barro y reyezuelos de tumbaga.

Tigrero y otros colonos aprendieron a manejar la manigueta con el mejor de los éxitos.

—Aquí debe haber un santuario, Macafú —dijo Tigrero

levantando el corvo regatón en cuyo extremo aparecía la pinta de tierra.

—No hay tal, Tigrero. Esa tierra es muerta, porque ya fue removida. Si fuera virgen, no estaría mezclada con la roja y la amarilla, de modo que no pierda el tiempo ahí, porque el tesoro se lo sacaron.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Sencillamente, porque los indios ponían la tierra por capas, teniendo cuidado de no revolver la una con la otra. Además, un guaquero fino sabe de memoria el orden de las tierras superpuestas —Y agachándose tomó un poco de limo y le dijo—: esta se llama *tierra de sebo* por su parecido gredoso al sebo de los animales. Esta otra se llama *tierra molleja* por la semejanza que tiene en su tipo arenoso a una piedra de amolar. La capa de tierra que está en quinto lugar se llama *quíntora*.

—¿De modo, Macafú, que usted ha sido guaquero de profesión?

—Y de los arriesgados. Me gusta el arte de guaquiar porque he sido muy de buenas. Tal vez por el motivo de que he tirao el oro y la plata a la jura. A mí poco me importa ser rico. Me gusta servirle a los amigos nada más, y enamorar de vez en cuando a una chagualita. En días pasaos en la fonda de Juancho Grisales, me insultaron dos peones de la cuarta patrulla, porque no me dejaba ventajiar en el reparto. Entonces me dio rabia y tiré a la jura la muchila con todo el dinero. La gazapera que se formó entre los ochenta guaqueros a mi mando fue terrible y aparecieron tres heridos y un muerto.

—¿Cuáles son las guacas más ricas?

—Eso depende. Yo he sacao muchos tesoros en las de *tambor* y en las *matecañeras*. Las llamadas *monos* y *canceles* me han resultado poco lujosas.

2

Los gUAQUEROS se organizaron por compañías. Los menos peritos en tales cuestiones abrían las guacas frescas que otros acababan de tApar. Y los más ávidos permanecían días enteros sin comer, barriendo cuidadosamente las bóvedas. En este acto, el más trascendental de la gUAQUERÍA, aquellos hombres acortaban la respiración, temerosos de que se les fugaran las riquezas, y las paletas o cachos movíanlos con tal cautela que, de un momento a otro, veían aparecer las figuras de oro entre la tierra revuelta, del mismo modo que el escultor va presenciando el surgimiento de la figura a medida que el cincel labra la piedra.

En las primeras horas de la noche los campamentos se iluminaban con lámparas de fulgores flavos. Estas luces parecían filones de oro en la térrea negrura de la cerrazón.

Bajo las toldas los gUAQUEROS contaban historietas de su vida, rica en ilusiones. O narraban medrosas realidades que les habían acontecido a lo largo de su santuariomanía. Pero todos elogiaban su oficio, mostrando brazales, esquilonas, chagualetas. A la vista de estas joyas, los ojos de aquellos hombres se enfebrecían, y polarizaban después la reunión hacia el juego. Tendían las ruanas y en rochela espectacular empezaban sus paradas sirviéndose de dados de yuca reseca. De vez en cuando algún amigo entraba y obsequiaba a los gananciosos con tragos de anisado.

—Juego un torzal —gritó Pedro Soto, individuo de bajo cuerpo y de facciones bruscas.

—Tiro treses para una nariguera —respondió Matungo, tipo alto y membrudo.

—Sáquelen una igual a esta chagualeta —intervino un tercero.

—A todos pago —dijo Macafú, sacando una mochila repleta de preciosidades aborígenes.

Los nuevos jugadores se apostaron en el suelo y los gUAQUEROS flotantes corrieron a formarles corro. Veíanse allí

caras esqueléticas de hombres barbudos que tal vez nunca habían estado entre gentes de esta laya, según la mirada noble que ponían sobre sus compañeros. Otros senectos, mostraban nariz corva de rapiña, ojos saltones y agresivos, boca en actitud de trituración. Es muy probable que las manos estuviesen cerradas en son de disputa bajo la ruana o en los bolsillos del burdo pantalón. En esta mezcla de hombres había plebeyos y nobles, jugadores ocasionales y de larga travesía, y hasta presidiarios.

La afluencia de nuevos buscadores de oro despertó entre los g.uaqueros un latrocinio desbordante. Robaban ropa, oro, instrumentos de trabajo y hasta los mismos víveres.

Tigrero propuso que se nombrara inspector para que pusiera orden en las g.uaquerías.

Y se nombró a Piquillo para tal emergencia.

Cuando los g.uaqueros estaban más empecinados en el juego, notaban de súbito que se les perdían los dados misteriosamente. Buscábanlos con cautela, pero estas búsquedas resultaban infructuosas. Se miraban las caras abismadas, de un brillo palúdico, y decía el más astuto:

—Abran el ojo, que Piquillo está cerca de la tolda.

Y, efectivamente, Piquillo entraba agitando el caragualo en la diestra y sonriendo les decía:

—Tomen los dados, pero no jueguen el oro, partida de holgazanes.

Cuando salía éste, quedaban comentando la suerte que los acompañaba, ya que el inspector no les convirtió el garrote en serpiente, ni trató de sorprenderlos con otra prueba de encantamiento como acostumbraba hacerlo.

Tigrero pasaba largas horas bajo su tolda, pensando en los hijos y en la mujer. Si se atrevió a dejarlos solos por algún tiempo, la causa no fue otra que el deseo de adquirir algunas joyas aborígenes para poder comprar las cédulas que exigía el Agente de la Burila y obtener de ese modo los títulos de sus pequeños terrenos. Con todo mensajero o buscador de oro que llegaba de sitios poblados sostenía algún diálogo,

preguntándole sobre la Empresa de Burila. Pero todos le respondían que el Agente de dicha sociedad continuaba lanzando a los colonos de sus campos.

Entonces se decidió a constituirse en jefe de varias compañías de gvaqueros para vaciar sepulcros. Les proporcionaba la manutención sin esquivarles el gasto de tabacos, con la promesa de partir con él los tesoros que sacaran. Pero los audaces gvaqueros escondían el oro en su mayor parte y lo poco que Tigrero recibía, convertíalo nuevamente en vituallas para alimentar a sus patrullas.

3

El verano entró con todos sus rigores. El sol a plomo del medio día fatigaba a los gvaqueros. Se quitaban la ropa y, semidesnudos, penetraban a los hoyos recién abiertos. Por todas partes se oían los golpes sordos y profundos de las herramientas que cavaban las bóvedas, y las maniguetas giraban ruidosamente dando la sensación mentirosa de un telar. Fue entonces cuando Pedro Soto y Matungo cayeron en la cuenta de conseguir quién les vendiera calmantes para la sed.

Estos dos gvaqueros de ocasión eran asaz ventajosos. En el fondo de los sepulcros, cuando encontraban oro en las barridas, lo escondían en las axilas, en la boca o en donde pudieran. En la misma indumentaria tenían bolsillos ocultos entre las costuras para guardar brazaletes, tumbagones y pequeños aros. Por jefe tenían a Tigrero y trataban de engañarlo con múltiples marrullas. En otro tiempo fueron contrabandistas en Antioquia y usaban artilugios para despistar a los tenientes de las rentas. Por un camino de la montaña bajaban a media noche conduciendo un ataúd y varios cirios. Al principio, los serranos creyeron que se trataba de un muerto de verdad, pero luego un guarda los esperó ansioso durante varias noches al pie de un caracolí, y al bajar con el nombrado entierro les salió

al paso y apuntándoles con el arma les intimó:

—Alto ahí, so bandidos.

Pedro Soto y Matungo descargaron el féretro y huyeron despavoridos. Dentro del ataúd se encontraron arrumes de tabacos finos, sedas y licores extranjeros. Ahora los antiguos contrabandistas se hallaban de subalternos del colono fundador.

Cuando Tigrero se encontraba reposando en la tolda, vio venir por el estrecho camino a una mujer que ostentaba vistosa sombrilla y falda de visos cremas. Al pasar un matorro se alzó el ruedo del traje y mostró la arqueada pantorrilla. El colono se puso en pie para precisar mejor la inesperada silueta. Como si la mujer comprendiera la duda que se apoderaba del dominador de la selva, le gritó:

—Vengo por mi parte de oro, Tigrero.

Era Maximila que llegaba a establecer nuevamente sus ventas de licor nacional, contratada por Pedro Soto y Matungo.

Con sobra de detalles, la mujer le contó a Tigrero la manera como salió de la cárcel, gracias a Catarino quien logró probar su inocencia. Además, un hombre de apellido Pavón se presentó a la oficina del corregidor a reclamar su sombrero, el cual había sido encontrado al pie del muerto la noche del asesinato. La justicia le cayó encima y el agresor confesó su crimen.

Un jefe de patrulla que acertó a pasar por cerca de Maximila, le dijo:

—¿Venís a vendernos chicha como en el pueblo?

—Claro que sí —respondió ella—. Este licor les aumenta las fuerzas a los guaqueros.

—Eso no pega por aquí. Lo mejor es que nos vendas sirope, limonada, horchata o guarapo.

Y el licor nacional fue desterrado del plenum de los buscadores de oro porque nadie lo compró.

Aquella mujer atrajo cual fruta madura la avidez de los

guaqueros, quienes la perseguían obstinadamente ofreciéndole los tesoros de sus santuarios. A sus pies caían torzales, báculos, brazales, coronas de hermosa factura como si ella representara una beldad perversa, una Huitaca aborigen. Por su gracia y arrestos de dominación, tenía mucho parecido con la Burila, pues aunque de suyo no era mala, sin embargo su presencia instigaba el desbordamiento de odios entre las gentes sencillas.

—Yo soy el preferido de Maximila y no tenés por qué halagarla —le insufló Pedro Soto a Matungo.

—No hay tal, mi amigo. El elegido soy yo. Ella me llama con dulces voces y yo he de comprarle a precio de oro su corazón.

Y las desavenencias entre ambos fueron armas frías que cortaron sus relaciones. El encono se prendió en sus ojos como si éstos fueran lámparas o antracitas que se quemaran sin hacer humo.

Cuando discutían sus inclinaciones amorosas, bastaba la voz de Tigrero para quedarse callados.

—¿Qué hubo? ¿Van a seguir con sus vainas? Sepan que los rumbo de las guaquerías.

Macafú resolvió hacer parte de los rendidos galanes que cortejaban a la fémica criolla y en donde quiera que ésta plantaba su relieve móvil, allí estaba el guaquero afortunado, iluminándola con los fatuos fuegos de su sonrisa. La mujer los escamoteaba a todos, pero los admiradores tenaces no cejaban en su afán de misérrimos conquistados.

4

En el transcurso de dos años que Tigrero llevaba empleados en la búsqueda del metal litúrgico, se había cruzado con su mujer algunas noticias, gracias a un garitero que viajaba periódicamente a los pueblecillos. Cuando este hombre llegaba

a los sitios poblados, las esposas y los amigos de los guaqueros salían a su encuentro y le preguntaban:

—¿Cómo está Piquillo?

—¿Ha sacado mucho oro Tigrero?

—¿Qué tal va Macafú?

Y todas estas preguntas las contestaba el mensajero, aumentando los sucesos:

—No hay hombre en las guaquerías que no esté bien de salud. Todos están ricos, pues de las tumbas han sacado polainas de oro de tamaño natural, coronas, cinturones y hasta chaquetas. La alegría reina entre ellos y han resuelto vestirse con las joyas que van sacando y andan por encima de las guacas brillando como jefes indios...

Muchos de los circunstantes preparaban viaje hacia aquellos sitios; otros se enorgullecían de tener parientes en dichas latitudes, cuando a la verdad aquellos hombres se hallaban harapientos, esqueléticos, hambreados... Cuando sacaban cantidades de joyas, se armaban trifulcas terribles, y desaparecían aquéllas como por don de magia entre la turbamulta insaciable.

En la última comunicación la mujer de Tigrero le había hecho saber esto:

—El pueblo de Armenia está distinto. Ya hay muchos cachacos con botines y vestido de paño. La semana pasada dieron la primera función de maroma. El Padre Valencia se puso feliz porque le obsequiaron una representación en favor de la iglesia. Te cuento además, que los hermanos Suárez lograron que este corregimiento fuera elevado a la categoría de distrito. Por tal motivo Salento, que funcionaba como ciudad de cabecera, fue rebajado a simple corregimiento. Para arreglar las cosas en definitiva, el Prefecto de Cartago doctor José A. Pinto, ordenó al Alcalde salentino trasladarse a Armenia con el archivo. Si vieras las fiestas que se hicieron. Por entre la montaña fuimos todos a encontrarlo. Adelante marchaba la banda de música con sus instrumentos forrados en guasca de plátano. Detrás de ella iban Alejandro y Jesús María Suárez

acompañados del señor corregidor y los pobladores. Se veían muchos tiznados entre la multitud y zumbaba el aguardiente. Mateíto Quiceno tiraba voladores y busca-niguas. Pero lo malo está en que a los pocos días nos volvieron a quitar el archivo para darle a Salento la antigua categoría. Esta marcha de lo que habíamos adquirido con tanto trabajo fue tristísima, pues Armenia quedó convertida otra vez en simple corregimiento. Te hago saber, además, que Francisco Arango salió de la cárcel y puso una fonda en el Alto del Río. Recibe muchos abrazos de tus hijos Ana Quilia, Ana Julia y Juan de Jesús.

P. D. —Esta carta me la hizo don Catarino quien te manda a saludar. Me encarga decirte que han nombrado a Olimpo Sarria nuevo agente de la Burila, en reemplazo de Mardoqueo Ardila quien murió trágicamente en un camino. El caballo en que viajaba lo lanzó al suelo y le propinó un par de coces en la cabeza que le destaparon los sesos. Sarria es más ejecutivo que Ardila, pues no sólo es abogado sino también orador. Muy pronto dizque va por allá a las guaquerías a prohibirles a ustedes que sigan rompiendo la tierra con esos embelecocos de los santuarios. Esperamos, pues, que regreses muy pronto. —María Arsenia.

Después de que Tigrero se impuso de estas noticias, quedó sumido en profundo ensimismamiento. ¿Cómo abandonar las guaquerías ahora que tenían varias señaladas para abrir? ¿Necesitaría, talvez, de su ayuda el abogado de los colonos, don Catarino?

Sin más preámbulos levantóse con presteza y organizó a fondo la apertura de las guacas. Había que trabajar siquiera otros meses para conseguir algunas joyas más y obtener por compra las cédulas que exigía el agente de la Burila.

Mientras algunos de sus peones colocaban la maniguetas, los más avezados iban abriendo los hoyos.

Rendidos por el cansancio se acostaron aquella noche. El caballo del garitero, amarrado en la tolda de Macafú, amugaba las orejas como si percibiera truenos subterráneos. Las lámparas fueron apagándose lentamente y el silencio en el campamento reinó por algún rato.

En la alta noche los zig-zag de los relámpagos alborotaron el cielo fosco y las nubes, en remolinos silbantes, presagiaban horrendo temporal. Una turbonada rastrera desgarró los árboles a lo lejos, e hizo crujir los cabañales del río. Luego se posesionó de las toldas formándoles combas y sacudiéndolas con tenebrantes aullidos. Los guaqueros se prendían de los parales de las carpas, tratando de sostenerlas o corrían amedrentados de satánico miedo. A los aletazos del relámpago sus cuerpos pálidos, cadavéricos, tomaban tintes azulosos por el terror. Unos trataban de esconder la ropa y las frazadas en sitios a donde no llegara el agua turbia; otros gritaban viendo el desgarrarse y el caerse de las toldas. La carpa de Maximila se hizo pedazos, lo mismo que la cristalería de su pequeña venta con la cual abastecía a los guaqueros. Aterrada por el huracán saltaba aquí, caía allá, gritando siempre y cubriéndose la cara con las manos humedecidas por la tempestad. Desgarrado el traje, llorosa y abatida, cayó de largo poseída por el desmayo.

Tigrero consiguió parales en el vecino monte y los clavó, tratando de salvar las carpas de su campamento. Inútil medida. Las ráfagas filudas rajaron los trapos como con cuchillas. En un parpadeo violento de la tempestad, se precisó su cuerpo tenso, de recia musculatura, sosteniendo el travesaño de la tolda principal. La tierra semejaba un mar enfurecido y las carpas rotas, los velámenes de una patrulla de barcos derrotados. En medio de la barahúnda, Macafú pasó cerca de Maximila y al verla en el suelo, se agachó para precisar si estaba muerta. Mas, al sentir su resuello tibio, la tomó en sus brazos y montando en el caballo del garitero huyó hacia las serranías, llevándose a la mujer.

Al día siguiente los hoyos de las guacas amanecieron llenos de agua, obstruyendo con ello la prosecución del trabajo. No había guaquero que no se hallara quejoso.

—Me robaron los joyeles y las patenas —exclamó un vejete de barbas ocre y nariz gurbia como el pico del loro.

—Se me perdieron las herramientas —moduló un muchachón de camisa desgarrada y cuerpo elástico.

—Nos fregamos todos —respondió Tigrero.

—¿Y Macafú? ¿Y Macafú? —preguntaron a un tiempo Matungo y Pedro Soto.

Desconsolados ante la realidad de los hechos, los guaqueros miraron hacia las abras de la cordillera, en cuya cumbre un árbol paralizaba su ramaje, dando la sensación de un humo quieto.

—El diablo te las cobre, astuto Macafú —fue la única frase que se les vino a la mente.

Cuando Tigreiro se dirigió en busca de algunas alhajas que tenía guardadas, encontró el rastro frío. Lleno de pesadumbre se despidió de los amigos guaqueros y emprendió la vuelta al hogar, con la barba crecida, los pies hinchados y la ropa hecha jirones.

5

Al entrar en el pueblo notó los múltiples progresos que se habían sucedido durante su ausencia. Casas de dos pisos, tiendas de abarrotes y cacharros, mujeres y hombres nuevos. Al reparar en varios compañeros suyos que conoció desde años atrás en la selva, notó en ellos una transformación maravillosa. Las alpargatas o las quimbas las habían botado lejos, y en su lugar usaban botines de cordones o simplemente de resorte; la ruana también la habían descartado de su vestimenta típica y usaban, en su defecto, el famoso saco de paño sobre un chaleco emperejilado con fastuosa leontina. El cuello y la corbata no los empleaban aún, pero sí el pañuelo blanco que surtía cual cascada desde la altura de la garganta, en donde un aro o anillo de oro constreñía con elegancia sus borbollones sólidos. En el lenguaje también habían sufrido un cambio ejemplar. Ya no usaban ciertos regionalismos de mal gusto y trataban de hablar fino, de superarse todos los días. ¿Y en las comidas? En este aparte las costumbres progresaban muy poco, ya que los colonos conservaban la línea recta en la alimentación, formada a base de tuberosas y maíz. ¿Y cuáles las causas de esta

metamorfosis de los hombres del colonizaje? Sencillamente, los constantes flujos de forasteros, el crecimiento milagroso de los centros poblados y hasta los mismos pleitos con los agentes de la Burila, contribuyeron a morigerarlos lentamente en sus caracteres idiosincrásicos, dándoles una personalidad adquirida que iba marchando al son de los acontecimientos.

Cuando Tigreiro desembocó en la plaza, los arcos triunfales levantaban sobre la multitud sus parábolas floridas, en tanto que en los balcones y ventanuelas, gallardetes y banderolas se agitaban como lenguas que anunciaran un hecho triunfal. Poco después oyó la banda de música.

En medio de nutrida cabalgata observó que llegaba el obispo, vestido con lujosos arreos. En la mano brillábale la amatista. Venía a confirmar a los niños de la comarca. Las mujeres del poblado y de la ruralía, ebrias de contento, ofrecíanle orgullosas los frutos de sus entrañas. No tenían el sonrojo de las hembras pacatas que se avergüenzan de su prole numerosa y van a los extremos del infanticidio. Mujeres nobles aquellas del colonizaje que se creían más iluminadas cuantas más estrellas tuvieran en la obscuridad de su lucha aciaga.

Tigreiro admiró al señor Obispo con el respeto que inspira un león. Qué distintas la entrada suya, que llegaba como en derrota, y la del príncipe eclesiástico en medio de una apoteosis deificadora. Las campanas recién traídas, engastonaban el aire con sus tañidos sonoros y un cielo arquitecturado de cúmulos brillantes, cernía sus fuertes claridades sobre el pueblo emocionado.

Entre la multitud, Tigreiro vio al Padre Valencia cuyas bregas en favor de los colonos estaban latentes en todos los ánimos. Y detrás del sacerdote columbró a su esposa María Arsenia quien lo miraba y remiraba como a un extraño. Abriéndose paso por entre el tumulto, llegó hasta ella a los abrazos. Sin preocuparse del sitio en donde se hallaban, la mujer le dijo al verlo en la situación en que venía:

—Parecs un ermitaño. ¿No te dije, mijo, que el jugador y el guaquero son lo mismo? Un día consiguen plata, pero todos mueren en la miseria. ¡Vamos a la casa!

Y Tigrero encontró en el hogar nuevamente la alegría, al lado de los suyos. Desde un balcón admiraba el ir y venir de aquellas gentes heterogéneas en sus características raciales.

—¿Has visto a don Catarino? —le preguntó a su mujer.

—Pasó para Cartago. Es hombre de muchos bríos y viaja a todas partes, bregando a desbaratar los enredos que el agente de la Burila les forma a los dueños de fincas.

Extrañado le interrumpió Tigrero:

—¿De modo que el Agente de ahora vino con muchos arranques?

Y Arsenia le narró, con su lenguaje bronco, la manera como en la semana anterior habían recluso en la cárcel de Calarcá a varios colonos aprehendidos en la hacienda de Balsora. El delito consistía en haber tumbado montes.

El dueño de esta finca llevaba muchos años trabajados allá. Montó dehesas de ganado e hizo caminos. Pero Olimpo Sarria, el nuevo agente de la Burila, se le enfrentó para despojarlo de sus propiedades. El dueño vino al corregimiento y mientras confeccionaba un memorial con el abogado de los colonos, el agente de la Burila envió a varios peones a tumbar monte, prometiéndoles hacerles escritura del terreno que desmontaran en dicha propiedad. Los mayordomos de la hacienda los intimidaron y éstos se dieron por vencidos agregando que el agente Sarria los había engañado.

Cuando el empleado de la Burila supo el suceso, logró que los individuos sugestionados por él, denunciaran a los mayordomos de Balsora como responsables de un hecho criminoso. Y el corregidor de Calarcá hizo traer amarrados a varios labriegos y les siguió un sumario negrísimo.

El Lisiado

1

La casa cural hervía de romeros llegados de distintos sitios de la región con el ánimo de saludar al señor Obispo y de contarle sus cuitas. Al padre Valencia trajéronle distintos presentes: éste una gallina, aquél un gajo de frescas frutas o un ramo de azaleas; el de más allá, una novilla como la de Pasifae. Gentes bondadosas que sentían placer al obsequiar las primicias de sus tierritas, como el sol al dar su luz sin interés alguno.

Un peón venido de lejanos penetrales se acercó, gorra en mano, y le dijo al obispo:

—Su paternidá: Yo vengo de las regiones del Overo en donde tengo mis cultivos. Pero sucede que el agente de la Burila me los quiere quitar, alegando que no me pertenecen, porque carezco de títulos. Allá viven conmigo otros colonos que están en la misma situación, entre ellos Heraclio Uribe, hermano del General Rafael Uribe Uribe. Como ve, nosotros no alcanzamos a comprender a qué se deban los procedimientos de la dicha empresa, ya que nosotros hemos trabajado nuestros pegujales y nos pertenecen porque antes eran puras montañas baldías.

El príncipe de la iglesia sonrió con dulzura y le respondió:

—¿Y en qué crees, hijo, que te pueda ayudar?

—Muy fácil, su paternidá. Hablándose con las gentes altas para que dejen estas tierras tranquilas y nosotros podamos cultivarlas sin miedo de que nos las quiten. Y sepa otra cosa: en las regiones de Cuba Vieja, o sea más acá del Overo, viven los colonos Juan Francisco Díaz, Joaquín Parra, Calixto A. Laverde y Baudilio Hincapié que también están amenazados por la Burila. Si ellos tuvieran plata, compraban las cédulas que ofrece el agente, pero son agricultores pobres que no tienen más que lo encapillao.

Una mujer que escuchaba las quejas del colono dio algunos pasos y se expresó así:

—Mi padre: Yo también tengo algo que decir con respecto a las picardías de la Burila. Mi marido es un hombre tullido que a nadie ofende y sin embargo, por careos del Agente de la compañía, el corregidor de Calarcá, Melitón Arias, hombre peliador y ofensivo que amenaza con carabina a los montañeros, lo metió en la cárcel.

Y a grandes rasgos le contó la tragedia: Su marido Erasmo Castro vivía con ella lejos de la población en un globo de tierra colindante con los roqueros de Peñas Blancas. Fue tanto el ardor que puso en el trabajo de su alquería, que no reparaba los días invernosos. Muchas veces encontrábase en el barbecho, bañado de sudor, y la lluvia torrencial caíale en las espaldas. De este poco cuidarse le resultaron dolores agudos que lo postraron en la cama. Pero lleno de terror, notó que las piernas y uno de los brazos se le iban secando por la fuerza de la parálisis, ocasionada por el reumatismo articular, conseguido en diez años de lucha en la intemperie de la selva. Ni los brebajes de Aladino, ni los remedios caseros, lograron atenuar la enfermedad de Erasmo quien se sometió resignadamente a sufrirla. Seis meses llevaba en cama y el deseo del trabajo comenzó a huronearlo.

—Quiero trabajar —le dijo a su mujer.

—¡Pero cómo, si estás casi inútil!

—No creás. Me queda buena la mano derecha.

Y la mujer lo llevaba en guandos todos los días hasta el lugar de las siembras. Allí descargábalo tan blandamente como un niño en la cuna. Durante el día sembraba pocas matas debido al esfuerzo que le costaba moverse. Ya oscureciendo, la mujer traíalo nuevamente al rancho. ¡Si cuando estaba aliviado la quería, cuánto más ahora que se encontraba en semejante situación!

Un viernes se hizo llevar por su mujer al barbecho. Púsose a pensar en su futuro y sus ojos tropezaron con una enredadera que se agarraba a un árbol majestuoso y creyó ver en ella el símil de su situación actual, prendido a la

fortaleza juvenil de su esposa. Luego entregóse a podar las matas, cuando sin quererlo tocó una sierpe que pendía de la enredadera mencionada. Erasmo quedóse quieto, mas el animal se fue descolgando y vino hacia él, en franco desafío. El hombre trató de arrastrarse, pero la culebra ya estaba a pocos centímetros. Con la única mano que le servía, luchó por atraparla. Haciendo esguinces fieros, el ofidio saltaba, tratando de morderlo. Florinda... Florinda... gritó aterrorizado, pero nadie le respondió.

Como si la enemiga comprendiera los apuros del colono, cargó nuevamente sobre la víctima. Varios minutos transcurrieron en esta lucha, al cabo de los cuales el inválido pudo agarrarla por cerca de la cabeza. El copioso sudor invadía la frente, y las pupilas grandes, retintas por el miedo, brillaban más aún en la palidez de su cara. Ayudándose del codo logró dominarla y con los dientes pudo arrancarle vetas gelatinosas de su piel.

Cuando la esposa vino lo encontró desmayado, oprimiendo todavía el cuerpo inmóvil de la equis. Desde este mismo día Erasmo tomó gran terror de encontrarse solo en el monte. Además sus siembras eran tan exiguas que no le daban rendimiento fiduciario para sostenerse con su esposa.

A fin de atender a los gastos de su hogar, Erasmo ensayó viajes al pueblo sobre un desgarrado caballejo. En burdos cajones de madera llevaba huevos y quesos frescos, adquiridos en las vecindades. Sobre estos cajones lo montaba su mujer y con la mano buena sostenía las riendas de la cabalgadura. Cuando llegaba a la población el compadre Francisco Trejos lo desmontaba del caballo o cualquiera otra persona amable.

Erasmo dominaba completamente a su mujer. Bastaba que la mirase con aquellos ojos en donde se había concentrado toda la fuerza de su desgracia. Cuando se enfadaba movía con furia la frente, adquiriendo semblanza de león. Parecía que su carácter hubiese creado dimensiones.

Alguna tarde, a su regreso del pueblo, encontró al Agente de la Burila y a uno de sus secuaces tratando de convencer a Florinda para que desocupase el rancho.

—No lo desocuparé —fue la respuesta del lisiado que alcanzó a oírlos. Y azotando el caballo se los arrojó encima.

—¡Canallas... Miserables! —imprecaba—. La mujer tomó fuerzas del ejemplo de su esposo y armándose con grueso fuste los hizo huir del predio. Al día siguiente Erasmo Castro fue traído al poblado y lo recluyeron en la prisión.

—¿Y todavía está en la cárcel su marido? —indagó el obispo.

—Sí mi padre —respondió la mujer llorosa.

De este modo los colonos desperdigados en la comarca, fuéronle contando sus percances al jefe de la iglesia, quien con bondad inefable prometió ayudarles en cuanto estuviera a su alcance. Los agricultores retiráronse humildemente y regresaron a sus labranzas.

2

Con los memoriales que Catarino redactaba en favor de los colonos, los problemas de la tierra parecieron tener un corto respiro. La empresa Burila venía luchando en contra de los cultivadores desde el año 87, fecha ésta en que la Sociedad inició trabajos en la región. En 1888 la Corte Suprema de Justicia dictó un fallo inapelable en contra de los campesinos, el cual dio nacimiento a disturbios sin cuento, debido a que los granjeros continuaron denunciando sus globos de tierra como baldíos. El agente de la Burila de ese entonces, pidió auxilio al Ministro del ramo para que lo defendiese de los colonos que ocupaban aquellas tierras. El Ministro se dirigió en comunicación telegráfica a los gobernadores correspondientes para que no admitiesen denuncias de baldíos en los terrenos de la empresa por no ser éstos baldíos, sino de propiedad particular.

Apoyados en esta resolución, el agente de la Burila en aquella época y los demás que le siguieron, empezaron con todo furor la venta de lotes en toda la extensión del latifundio.

A Olimpo Sarria, por ejemplo, le ayudaba en las cuestiones de agrimensura Rodolfo Valderrama quien cobraba a los colonos altos emolumentos por sus servicios. Su táctica principal consistía en sugestionar a los colonos para que adquirieran las cédulas de la Compañía. A Esteban Cárdenas, trabajador insospechable, le dijo:

—Usted necesita comprar el lote que cultiva a la empresa de Burila. De no hacerlo así, otro postor se lo puede quitar, comprándolo primero. Las leyes no tienen vueltas.

—¿Y a quién busco para que me lo mida?

Valderrama sonrió maliciosamente y como quería darse importancia en la idoneidad de su profesión, le respondió en estos términos:

—Yo mismo puedo hacerle ese trabajo. Soy agrimensor graduado y no le tiro rayo en la medición. Tan pronto terminemos la mensura, levanto el plano correspondiente por duplicado, ciñéndome al decreto del Poder Ejecutivo Nacional No. 832 de 1884 y circular del Ministerio de Hacienda No. 94 de 15 de octubre del mismo año. Además le doy la correspondiente exposición científica en la cual aparecerá, lo mismo que en el plano, la mensura y situación de los cultivos extraños que en su territorio existan.

Por demás está decir, que ante semejante labia Esteban no tuvo otra escapatoria que acceder.

Días después un notario hacía la escritura correspondiente, en presencia del Agente de la Burila, de Esteban Cárdenas y de dos testigos más.

Los diversos numerales que integraban la escritura eran tan notoriamente típicos, que merecen citarse algunos de ellos:

“Artículo 4.—Que la sociedad de Burila puede sacar de dicho lote las maderas, leñas y materiales que necesite para el laboreo de las minas, salinas y carboneras de la Empresa.

Artículo 9.—Se obliga a Cárdenas a desistir de cualquier gestión ante las autoridades del país, pidiendo adjudicación

como baldíos dentro de los terrenos de Burila, y si así no lo hiciere, pagará los perjuicios que ocasione y quedará nula esta escritura”.

Este tipo de negocios de la Burila con los colonos fue estandarizado a todo lo largo y ancho de la región.

3

Por la noche se dirigió Tigrero a la casa del señor Cura.

—¿Cómo es posible, padre Valencia, que los colonos tengamos que comprar las tierras que hemos conseguido por derecho de trabajo? ¿Acaso los baldíos tienen otro dueño distinto de la nación? Ahora estamos mil o dos mil colonos pidiendo justicia. Más tarde serán treinta o cuarenta mil que conmovieran estas montañas, desde Salento hasta Bugalagrande y desde el Tolima hasta el Chocó. Estos pueblos necesitan de su ayuda, mi padrecito, no sólo en la salvación de las almas, sino de las tierras que nos las quieren quitar. Ayer no más nació Salento, después Filandia, luego Circasia. Nacieron Calarcá, Armenia y Montenegro. Ahora comenzarán a brotar los pueblos en el sur de estas regiones, aunque la Burila no lo quiera, porque nuestro trabajo siembra sudores en la tierra y estos sudores nos amarran a ella para no dejarnos arrancar.

—Yo te digo una cosa, Tigrero. En ese litigio que se ha formado, no se sabe francamente quiénes tengan la razón. La compañía de Burila alega unos derechos que adquirió desde hace muchos años. Y ustedes, de cierto modo, también tienen la razón. De manera que lo más acertado es tener paciencia y esperar de Dios que vuelva hacia nosotros sus ojos para protegernos en nuestras miserias.

—Yo creo, mi padre, que si las cosas siguen como vienen, los colonos se levantarán contra los que llegaron a robarse la tierra, abusando de nuestra ignorancia. Con decirle que

hay muchos descontentos con la encarcelación de varios montañeros, y de la noche a la mañana hacen estallar la trifulca grande.

4

En todos los semblantes se notaba la tensión de ánimo. Solamente el agente de Burila parecía conforme con la situación de los hechos. La venta de lotes continuaba en crescendo.

Entrando a la oficina de Catarino el agente de la empresa le expresó con sorna: —Ya ve, pues, que el territorio de Burila no es bien mostrenco como ustedes lo imaginaban. El mismo Ministro ha prohibido a los colonos el denuncia de baldíos.

—Yo sé que el señor Ministro ha obrado sin malicia, apoyado en el artículo 879 del código judicial de 1873. Pero sucede que, según tengo entendido, ese código ha sido reformado.

—¿Ya quiere usted saber más que el señor Ministro...? —Y soltó burlona carcajada, agitando sus largos brazos.

Con acento varonil repuso Catarino: —Lo que pasa es esto, señor agente: desde hace muchos años la Burila viene trazando sus linderos acomodaticios en este territorio. En 1884 trazaron los primeros en el Zarzal, y en ellos nombran una línea imaginaria que dizque pasa por un gradualito, cerca de Roldanillo; después la quebrada Cáceres, el terreno de Chaguiral y la Quebrada Honda. ¿Yo le pregunto a usted si cree que son linderos serios de una compañía aquellos que nombran un gradualito, un árbol o un barranco que hoy son y mañana no existen?

—Usted es demasiado audaz y le busca defectos a todo. Pero a mí no me enreda. Ese lindero se trazó el 30 de junio del año que usted cita, pero el Gerente y el ayudante no eran personas muy peritas en mensuras, y de ahí que usted

encuentre sus fallas. Pero todo eso se arregló con los nuevos trazados que se hicieron. Lo que pasa es que hay muchos bravucones que amenazan con el puño, porque no se les permite el cohecho. ¿Qué tengo que ver yo con el señor Tigrero para que me amenace? ¿Será que cree que la fuerza bruta supera en estas luchas del espíritu? Yo estoy resuelto a devolverle estos terrenos a la Burila, cueste lo que costare. Si no soy capaz, sirviéndome de las leyes que me amparan, tomaré otras medidas. Y arrojaré a los usurpadores de estos territorios que no les pertenecen. Son doscientas mil hectáreas y todas ellas quedarán libres de estas plagas de ocupantes, sin títulos de propiedad. Y que se me venga el tal Tigrero para que conozca con quién se entiende. Yo he estado en Bugalagrande y el Zarzal en donde hay matones tenebrosos, y ante ninguno de ellos he retrocedido. ¡Cuánto menos ante un mulato analfabeta que se enorgullece de sus músculos! El tiempo de los gladiadores ya pasó y hoy día se vence a un matón con un carcelazo.

En estas disquisiciones iba el agente de la Burila cuando se llegó Tigrero a la puerta de la oficina, haciendo un poco de sombra en el cuarto. Estaba demacrado y los ojos tenían brillos acerados bajo el arco de la frente. Al ver a su enemigo que palidecía, dio unos pasos hacia él y con voz ronca le expresó:

—No sé si usted piensa irse de estos lugares o si por el contrario quiere llevarnos a todos los agricultores a la ruina. Pero en todo caso le alvierto que tarde o temprano el gobierno se dará cuenta de las injusticias que ustedes han cometido con todos los colonos. Aunque la compañía nos acorrале, no abandonaremos nuestras labranzas. Moriremos al pie de ellas, si fuere preciso, y nuestras sombras velarán por nuestros hijos después de nuestra propia muerte.

Tragando saliva y con los ojos húmedos, el agente interrumpió: —Casualmente yo hablaba con don Catarino a ese respecto. Le he dicho que la Burila no quiere tener disgustos con los colonos, porque lo que ella desea es darles amplitud para que le compren sus terrenos. Pero sucede que ustedes han tomado el negocio a lo trágico, y por tal motivo no

se han podido resolver los problemas.

—Es que aquí no hay problemas de ninguna clase. Nosotros estamos cultivando tierras baldías y tenemos derecho a llamarnos dueños de ellas.

—Así es —agregó Catarino—. Y si la Burila quiere que se le resuelvan sus rompecabezas de una manera más tranquila, entonces debe enviar agentes sociables que no siembren el pavor entre los colonos, cometiendo imprudencias.

—Yo no soy imprudente, don Catarino. Y si usted sabe muchas leyes yo también las conozco mejor que nadie. Los colonos desean tener un manumiso que se deje adular en todo sentido, y ese no lo encontrarán en mí.

Tigrero intervino: —No hable de adulaciones, porque ustedes los agentes de la Burila, no han usado otra cosa con los corregidores y policías de estos pueblos. Gracias a eso han logrado que las autoridades se pongan en su favor y persigan a los nuestros. Que lo digan, si no, Francisco Arango, Erasmo Castro, Luis Leopardo y tantos otros labriegos que han estado en la cárcel sin haber cometido delito alguno.

—Mire, señor Tigrero. Yo creo que nosotros vamos a entendernos muy bien de ahora en adelante, si le digo que esos campesinos no vinieron a la cárcel por influencia de nadie, sino por irrespetos que hicieron a la autoridad.

—No lo crea, señor Sarria. Es que ustedes se aprovechan de los humildes y los persiguen sin recular. Le juro que a los potentaos y a los hombres inteligentes les tienen miedo.

—Qué mal me juzga, querido amigo. Yo he sido siempre un defensor del campesino, del hombre sencillo que enriquece la patria, cultivando los campos. Odio sí, a los encumbrados, a los hombres que flotan en las alturas por obra y gracia de la fortuna y de la audacia. Yo tengo muchas cartas de esos pajarracos y a todos ellos me los tiro cuando llegue la oportunidad. —Y sacando la cartera, extrajo de ella una esquila del benemérito luchador Heraclio Uribe Uribe y le dijo: —Vean ustedes la carta de un viejo que no quiere tampoco a la Burila y ha intentado atacarla varias veces.

5

La carta decía así:

“San Marco, 12 de octubre.

Señor Agente de la Burila.

Estimado señor y amigo:

Mucho siento la contrariedad que hemos tenido hoy, y más por usted que por mí.

Confiado en unos zamarros nuevos hice el viaje hasta el mojón, para cumplir la promesa que le hice aquí por medio de su enviado; pero tuve la pena de no hallar a nadie allí y regresé a la casa completamente mojado.

La inspección de una línea tan larga como la de Burila, en pleno invierno, sin trochas y sin que haya precedido el trabajo de fijar algunos mojones, me parece que no ha de conducir a ningún resultado satisfactorio.

Respondo a usted que las tres varas o jalones que hay en el mojón de las Pavas se hallan en la línea de 1884 y que la prolongación de la línea que ellas determinan pasa por el cerro que sirvió de punto de mira, el cual está situado en la cuchilla de Burila, al sur de la salina de su nombre. También pasa dicha línea por mi finca de “Los Alpes” como puede verificarse y, más abajo, por la finca de Luis Peláez, situada en la ribera derecha de la quebrada de Saldaña. Para encontrar el cono de la cuchilla de Burila, hay que observarla de alguna abertura al oriente de “Los Alpes”, o bajar de La Cimitarra hacia el norte unas leguas, empresa bastante aventurada...

Tengo mañana un compromiso urgente y además necesidad de ir a conseguir remedios para un hijo que hallé enfermo a mi regreso esta tarde. Créame usted que siento no tener el placer de acompañarlo. Por lo demás, si el día de mañana ha de ser tan malo como el de hoy, nada se verá del mojón, por estar las mañanas cubiertas de niebla.

Deseo se conserve bien y me despido de usted adicto amigo y S,

Heraclio Uribe”

—Sepa, señor agente —dijo Catarino cerrando la hoja—, que esta carta constituye un documento contra las pretensiones de ustedes. Heraclio Uribe es una gloria del país que ha venido a luchar contra la selva, y logró abrir su finca de Los Alpes. Y por desgracia ha querido enredársele también a él en los pleitos de la Burila. Por fortuna es un varón nobilísimo que no se dejará envolver tan fácilmente con leguleyadas apócrifas.

—Yo no sabía que Heraclio era amigo suyo, don Catarino. Pero en todo caso este mismo señor reconoce los linderos de la Burila, y la prueba está en que ha querido intervenir en la alinderación del latifundio como ustedes lo ven. Yo lo cité a la quebrada de la Zulia, pero no me cumplió la cita o entendió mal lo que le mandé a decir con un enviado.

6

La tarde había caído ya, y al claror pálido de su crepúsculo de invierno, una palmera de pixivaes, con su empuñadura plumosa hacia arriba, brillaba con blancos de escayola sobre un cerro del oriente. Cualquiera encontraría su semejanza con una espada de valor, clavada allí por las manos vengadoras de un gigante.

En las esquinas varios pueblanos corrilleros conversaban sobre los problemas de la Burila. Algunas palomas de plumaje impoluto que se perseguían enarcando el cuello con esguinces amorosos, trazaban estrellitas con sus róseas patas en la arena húmeda de la placilla. Ignacio, el talabarero, con su mandil de lienzo levantado sobre el hombro, discutía con un marchante los precios altos del ganado, en tanto que dos hombres de a caballo, con galope estrepitoso, alborotaban la tranquilidad aparente del pueblaco, lanzando gritos desaforados.

Tan pronto el agente de la Burila se hubo retirado de la oficina de Catarino, Tigrero salió a la puerta y vio que traían a dos jóvenes heridos en las revueltas del campo, acompañados de un grupo de curiosos. El mayorzuelo presentaba heridas en la cabeza y en los brazos. El otro se desangraba por una mano hecha jirones.

—¿Qué van a hacer? —interrumpió Tigrero a los policiales, tan pronto pasaron frente a él.

—A encerrarlos para que no se jueguen —respondieron sarcásticamente los interpelados.

—¿Cómo es posible que vayan a encerrar a dos heridos, antes de curarles las heridas?

—Usted no se meta. Obedecemos órdenes del corregidor Arias y además estos individuos mataron a un finquero.

Tigrero siguió el grupo y cuando los polizontes llegaron a la cárcel, entraron a los heridos a empujones.

Los curiosos bisbisearon en desaprobación y Tigrero, comprendiendo el abuso que cometían, se abalanzó contra el más fuerte y con sus brazos constrictores lo derribó en un segundo. El compañero del policial quiso intervenir armado de agudo cuchillo, mas los presentes se lo quitaron y lo obligaron a retroceder.

—¡Asesinos... ! —gritaban los agentes haciéndose los martirizados.

Poco después Catarino, acompañado de Tigrero y del señor corregidor, sacaron a los heridos y se los llevaron a un curandero que había establecido recientemente su “consultorio”.

Mientras el “galeno” criollo cosía las heridas del muchacho menor, sin usar pinzas de ninguna clase, ni mucho menos anestésicos locales porque él no las conocía, el mozalbete mayor iba narrándoles los detalles del descalabro.

—Mire, don Catarino: Nosotros vivíamos contentos en nuestro rancho. El vecino que teníamos antes, se llamaba Lucio Marín y con él y su familia formábamos las grandes fiestas en las noches de diciembre. Pero el Agente de Burila lo obligó a

desocupar sus terrenos, echándole la autoridad encima. Estos terrenos los compró Cantalicio Vásquez, un tipo peliador y bebetrago. Con este individuo no la pudimos ir nunca, porque nos machetiaba los marranos y nos desbarataba las cercas. Y como la finca de él queda arriba de la de nosotros, resolvió no dejarnos pasar el agua, diciendo que las canoas le dañaban el potrero. Nosotros nos quejamos al inspector aquí presente, y éste lo hizo apersonarse en su oficina. Por esta medida que tomamos le entró pique a Cantalicio y hoy resolvió entrarse al patio de nuestra casa a desafiar a todos los que allí se encontraban.

—¿Y dónde diablos estaban ustedes, pues? —indagó Tigreiro.

—Nosotros estábamos en el monte trayendo leña. Sucedió que en los momentos en que Cantalicio rastrillaba la peinilla tratando de “cobarde” a nuestro padre porque no salía a pelear con él, siendo así que estaba enfermo, llegamos nosotros, descargamos la leña tranquilamente y luego nos vinimos hacia Cantalicio para preguntarle lo que se le ocurría.

Inmediatamente cargó sobre mí, asegurándome los peinillazos de la cabeza. Nuestra madre y hermanas gritaban espantadas creyendo que aquel hombre me había matado. Entonces yo me quité la ruana y le di los primeros machetazos. Cantalicio se enfureció como una fiera y se aventó encima de mi hermano Alfonso, destrozándole la mano. Yo hice esfuerzos supremos, y limpiándome la sangre que me tapaba los ojos, lo dejé tendido. Como ven ustedes, yo tuve que matar a ese hombre por defender nuestra propia vida.

—Muy bien —dijo Catarino—. Yo me hago cargo de esa causa. Esta noche, después de la curación, los llevarán nuevamente a la cárcel, y mañana estaré al lado de ustedes, cuando principie la indagatoria. Les aseguro que nada les pasará. ¿No es así, señor Corregidor?

Con ira oculta respondió el aludido:

—No sé. Eso depende de muchos “tejemanejes” que se estudiarán después. Lo que sí me atrevo a decirles es que

ustedes están cometiendo un abuso, metiéndose en asuntos que solamente puedo analizarlos yo, que soy autoridad.

Dio media vuelta, se metió las manos en los bolsillos del pantalón de dril oscuro, pensando talvez en la zancadilla que tendría que echarles a Catarino y a Tigreiro para desterrarlos de la región.

Hombres de a Caballo

1

Zabulón Noreña, amigo de Tigrero, representaba el tipo del orador de vereda. Su cultura desordenada la había adquirido leyendo códigos en la cárcel de Popayán, lugar en donde estuvo largo tiempo a consecuencia de un pleito sobre linderos en que se vio envuelto. Era un enamorado de lo misterioso. Creía en duendes y en brujas, y a tal punto llegaba en la sugestión de los agüeros, que muchos lo creían chiflado.

Cuando leía discursos de personajes sobresalientes, se aprendía de memoria los períodos más heroicos y se los espetaba a los amigos aun en la misma conversación. Su presencia daba idea de un hombre vibrante y decidido en sus empresas. Comprendía él que Catarino había luchado hasta el cansancio por lograr que la compañía de Burila dejara tranquilos a los colonos en la posesión de sus pequeños cultivos, sin lograr conseguirlo. También le constaba que otros hombres de pro, entre los cuales figuraba el padre Valencia, habían luchado hasta el cansancio por defender a los dueños de minifundios en aquellas regiones cargadas de historia como raíz vigorosa. La intervención en estos litigios les acarreó a todos ellos la explosión terrible de odios injustificables por parte de los individuos que formaban la Sociedad de Burila, como también de sus adláteres que infestaban los corregimientos.

El suceso que movió la sensibilidad humanitaria de Zabulón, en beneficio de las huestes colonizadoras, fue el encarce-lamiento de unos pobres labranceros cuyo delito consistía en haber labrado tierras incultas de propiedad de la nación.

Sin más preámbulos, reunió en el cerro de El Berrión una cabalgata de ochenta trabajadores de la montaña y les dijo:

—Nos hemos reunido aquí para empezar desde ahora mismo la lucha en favor de los colonos, nuestros compañeros. Tenemos que sacar a los que están en la cárcel, cueste lo que costare. No hay razón para que los corregidores abusen de nuestra paciencia por congraciarse con una sociedad latifundista. El latifundio es la ruina de los países. Solamente el minifundio, nuestra pequeña parcela, engrandece el conglomerado. Los Agentes de una compañía poderosa han querido despojarnos de lo nuestro, y como no lo han logrado en su totalidad, han resuelto desviarse por el atajo de las imposturas, sirviéndose de corregidores analfabetas que no han respetado siquiera a los humildes jornaleros que ganan un salario irrisorio...

Los aplausos de los labriegos de a caballo se adunaron con los silbatos del viento que, encajonado, producía aullidos en la profunda cañada.

—Vamos al pueblo y saquemos de la cárcel a los colonos —estalló Zabulón—. Vosotros sabéis que “los pueblos viriles se han hecho de sí propios con la escopeta y la ley”. Nosotros no queríamos llegar a estos extremos, porque somos una raza pacífica de labriegos. Pero los Agentes de la Burila nos han compelido a la revuelta, al aplicarnos el despojo como si fuéramos colonos clandestinos y violentos. El agrio cencerro del litigio errabundea por todos los contornos, entra a los sembrados, va a la sierra y al valle, cobijando a los mismos aparceros con su ferocidad. Es preciso que sacudamos este yugo. Así lo quieren las mismas almas de los pijaos y los quimbayas que prefirieron la muerte a la esclavitud. Yo siento que sobre nosotros flotan los efluvios de su valor y su bizarría para ayudarnos a salir victoriosos. ¡Adelante...!

—Sí, vamos —prorrumpieron todos los miembros de la cabalgata.

Y en desbordante tropel, el escuadrón de campesinos se derramó por las vertientes con dirección a Calarcá. En el desenvolvimiento de la marcha otros inconformes se unieron a la falange de labriegos, y en barahúnda incontenible irrumpieron en las calles del corregimiento. Cuando se hallaron frente a la cárcel rompieron la gruesa puerta y dieron escape a

los campesinos que se encontraban allí detenidos por asuntos de tierras. El lisiado Erasmo fue llevado por alguno de los hombres más fornidos, y entre los disparos de los alguaciles huyeron a Peñas Blancas.

2

En la noche del siguiente día, Florinda les preparó humosa lechona. Sentados a la redonda los labradores improvisaron cantos guerreros y Zabolón les explicó así con fúvidas palabras:

—Por los lados de estas cumbres vivió el Cacique Calarcá con sus compañeros de raza, los pijaos. Los españoles quisieron esclavizarlos pero no lograron conseguirlo en cuarenta años de tenaces luchas. Si nosotros, que somos alma y espíritu de la gleba, nos dejáramos subyugar por los poderosos, estoy seguro que se removerían con rabia las cenizas de aquel valiente cacique, a cuyo recuerdo se estremecen estas montañas.

—Todavía vibran —arguyó un colono mozo—, porque en ciertas noches se oyen en Peñas Blancas murmullos largos y músicas de instrumentos raros...

—Nosotros —dijo Florinda— hemos oído rodar los peñascales hasta caer en los vaguadones del río. Pero al día siguiente notamos que las rocas están intactas y que nada ha sucedido.

—Sin duda son los gandharvas, ángeles de la vibración, o las mismas almas de los pijaos que todavía custodian sus dominios por los cuales perecieron —agregó Zabolón—. Sepan que el Cacique Calarcá, fuerte y hermoso como ninguno de los pijaos, reunió a su pueblo en esta cordillera, y le habló de este modo en su lenguaje:

Habéis de saber que en mis sueños se me presentó Lulumoy y me dijo cómo una raza de blancos usurpadores, en nombre de testas coronadas, habrá de venir a perseguirnos y acorralarnos

en nuestra propia tierra. Es preciso que nos preparemos para defendernos. Tenemos jefes guerreros como Quincuima y Matora que no los tienen tan buenos los Quimbayas, así sean ellos Consota o Tacurumbí, y somos tenaces porque estamos acostumbrados a vivir en la guerra. Yo he buscado estas cumbres para habitar, porque en ellas sólo medran los huracanes. La raza de conquistadores audaces regará por todos los caminos nuestra sangre, nuestros propios huesos. ¡Les pelearemos! Y cuando nos exterminen —si es que lo consiguen— Tulima se cubrirá de blanco al igual de los fantasmas, y el dios Lulumoy hará que en esta cordillera cuaje una roca blanca, retadora y altísima, como recuerdo de nuestros huesos irredentos y de la infamia de los expoliadores. Esta roca podrán verla los indios quimbayas si nos sobrevivieren, lo mismo que las generaciones que habrán de venir después a habitar en estos dominios, de cualquiera de los sitios quindianos en donde se hallaren.

Los pijaos fueron perseguidos y aniquilados por los españoles y apareció embutido en la montaña el roquero audaz y desafiante que los recuerda. Y con voz solemne terminó Zabolón:

—En estos pueblos del Quindío, como ustedes bien lo saben, llamamos estas rocas “Peñas Blancas”.

Horas después, claridades celestes quebraron sus luces sobre la bigornia de la cordillera y un cuarteto de instrumentos musicales, con denuedo cadencioso, trino exquisitas congojas. Eran músicas tristes, con dejos de arias y de endechas, las que a veces desparramaban sus resonancias dulces en el convivio familiar; ya eran alegres, con crescendos de borbollón y remilgos de bambuco. Pero todas ellas, si alegraban momentáneamente, iban dejando con el avance de las horas una amargura en el alma, un escozor muy parecido al que proporcionan ciertos licores espirituosos. ¡Músicas cosmopolitas que vinieron de llanuras mediterráneas o de sitios costaneros de la patria; músicas errabundas que tuvieron tal vez su origen en las sápidas tierras de los Santanderes, en las planicies de Cundinamarca o en los hondones del Cauca, pero que al ponerse en contacto con el nuevo ambiente, hicieron

nacer ritmos inéditos en el sensorio artístico de hombres ignorados que sabían ludir los cordajes instrumentales produciendo gemidos viriles o reminiscencias telúricas...! Una lámpara primitiva, con curvaturas de arpa, presidía la fiesta como si el alma de Terpsícore estuviera representada en ella para foguear la diversión de los campesinos.

Destierros

1

El corregidor de Calarcá y el agente de la Burila, tuvieron una entrevista para concretar mejor la situación de los hechos. Entendían ellos que Catarino y Tigrero eran los directos promotores de la revuelta. Y este pensamiento los inclinó a planear la manera de alejarlos del foco principal en donde venían desarrollándose movimientos subversivos. Como primera medida, enviaron a varios alguaciles en persecución de los campesinos que militaban en las filas de Zabolón. Después de buscarlos por las guájaras de las sierras y por los abiertos valles regresaron fatigados y hambrientos manifestando que aquellos hombres habían sido tragados por la tierra.

—¿Y qué hacemos ahora con estos dos personajes que obstruyen el desenvolvimiento tranquilo de la venta de tierras? —preguntó el corregidor al agente de Burila, refiriéndose a Catarino y a Tigrero.

—Desterrarlos, mi jefe, me parece lo mejor —contestó el agente con sonrisa complacida.

—¿Y cómo?

—Eso lo convenimos esta noche. Porque lo que es a Tigrero ya le tengo su cuestión pensada. Lo difícil es desterrar a Catarino. Pero ya veremos hasta dónde llega nuestra originalidad.

Y hundió las manos en los bolsillos, silbando una tonada vieja que le recordaba sus conquistas amorosas. Si a mujeres gallardas supo dominarlas con sus celadas, cuánto más a unos pobretes que trataban de sobresalir en la dinámica de la colonización agrícola y urbana. Encendió un cigarro y se asomó a la puerta de la oficina del corregidor.

Por el centro de la plaza vio venir a Segundo Henao quien le dijo, después de saludarlo:

—Pienso fundar una población por los lados de Río Azul y vengo a pedirle consentimiento. Ya he dado algunos pasos para ello y le pondré por nombre Génova.

—De ningún modo, mi amigo. Estos territorios que usted cita, lo mismo que Río Gris, Balsora, El Carnicero, El Mirador, pertenecen a la Burila. Solamente la compañía está autorizada para fundar ciudades.

—¿Y cuáles han fundado ustedes, señor Agente?

—Todavía no, pero pensamos fundar una en el Valle del Cauca. La situaremos en un punto que reciba el desemboque de los tres caminos principales de la región. Ya le hemos pensado hasta el nombre: Caicedonia.

—Sepa una cosa, señor Agente —dijo Segundo energizándose—. Yo conozco ese lugar, talvez se llama Cuba Viejo si no me equivoco, y allí viven muchos labranceros que tienen establecido su caserío. Cuando ustedes resuelvan hacerlo, ya la población está fundada con toda seguridad.

Con oculta rabia le respondió el Agente de la Burila:

—No sé qué les pasa a todos los colonos de estas regiones, pero todos, con muy raras excepciones, se mantienen en trance de tragedia. Ya ve usted que es un hombre hasta ilustrado y correctísimo, cómo trata de zaherirme solapadamente.

—Nada de eso, señor. He venido a ponerlo al corriente de lo que me propongo. Fundaré otro pueblo con algunos labriegos que me acompañen, del mismo modo que fundé este corregimiento en compañía de Román María Valencia.

Y se retiró de allí.

El agente de la Burila quedó riéndose con muestras de incredulidad. Y sin quererlo, su imaginación siguió tramando el modo de alejar a Catarino del medio en donde actuaba.

Porque el abogado de los colonos era el eje sobre el cual giraban los anhelos de liberación de aquel almáxico de hombres trasplantados. Cuando no estaba en su despacho leyendo códigos o haciendo memoriales en favor de los humildes, se hallaba en el campo visitando las fincas de sus

amigos y animándolos para que no desmayaran en el cultivo de sus tierrucas. Había que enriquecer el territorio en nombre de la nación; alhajarlo de cereales y frutas; enmillonarlo con las cornucopias doradas del plátano; la presencia aristocrática del zapote y el copete airoso de las piñas, que ora recuerdan fulgurantes reinas, ya traen a la memoria con sus chapaduras en forma de medallones, los tatuajes y embijamientos de las caras de las indianas. Catarino anhelaba, pues, la libertad, la riqueza para sus compañeros de lucha, para los dueños de minifundios. Al paso que la compañía de Burila pugnaba por su riqueza propia con avidez aberrante. Tal era su amor a la moneda que optó por tiranizar a los campesinos de una inmensa comarca, sirviéndose de agentes inescrupulosos que trataban de dominarlos con argucias de Pisístratos regionales. Y como notaron que Catarino era hombre terrible por su gran ascendencia sobre Tigrero y sobre el pueblo, resolvieron armarle baterías de sinsabores y no cesaron un instante hasta ver realizados sus proyectos.

Para empezar el bloqueo contra los varones fuertes del colonizaje, el corregidor Melitón Arias hizo citar a Tigrero a su oficina y allí le notificó que tenía que presentarse a las autoridades de Salento a responder por un delito de heridas.

—Pero cómo, señor corregidor, si yo no he herido a nadie...

—Ya lo ve. Nosotros estamos muy bien informados de su antigua vida en Pereira, en donde machetió a varios ciudadanos. Usted no ha sido más que un facineroso. Y no es meramente un caso de heridas el que usted tiene pendiente en Salento, sino también el sumario que le estamos siguiendo por haber atacado a la autoridad bien constituida. Recordará usted que alguna tarde violentó a un comisario, hasta el punto de quitarle el resuello. Y luego, amangualándose con el Catarino y el tal Zabulón, han hecho de este corregimiento y el de Armenia lo que les ha dado la gana. Pues no señor. Ha llegado la hora de cuadrar cuentas —Y llamó a dos agentes para que lo condujeran a la población mencionada.

—Me extraña subremanera este procedimiento, señor corregidor.

—Pues no le extrañe, porque aquí tengo la boleta de captura emanada de las autoridades de la cabecera.

Los polizontes se acercaron con ánimo de prenderlo y Tigrero les dijo:

—¡No sean canallas! Un par de pendejos como ustedes no van a llevar a un macho como yo, a la cárcel. Arrímesen para que vean que sobra palo para ustedes y para estos explotadores de los colonos —E hizo ademán de sacar arma.

El agente de la Burila intervino:

—Es mejor, Tigrero, que obedezca a la autoridad. Rebelándose no saca nada y lo que hace es que le aumenten el arresto.

—Es que ustedes no tienen por qué llevarmen a mí. Yo no he cometido ningún delito.

—Sí lo ha cometido —respondió el corregidor—. Y sepa una cosa: que si lo tenemos que traer desde su finca de Las Travesías o desde su propia casa de Armenia, lo hacemos traer.

—Eso lo veremos, Melitón.

Y salió de la corregiduría sin dar más explicaciones.

2

Quince días después Tigrero se dirigía con su mujer y con sus hijos a la misa mayor del corregimiento de Calarcá. Arsenia iba estrenando mantilla y botas negras de tacón alto. Para caminar más garbosa se prendía del brazo de su marido, quien a la vez ostentaba ruana azul de paño y botines amarillos. Ana Julia y Ana Quilia iban peinadas de trenzas y Juan de Jesús caminaba muy majo con su pañuelo rabuegallo y pantalones a media pantorrilla.

Faltando algún trayecto para llegar a la iglesia, lo agarraron cuatro polizontes diciéndole:

—Ahora sí no se nos escapa como el otro día.

—¿Se nos escapa por qué? ¿Acaso soy un ladrón o un asesino?

A todas estas insinuó la esposa: —¡Ay! por Dios mijito, no vaya a hacer un escándalo. Más bien atiéndalos, que yo voy y hablo con don Catarino.

Y Tigreiro fue llevado a Salento. En otra época, cuando la colonización civil se iniciaba, lo hacía espontáneamente en busca de vituallas y otros elementos para sostenerse durante las derribas y las siembras. Ahora marchaba entre gendarmes, como cualquier bandolero de traílla.

La noticia del suceso cundió en las vegas, en los frontones de las cumbres azules hasta llegar a los dominios de Zabulón. Sus compañeros no se hicieron esperar. La caballería de hombres inquietos bajó como un alud, atravesó montañas y ríos, trepó la cuesta de Barcinales y llegó a Salento. Algunos pobladores del municipio conversaban con el Alcalde, respecto a la prisión de Tigreiro.

Cuando Zabulón y sus amigos le averiguaron al señor Juez el motivo que existía para castigar al colono fundador, les respondió éste:

—Si necesitan aclarar alguna cosa, tienen que hacerlo por vías legales, nombrando a un abogado. Con ustedes no tengo que entenderme para nada.

—¿Así estamos, señor Juez? ¿De modo que no tenemos derecho de intervenir en favor de un ciudadano que no ha cometido delito?

—Ya se los dije cómo pueden hacerlo —Y les volvió la espalda.

Con el propósito de analizar mejor la situación y cristalizar algunas ideas, Zabulón y sus compañeros rodearon con sus cabalgaduras la pila de la plaza, simulando que les daban agua. Luego proyectaron la manera de hacer venir a Catarino

Cardona. Y aunque las telegrafías de los corregimientos recibían dislocadamente las comunicaciones, decidieron ponerle un telegrama.

Mientras esto acontecía, marchaba hacia Salento el abogado de los colonos, ya que Arsenia le había contado los sucesos detalladamente. Iba contento, porque estaba seguro de sacar libre al dominador de la selva. Un estallido de luz rotunda inundaba los sembrados, los ranchos de los campesinos, los ganados, los collados, las serranías, precisándolo todo con la más bella de las poesías plásticas. Las palmeras de la orilla del río se levantaban altas, desafiantes, firmes como los anhelos de la raza. Una quebrada fullera con muchos requiebros, bajo los jarales floridos como sombrillas de geishas, se le entregaba al río frente a los espejos cóncavos del agua. Todo era claridad allí, frente a los ojos del viajero. Solamente había una cosa oscura: el problema de la Burila.

Cuando Catarino pasó por frente al cementerio, situado en la entrada de Salento, se detuvo a contemplar su aspecto triste. Allí estaban enterrados, en gran número, los primeros colonos que llegaron a la selva. Desde el camino el abogado pudo leer los nombres de Hermógenes Ballesteros y Leovigildo Ramírez estampados en humildes cruces. Ni un mausoleo, ni una figura de duelo custodiaba aquellas tumbas, mudos testigos de una tragedia inenarrable. Y Catarino pensó en los hermanos Suárez, en Román María Valencia, en Segundo Henao, en Tigrero. ¿Se apagarían estos hombres también como una llama, antes de ver el territorio libre de la coyunda de la Burila? Quién sabe. Necesario era esperar a que la ciencia del derecho hiciera luz, al modo del pedernal que el hierro martiriza.

Tan pronto entró a la plaza de Salento el abogado de los colonos, Zabolón y los suyos lo acompañaron a la oficina del señor Juez. La sola presencia de Catarino bastó para que el penalista en ciernes decidiera el asunto en estos términos:

—Tigrero no ha cometido delito alguno. Su captura es ilegal y ella se debe a la audacia del corregidor de Calarcá.

—¡Viva el señor Juez! —gritaron Zabolón y sus jinetes.

—¡Viva Catarino...!

—¡Viva Tigreiro...!

Al recibir la boleta de excarcelación, el abogado le dijo al señor Juez:

—Desde años atrás vienen cometiendo abusos las autoridades de los pueblos en embrión. Me quejaré ante los funcionarios competentes para que pongan remedio a estas irregularidades.

—Puede hacerlo don Catarino. Usted comprende que de mi parte no hay culpa, ya que no aparece en los libros copia de esa orden de captura.

—Muy bien, señor Juez. Esta picardía se la cobraré al Melitón Arias que es el directo responsable. Ya veremos cómo.

Y la caballería de colonos condujo a los dos amigos hasta la entrada de Calarcá. Allí se despidieron de ambos, para continuar éstos su viaje a las montañas de Río Azul.

3

El triunfo de Catarino y el regreso de Tigreiro envalentaron a los agricultores, quienes vieron siempre en ellos a dos personajes de fuerza y de valor, capaces de enfrentarse a los violadores de su dignidad.

El corregidor Melitón, sabedor del retorno de Tigreiro, se armó de carabina y anduvo por las calles desafiando a los hombres más valientes para contrarrestar su fracaso. Por fortuna éstos no le prestaron mayor atención.

—Usted, señor corregidor, cometió un atropello con Tigreiro, falsificando una boleta de captura —le dijo Catarino en un garito.

—Eso es falso, porque la boleta tiene el sello y la firma del señor juez. Mírela que todavía la tengo en mi poder —Y se la entregó.

—Naturalmente. Yo estoy al tanto de los acontecimientos, y sé los trucos de que se ha valido para conseguir esta orden. Usted fue a Salento y en un descuido del Juez, estampó el sello de la oficina en este papel.

—¿Y la firma?

—No le aseguro que sean suyos los rasgos, porque usted Melitón sabe poco de caligrafía. Pero ya veremos a su tiempo cuando usted sea llamado a responder por su delito.

El corregidor, viéndose cogido en su propia trampa, respondió energizándose:

—Yo apenas obedecí órdenes superiores. Además, si usted continúa rastreando mis actos, esta carabina me hará respetar —Furibundo, lanzando insultos contra imaginarios impostores, salió del billarejo.

Con la ayuda de mentores espirituales, forjó un plan estupendo para desplazar o confinar a Catarino del corregimiento, antes de que el abogado le hiciera una mala jugada con la boleta de captura que le había entregado.

Con tal fin lo hizo llamar a su oficina.

—Diga usted lo que quiere —le dijo Catarino al corregidor.

—Espérese un momento —le replicó éste.

Y llamó a dos yerbateros, con quienes se había hablado de antemano, para que dieran cierto diagnóstico. Los curanderos examinaron detenidamente al abogado, y luego le espetaron:

—Usted está leproso, amigo.

Catarino palideció notoriamente y luego, al adivinar el torvo pensamiento que estaban maquinando, llevóse las manos a las solapas del saco y les explicó:

—No me causa mayor enfado el dictamen que dan sobre mi salud. Comprendo que ustedes obedecen órdenes de individuos que fraguan en la sombra la desaparición de los hombres que estamos defendiendo a los colonos. Ya ustedes saben la picardía que le tramaron a Tigero y les resultó fallida. Ahora vuelvo y les repito que el diagnóstico de ustedes es falso, porque el mal

de Lázaro tiene un sinnúmero de manifestaciones exteriores que yo no tengo.

—¿Ya cree usted saber también de medicina? Se equivoca, señor abogao —le respondieron sarcásticamente.

—Como lo oyen: el enfermo que tiene la lepra generalizada carece de cejas y pestañas, se le hunde la nariz y se le hinchan las orejas y la cara. Además, no siente las punzaduras, porque carece de sensibilidad en algunas regiones del cuerpo, ni tampoco puede agarrar por falta de fuerza en los músculos de las manos. Veamos —Y tomando a un curandero lo sacudió con fuerza.

—No me estruje, no sea abusivo.

—Entonces, ¿dónde están las manifestaciones para atreverse a decir que estoy leproso?... ¡Ignorantes!

El corregidor se acercó y le dijo con voz chillona: —Nosotros no tenemos que hacer más a este respecto. De modo señor Catarino que prepare su viaje para dentro de dos días, porque ya he dao la orden de que lo conduzcan a Agua de Dios.

—Pues me rebelaré contra esta infamia. Y si tengo que ir a Bogotá a quejarme ante los tribunales de justicia, lo haré con el mayor gusto. Pero conmigo no hace usted lo que le da la gana Melitón, se lo aseguro —Y salió a la calle.

4

El contenido de la amarga peripecia se regó por encrucijadas y veredas y los pueblanos se formaron en grupos gritando abajos al corregidor y al agente de la Burila.

Con la noche los labriegos se regaron por las calles, iluminadas por faroles y lámparas de petróleo, agitando en lo alto las peinillas y los machetes. Lanzando gritos rompían las lámparas de los billares y sacaban chispas al rastrillar sus armas contra las puertas y los empedrados. El corregidor y los

alguaciles, temerosos de un linchamiento, se escondieron en parte segura y desde allí escuchaban la algarabía de la poblada y los tiroteos al aire.

En el hogar, al lado de su esposa, Catarino arreglaba sus libros y preparaba el viaje hacia la ciudad de los leprosos. Esta determinación la tomó en vista de los sucesos sangrientos que podían presentarse entre las autoridades y el pueblo. Además, él estaba seguro de regresar con la frente limpia, ahora manchada por sus detractores.

Cogió de la mesa un libro en el cual escribía todos los días los acontecimientos más sobresalientes en el proceso de la colonización. Sobre la portada aparecía con letras gordas la palabra “DIARIO”. En la parte superior de cada hoja estaba anotado el año. Abriólo y leyó saltonamente algunas notas:

Octubre 5.

Hoy hablé con Ramón Paláu y me dijo que se siente muy cansado y que prescinde de continuar hacia el sur, hacia el pleno Quindío, domeñando la selva. Que sólo aspira a vivir sus últimos días en su finca de Canaán. Otros hombres más jóvenes que yo, agregó Paláu, seguirán mi lucha. Como en los descubrimientos científicos, yo empecé y otros terminarán. Este es mi mayor orgullo.

Diciembre 17.

Con Tigrero he cultivado relaciones muy francas desde el momento en que lo conocí. Me cuentan que a su finca de “La Cabaña” se acercaron en estos días los Agentes de la Compañía de Burila, y como le averiguaran por los títulos de la tierrita que estaba cultivando, Tigrero no acertó a responderles inmediatamente. Sin embargo, lleno de coraje, subió al zarzo y se presentó luego ante los burileros con dos frescas pieles de tigre, diciéndoles retadoramente: Aquí están mis títulos. Los Agentes salieron de allí tragando saliva, sin muchas ganas de comentar el suceso.

Mayo 12.

En este día me conocí con los hermanos Alejandro y Jesús María Suárez. Qué varones más completos. Me contaron la manera como la Burila quiso envolverlos en un pleito, pero luego ellos acudieron a Bogotá y lograron obtener del Gobierno los títulos de sus territorios. Además, me han hecho ver esta gran verdad: en el poema colectivo de la colonización del Quindío, deben aparecer los nombres de algunos labriegos sencillos que no hicieron cosas trascendentales, pero que fueron los primeros en penetrar a los lugares selváticos de Calarcá y Armenia, constituyendo como las piedras básicas en la fundación de estos pueblos. Tales hombres fueron Ramón Franco, Jesús María Buitrago, Antonio Herrera y Juan José Marín.

Julio 20.

La banda de música de los Pérez hizo su irrupción en el corregimiento tocando el Himno Nacional. Todos los colonos se quitaron el sombrero, menos Segundo Henao. Por esta causa un buscarruidos se lo tumbó de una trompada. Zabolón saltó en defensa de Segundo y se armó una trifulca terrible. Al preguntarle más tarde a Henao por qué no se había quitado el sombrero, contestó: —Porque el himno nacional fue compuesto por Núñez y ese hombre fue un traidor”.

Después de terminar la lectura de estas notas, Catarino cogió la pluma y escribió a lo último:

“Noviembre 16.

Por orden de un corregidor analfabeta marchó hoy hacia un leprocomio, estigmatizado como un leproso. La historia comarcana contará algún día esta infamia. No voy ni siquiera triste. El dolor, que a otro cualquiera pudiera aniquilarlo por semejante impostura, a mí me sirve de guía. Dios es grande y no permitirá que mi hogar se destruya con esta prueba que jamás se había visto, creo yo, en el mundo de los humanos”.

Cerró el libro y le dijo a su esposa.

—Carmelita: Aquí te dejo este diario. Yo procuro volver ligero, mas, si por cualquier inconveniente tuviere que demorarme, se lo entregas a Segundo Henao en prueba de mi amistad sin dobleces, para que él escriba alguna cosa sobre nuestras innominadas tragedias.

* * *

El alborozo de las gentes permaneció activo, sin un solo desmayo. Y en la mañana de la partida, cuando Catarino fue a salir en medio de dos policiales, los colonos rodearon la casa para evitar que se lo llevaran. Entre todos ellos surgían las figuras de Segundo Henao y Tigrero. Sólo faltaba Román María Valencia, fenecido hacía poco en Pereira.

Catarino intervino, diciéndoles:

—No manchemos nuestra causa justa con la sublevación. Esperemos otra justicia superior que pondrá las cosas en su punto.

Tigrero se acercó al amigo inolvidable y se despidió de él con un abrazo, expresándole: —Que vuelva pronto, don Catarino. Algún día se nos hará justicia de verdad.

Y don Segundo agregó: —Que no se olvide de estos colonos. Sin usted don Catarino, quedamos como solos.

Los familiares del abogado, lo mismo que los labriegos, lo vieron trepar por el camino oriental de la sierra. Lo último que precisaron en la distancia, fue la nota blanca de su sombrero suaza.

La noche se vino sobre el archipiélago de pueblos, en borrasca de inquietudes y de sombras.

Fúnebres Ramos

1

Tigrero marchó a su finca de Las Travesías. Y para conseguir cierto dinero que le reclamaba el Agente de la Burila por concepto de cédulas, estableció un pequeño lavadero de oro en la quebrada vecinal.

Por aquellos tiempos las montañas ardían para dejar el campo libre a la siembra de los maizales y la quebrada retorció sus aguas alumbradas, bajo el sombrío de umbelas y yerbamoras. Sus líquidos bermellones parecían reflejos de volcanes en erupción. Al extremo del canal que había construido para obtener mayores rendimientos en la búsqueda del oro, Tigrero colocó una gran piedra como para cerrarle el paso al aguaje. Los corbones —árboles gigantes encendidos por la llamas durante las quemas— permanecían de pie, ardiendo por dentro lo mismo que tuberculosos. En sus copas elevadísimas, reían las parásitas de colores frenéticos. Dijéranse millonarios que fumaban su pipa. De noche los vientos errabundos les quitaban las cenizas, y la candela fulgurante mostraba sus chapetas de oro, al paso que a Tigrero se le avivaba en gozos tremendos el afiebrado corazón.

—Cuidado, padre, que un palo de esos puede desplomarse y matarlo —le explicó su hijo Juan de Jesús.

—No creás, mijo. La candela no los parte todavía y un árbol de corbón dura hasta un mes fumando...

Efectivamente, los corbones tienen esta particularidad, y no cesan de arder hasta convertirse en montoneras de cenizas. Cuando un árbol de estos se encuentra tumbado al borde de un camino, incinerándose dolorosamente como un hombre mordido por ansiedades secretas, los caballos de los viajeros que por allí transitan, se asustan con su presencia fantasmal. Si el árbol está de pie, consumido ya por sus fogones internos, su

inmenso arrume de ceniza conserva la forma del árbol y da la apariencia de una enorme estalagmita.

En tanto que Tigrero reparaba la batea circular, salpicada de chispas áureas y de margajitas engañadoras, un zumbido atronador repercutió en la montaña. Sin mirar lo que sucedía, Tigrero corrió hacia la piedra que cerraba la canalización. Un árbol desplomado por el fuego latente y el empuje terrible de las ráfagas, lo alcanzó por la espalda y le rompió la cabeza contra el pedrejón. La muerte fue instantánea.

Pobre María Arsenia: Ya no volverá a avisarle a su hombre los tiempos de menguante o de la creciente para hacer los tumbajes de la madera. Ni volverá a sentir su brazo fuerte colocado sobre su vida como un arco de protección, para que pasara su dulce llaneza.

Los campesinos embocaron sus cuernos de vacuno. Y sus sonidos tétricos, lo mismo que sierpes ávidas, estiraron sus curvaturas de cerro en cerro y atravesaron las vegas llamando a todos los colonos al entierro. De todos los pueblos cobijados por la sombra de la Burila, llegaron unos cuantos amigos. Y los que no pudieron, lo acompañaron en espíritu.

Segundo Henao, con su barba a lo Valle Inclán, se movía entre todos ellos consolando a los hijos de Tigrero. Y el padre Valencia consolaba a la esposa dolorida del colono.

—Tigrero no ha muerto —decía— porque su recuerdo vivirá con nosotros.

—Y no sólo su recuerdo —replicó Zabulón—. Su espíritu vagará sobre estas regiones, hasta que los territorios se entreguen a los que los hemos cultivado.

En caja rústica de cedro veíase la cabeza del colono fundador, rota en la frente como la de un personaje homérica; sus ojos, que anubló la tragedia, aparecían exánimes bajo el frontón de las cejas en borrasca; sus ojeras profundas, parecían corvas herramientas abandonadas en campos de dolor, al paso que sus manos poderosas, ahora quietas y desteñidas, reposaban sobre su pecho con severa quietud. Fue un enemigo pasional del árbol como lo puede ser el carbonero

o el arquitecto; sembró sus parcelas con el amor de sus propios hijos; fue fundador de un pueblo y coadyuvó a la grandeza del patrimonio común. Y ahora, el árbol que no perdona a sus perseguidores ni aun en el sepulcro, lo ultimó.

2

Por los corredores andaban las mujeres solícitas. Y en el patio los caballos de los campesinos, amarrados a los postes, cerraban los ojos como si percibieran de la tragedia el clangor.

Sobre los hombros de varios jayanes fue conducido el cadáver en convoy triste, hasta el cementerio rural del Alto del Oso en donde fue sepultado. Sobre su tumba colocáronse coronas de cafeto y de laurel. Allí fue a dormir su sueño negro aquel titán en cuyos brazos estupendos dejaron su virginidad las vengadoras montañas.

Zabulón se quedó allí con sus compañeros durante muchas horas. El perfil del cerro se recortaba, preciso, contra las hondas lontananzas.

Cuando la noche vino y regó su negrura de hollín por toda la cuenca del Quindío, una luz brilló cerca de los roquerizos de Peñas Blancas.

—¿Ven? —preguntó Zabulón—. Esa llama es de Eustorgio Castro que no ha podido venir al entierro por su tullimiento, y desde allá nos saluda con el resplandor —Minutos después se retiraron silenciosos. Bajaron al río y enrumbaron hacia la fonda de Francisco Arango, situada en el desemboque de tres caminos. Este colono iba entre ellos y en su tenducho pasaron la mayor parte de la noche comentando sus cuitas.

—¿Nos vamos, muchachos?

—Sí, nos vamos —terminó Zabulón.

La palidez del alba alumbró sus rostros más pálidos aún por las preocupaciones y el insomnio cuando apenas entraban en la cuesta del Carnicero. Se dirigían a los penetrales de Río Azul.

El Caos en las Veredas

1

Después de la muerte de Tigrero, las autoridades intonsas, influenciadas por el agente de la Burila, arreciaron contra los colonos que no adquirirían las cédulas de la compañía, persiguiéndolos con sevicia y temeridad.

Como entre los colonos eran muy contados los que se consideraban seguros en sus propios predios, la ola de la inseguridad se aumentó notablemente con el arribo de gentes extrañas que llegaban con humos de bizzaría. Estos elementos disociadores representaban tipos flotantes de otros sitios del país, como quien dice, la resaca que sobra en los pueblos sanos. Por todos los caminos iban en atisbos nada tranquilizadores, y cuando notaban miedo en algún campesino temeroso, se acercaban a él con amenazas y lo desposeían de su parcela, usando para ello la fuerza, si era necesario.

El terror, como las epidemias, se fue extendiendo hacia el campo y los granjeros menos pacatos resolvieron prevenirse contra los usurpadores supernumerarios.

Este bandolerismo foráneo atacó las ranherías de los labriegos, viéndose precisados éstos a hacerse justicia por sus propias manos. Consiguieron perros defensores como guardianes de sus casuchas, y los más pudientes adquirieron la escopeta o el revólver. Y en todas las veredas hubo sangre y dolor como en los nacimientos.

Los forajidos extremaron la audacia y se atrevieron a empujar las puertas de las fondas, en persecución de dinero sonante, lanzando las palabras terribles de: —Abran o los matamos.

Algunos campesinos tímidos prefirieron la muerte por evitar tangencias con los códigos. Otros menos ingenuos, buscaban

el revólver en el fondo del baúl y gritaban desde adentro con voz fuerte: —No estrujen, porque disparo.

Los forzadores continuaban impertérritos y entonces los campesinos disparaban al través de la puerta. ¡Cuántos maleantes dejaron su vida allí, atravesados los cráneos por el plomo! Sus cadáveres quedaban de un color verdoso, amoratados hacia las regiones de las heridas. Al rebujarles los bolsillos, se les encontraban un sinnúmero de llaves falsas, destornilladores, pinzas, etc. Y no faltó alguno de estos cadáveres que portara relojes finísimos o anillos misteriosos que al tocarlos, abrían hacia arriba paragüitas de oro, cintilantes.

Los acontecimientos violatorios de la propiedad mantenían en tal expectativa a los granjeros que, en algunas noches de tormenta, cuando alguno de ellos se demoraba en el poblado y luego, perdido en la oscuridad se acercaba a los ranchos de los caminos diciendo: —Buenas noches...

Los perros le ladraban con furia y los dueños gritaban en el interior:

—Preparen la escopeta, muchachos, que es un ladrón el que quiere atacarnos.

En estas escaramuzas vivían, cuando Zabulón resolvió congregarse nuevamente a sus amigos en la fonda de Francisco Arango.

—¿Para qué los vas a reunir? —le preguntó Arango.

—Para que me ayuden a libertar estos caminos de tanta plaga de facinerosos. Ya no se puede vivir tranquilo de ningún modo. Usted por ejemplo, me dijo cierta vez, que prefiere trabajar en esta fonda y no en una parcela.

—Naturalmente, porque la tierra que yo cultivaba me la quitaron.

—Pero esta fonda es peor, porque aquí no sólo se la quitan sino que lo matan. Yo tengo para mí que lo que cuesta, es lo que más quiere uno. Y como la tierra es la que recibe nuestro llanto y nuestro sudor, a ella la debemos preferir, siendo como somos agricultores.

—¿Y la Burila deja cultivar acaso?

—Casualmente, ese es el aspecto que más nos conturba.

Los jinetes iban llegando a la cita, cuáles entusiasmados, cuáles irresolutos y decaídos. A estos últimos les decía Zabolón:

—Hola, vení vos Leovigildo, tomate un trago para que entrés en calor. Y vos Eustaquio... Y vos Sixto... No hay que acongojarse por nada.

Y como viera que le faltaban algunos, preguntó:

—¿Que será de Juan Crisóstomo Alvarán que no viene? ¿Y de Fulgencio Herrera?

—No sabemos... No los hemos visto —le respondieron.

Minutos después se dirigió al numerario de colonos allí presentes:

—Yo sé que muchos de ustedes han querido retirarse del grupo que teníamos formado por temores falsos. Unidos todos podemos vencer muchos obstáculos que se oponen a nuestro progreso. Ahora, si alguno de ustedes tiene quejas sobre mí, bien puede decirlas con toda confianza para yo saber a qué atenerme.

—Yo —dijo Juan Crisóstomo Alvarán, que acababa de llegar.

Los colonos volvieron las miradas hacia él y lo repararon de la cabeza a las patas del caballo.

—Si tiene algo que decir, dígalo —le increpó Zabolón acercándosele.

—Pues vamos a hablar porque a eso vinimos todos aquí. Ya que usted don Zabolón es tan buen amigo de nosotros, díganos ¿qué estaba usted hablando con el corregidor el sábado pasao en la plaza de Calarcá, que hasta por más cierto usted le ofreció tabaco?

Reposadamente le respondió Zabolón:

—Sí señor, eso es muy cierto. Yo estaba conversando con Melitón porque él me llamó cuando yo pasaba.

—¿Y por qué le ofreció tabaco, siendo como es Melitón el mayor enemigo de los colonos?

Con rabia le contestó en voz alta:

—¿Pero han visto ustedes un tipo más ignorante que éste? ¿Cree que no se le puede dar un tabaco a un enemigo...? Eso es lo que se llama ser uno diplomático. Es que como es un ignorante que no ha leído...

—Probablemente no seré leído como usted, pero no soy pendejo.

—Hágame el favor y se calla. Respéteme...

—¿Respetarlo yo a usted? Si yo soy hombre como cualquiera de los que estamos aquí.

Francisco Arango intervino:

—Hombre Alvarán, cállate, es mejor. Zabulón es un buen compañero y no hay para qué atacarlo.

—¿Buen compañero? Me río —Y con burlona carcajada se retiró del grupo.

—Los que piensen como Alvarán, pueden retirarse con él —añadió Zabulón—. Yo necesito compañeros leales.

—Estamos con usted jefe —respondieron los jinetes.

—Me alegro que así sea. Por mi parte los invito a que vamos a visitar la tumba de Tigero.

—Vamos allá —confirmaron entusiasmadamente.

Los campesinos treparon la cuchilla y llegaron al sitio indicado. Allí se desmontaron y permanecieron en actitud reverente.

Con voz emocionada, y en tono cadencioso, expresó Zabulón estas palabras:

—Danos, ¡oh! Tigero, de esa valentía tuya que siempre fue tu distintivo para no retroceder ante nadie; queremos de esa tu fuerza, tú que venciste las fieras de estas montañas. Anhelamos poseer algo de esa agudeza de tus ojos y de esa fortaleza deseosa que te acompañó siempre al luchar por el engrandecimiento de los pueblos. No nos des de tu dolor

terrible, que ese ya lo hemos saboreado en la carne de nuestros propios compañeros. Si así fuere, juramos ante esta tumba marchar unidos hasta conseguir la libertad de estas tierras por las cuales nos hemos sacrificado durante varios años.

—Juramos —dijeron los campesinos.

Y se retiraron silenciosos pensando en el alcance del juramento.

Días después, Juan Crisóstomo Alvarán recorría las cabañas de los colonos, diciéndole a uno por uno.

—¿No les dije que Zabolón era nuestro peor enemigo? Fue y le contó al corregidor todo lo que yo dije en la fonda. Y el sinvergüenza ese, por venganza, vino y me quitó el rancho y los sembrados. ¡Canalla!

Los colonos no le hicieron mayor caso y este detalle los dejó convencidos de que Zabolón cobraba las que le hacían.

No obstante, esta suposición de Alvarán era falsa, porque Zabolón ni siquiera había vuelto a palabrearse con el corregidor.

2

Incontenible fue el alborozo que cundió por toda la cuenca del Quindío cuando se tuvo noticia del regreso de Catarino. El abogado de los colonos había permanecido cierto tiempo en el leprocomio de Agua de Dios, mas luego los médicos especialistas comprobaron que no sufría tal enfermedad y le dieron el correspondiente certificado para que volviera al lado de los suyos. Sin embargo no quiso hacerlo inmediatamente, sino que prefirió seguir a Bogotá, en donde adquirió otro nuevo certificado confirmativo del primero.

Con desbordado entusiasmo Zabolón organizó sus jinetes y en cabalgata alegre tomaron el camino que conduce al Tolima. En cada pliegue de la montaña se detenían a observar la inmensa hoya del Quindío escaqueada a trechos por los pueblos

en formación y por las casitas solas que en las revueltas de los planes blanqueaban como huevos de futuras promesas.

El río La Vieja, amarillento cual cinta de celuloide, se movía perezoso, allá a lo lejos, como si le pesara la carga de cielos bruñidos y de paisajes ribereños que iba filmando en su huida. Hacia la izquierda, verdegueaban los potreros con sus moteaduras de ganados, o veteaban los maizales rubios cerca a las rocas de Peñas Blancas que imitaban castillos torreados. Hacia el occidente, las lejanías violáceas de la cordillera del Chocó, engarbaban los territorios feraces dando la sensación de litografías o acuarelas de Irlanda. En cada vuelta del camino los de la comitiva creían ver aparecer al amigo de todos, al abogado inolvidable.

En las alturas de “La Línea” encontraron una carpa, y cerca de ella a un hombre alto, flaco, de ojos claros, y pelo rubio, vestido con arreos de campo. Era míster Karriker, ornitólogo extranjero, que andaba por allí con su mujer y dos peones coleccionando aves por cuenta de una sociedad americana. Este científico estuvo primero por los Santanderes, pasó por Boyacá y Cundinamarca, entró a Manizales y se adentró en la cordillera. Zabolón y sus compañeros pensaron en Román María Valencia y tuvieron para él un recuerdo de pesar.

En la noche última, según las noticias, Catarino había llegado al pueblo de San Miguel o Cajamarca, lugar éste en donde se encontraba el antiguo Ibagué que incendiaron los pijaos en noche tormentosa.

—Allá viene don Catarino —dijo Zabolón al ver unos punticos blancos que se movían en una roca distante, cortada a pico.

Los gritos entusiastas de los labriegos se levantaron filudos como una guardia de bayonetas.

Y cuando llegó hasta ellos, los hombres prorrumpieron:

—¡Viva el abogado de los colonos!

—¡Viva nuestro defensor!

Y los pueblos del Quindío se ofrecieron a su vista, extendidos como una alcatifa millonaria a sus pies. Estos

pueblos semejaban flores colosales abiertas sobre los gajos de los caminos.

Y en su corazón emocionado, y en sus labios y en su cerebro, hubo una loa silenciosa para los territorios almos de su cariño:

—¡Oh Quindío, tierra feraz y bella como ninguna! Un día me fui de tu lado lleno de dolor, pero hoy vuelvo a ti, lleno de esperanzas por tu redención. Todos estos años que han pasado, con sus delitos y sus miserias, sus asechanzas y sus expoliaciones, vienen a constituir una podredumbre de hechos. ¡Pero de esa escoria, de estos detritus cargados de ricos humus, han de surgir fértiles y desafiantes las ciudades del mañana!

Al bajar a Calarcá todo el pueblo participó de la alegría, a excepción de dos turiferarios: el agente de la Burila y el señor Corregidor.

Quienes creyeron como éstos que la tragedia había apagado a Catarino, se equivocaron. A pesar de las huellas profundas que le había marcado su desventura, jalonada con la nieve de sus cabellos blancos, un fuego latente, fuego de ira y de retaliación, lo hizo emprender con mayor ahínco su interrumpida lucha. Mas antes, como el pintor impregna sus pinceles en la gama fina de los colores para empezar su cuadro, así él quiso emparar su alma en las acendradas primicias de la meditación. Y para ello subió a visitar la tumba del cazador insigne, del colono invaluable, de Tigrero. Allí encontró una especie de baño espiritual, antes de emprender el camino ardoroso de la disputa.

Vida Nueva

1

Después de estos acontecimientos, los colonos se regaron hacia el sur y hacia el oeste y fundaron paulatinamente las poblaciones de Génova, Córdoba, Pijao, Barcelona, Quimbaya, La Tebaida. En el Valle surgieron Sevilla y Caicedonia.

¡Salud Heraclio Uribe, varón entre varones, colombiano integérrimo, alma y nervio de la fundación de Sevilla! Aquí están estos territorios —decían vuestros compañeros de proeza fundadora— para que vengan todos los que aspiren a ser dueños de parcelas. Aquí no hay más que amigos para ayudar a los grupos migratorios. No se conoce cárcel —proseguían—, porque a nadie le queda tiempo de cometer delitos.

¡Salud Segundo Henao, el de la barba florida, quien desde el ángulo de Génova llamaba a todos los hijos del país para que se desplazaran hacia esos extremos del Quindío, en donde ya la cautela de los latifundistas parecía haberse aplacado!

¿Aplacado? Ni mucho menos. Desde la población de Caicedonia, lugar que había escogido como epicentro de sus labores, el Agente de la Burila envió nuevamente sus quejas al Ministerio de Obras Públicas de Bogotá, acusando a los fundadores de pueblos como violadores de la propiedad. Argüía el Agente que los colonos tenían la creencia errada de que los territorios inconmensurables que ocupaban eran baldíos porque pertenecían a la nación, y que dicha creencia era propagada y sostenida por gentes que especulaban con la buena fe y la ignorancia de los sencillos cultivadores.

Y remataba en estos términos:

“Señor Ministro: En el punto llamado San Luis (Sevilla) han fundado una población, sin adquirir nuevamente el terreno y han nombrado Juez Poblador quien, junto con el corregidor, ha hecho lo que ha querido, sin tener en cuenta la empresa de

Burila que está lista a entrar en arreglos con los habitantes a quienes puede venderles barato y a buenos plazos. En otros puntos están organizando distintas poblaciones para repartirse las tierras a su amaño”.

¡Al fin, ni Heraclio Uribe, ni Segundo Henao, se escaparon al Agente de la Burila para ser acusados como violadores de sus territorios!

De otro lado, el “agrimensor” Valderrama continuaba amenazando a los colonos con hacerlos llevar a la cárcel o ser desposeídos de sus parcelas, si no compraban a la Burila su respectivo lote de baldíos. Y ellos, los ingenuos terruñeros, compraron en su mayoría para no verse envueltos en litigios ulteriores. Como siempre, el agrimensor Valderrama les medía el globo terrícola con su pericia de verdadero “técnico”.

El abogado Catarino, aterrado con la situación de los agricultores, intensificó la lucha en contra de la Burila. Había venido como hombre nuevo, purificado en el crisol de los grandes dolores. Su actividad se multiplicó en mil facetas y en un memorial firmado por miles de colonos se dirigió al señor Presidente de la República y al Ministro de Obras, pidiendo la derogatoria de la resolución que reconocía a la Burila como la única dueña de las comarcas ocupadas por los labranceros del Quindío y parte del Valle.

Este memorial produjo tal situación en las altas esferas, que el Procurador General de la Nación, doctor Ramón Rodríguez Diago, se dirigió al Ministerio de Agricultura en estos términos:

“Los señores colonos me informan que millares de ellos ocuparon tierras baldías del Quindío y que a fuerza de constante labor las han mejorado en gran manera, de suerte que esos terrenos, antes incultos, son hoy una verdadera esperanza de progreso nacional y de aumento de la riqueza pública; que después de haber dado importancia e inmenso valor a la región, la Empresa denominada Burila, fundándose en títulos de sospechosa autenticidad y muy antiguos, ha pretendido derecho de dominio sobre los terrenos mencionados, e intimida a los colonos para sacarles dinero a cambio de títulos

definitivos de propiedad; y que como algunos persuadidos de la sinrazón de dicha Empresa, no han querido prestarse a sus maquinaciones, ella consiguió que el Ministerio de Obras Públicas expidiera algunas resoluciones en el sentido de que no se diera curso a los expedientes sobre titulaciones de porciones de terreno que han introducido algunos de los colonos. Estos procedimientos coartan el derecho de los ciudadanos, e impiden el cumplimiento de las disposiciones sobre baldíos o sobre terrenos que se consideren tales”.

Ni la sierpe que se retuerce encerrada entre llamas; ni el toro salvaje que siente hundirse en su morrillo la espada del lidiador; ni el animal enceguecido de pronto con la punzadura de un lanzazo, sienten igual que sintió el agente de la Burila cuando tuvo conocimiento del camino que estaban tomando los sucesos. Y así como el mecánico, armado de llaves especiales, recorre la fábrica atornillando aquí, o aflojando una tuerca más allá para lograr el mejor funcionamiento de la maquinaria, así el agente de la Burila aleccionó a los empleados suyos que trabajaban en los diversos pueblos, para que ejercieran una diplomacia especial con los miembros del colonizaje. Pero sucede que los subalternos invirtieron las observaciones y usaron nuevamente la audacia con los infelices, apretando demasiado donde tenían que aflojar.

2

Con el transcurso de los años se creó el departamento de Caldas. Los corregimientos fueron ascendiendo a municipios y gentes nuevas entraron a dirigir la cosa pública. Con esto queda dicho que el corregidor Melitón Arias pasó a engrosar la horda de trashumantes inescrupulosos.

Los colonos fundadores que aún vivían, fueron marchando al compás de la civilización. Guardaron las vestimentas del paisano y, en su lugar, usaron otros adminículos para

presentarse más a tono con la evolución de la sociedad. Pero esta metamorfosis no se obró en todos ellos.

Algunos no soportaron la prueba y se alejaron al campo, toda vez que allí el medio ambiente estaba muy de acuerdo con sus costumbres.

Los colonos urbanos que habían logrado sanear las fincas, comprándolas a la Burila o adquiriéndolas en sitios a donde no llegaba el dominio falaz del latifundio, enviaron sus hijos a estudiar a Manizales o a la capital de la República. El viaje lo hacían de a caballo hasta Chicoral, estación ésta en donde tomaban el ferrocarril hasta Bogotá.

La luz eléctrica entró como transfusión de sangre a robustecer el organismo de los municipios y todo pareció marchar viento en popa.

La Hoya inmensa del Quindío, abierta como almirez hacia la azul pupila de los cielos, se había constituido en crisol especial donde se mezclaban infinidad de temperamentos y características raciales para producir un nuevo tipo de hombre que preocuparía a los sociólogos colombianos. Porque de allí precisamente, de esa variedad de modalidades y levaduras múltiples, saldría un patrón étnico de firmes sonoridades energéticas.

Como esas vertientes que bajan de la montaña golpeándose de roca en roca, y unas por un declivio y otras por el contrario, conducen aguas grises, turbias o azules de lo extremadamente puras, y forman allá abajo, en el fondo, un lago de un color especial, así los distintos flujos de colonos cayeron al Quindío, y de su compenetración o cruzamiento de sangres, se produjo una nueva rama en la etnología del país.

Porque allí estaban: el antioqueño con ese natural desparpajo del vasco, emprendedor y tinoso para incrustarse en el corazón de amigos y mujeres; el santandereano previsor, hospitalario y magnánimo, con sus deseos que no caben en la extensión vastísima; el cundinamarqués fiestero, amigo de la sociabilidad como el castellano; el tolimense sanjuanero a quien no arredran los soles, ni las penalidades, porque

el corazón lo anima con sus toques de guerra; el caucano meditativo, de firmes capacidades intelectivas, amplio como sus horizontes; el nariñense simpático que arrastra las palabras en un aparente cansancio que guarda relación con la lejanía geográfica de su departamento; el costeño, confianzudo y franco cual andaluz, salado en sus decires como el mar que le sirvió de medio ambiente.

Entre pueblo y pueblo, siguiendo la dirección de los caminos que los unían entre sí, las viviendas de los labranceros se habían ido enfilando de tal modo, que parecían dentritas de las células motoras representadas en los núcleos de los municipios. En la época que analizamos, la mayoría de éstos tienen ya personalidad definida y representan una nota distinta en aquella gran sinfonía de poblaciones. Aquí se ve a Salento, matriz del colonizaje, abierta en los arranques de la cordillera, como un balcón que mira hacia el porvenir; más allá, al norte, diademada por las aguas del Otún, está Pereira, la ciudad joya de la provincia y capital de la misma. Hacia el sur se encuentran: Filandia, mirador regional, atalaya que domina el panorama inconmensurable; Circasia con sus calles rectas, hemicyclo de cariño y ventura; Quimbaya, la población precoz, la escogida para llevar el nombre de la tribu aborigen que jalonó el territorio con el oro de sus guacas; Armenia, la ciudad cosmopolita y ensoñadora, índice del progreso gigante, ceñida por cinturón de haciendas y cafetos; Calarcá, situada entre dos ríos como un paraíso de amor; Barcelona, la niña bonita; Córdoba, triscando entre dos cerros como asustadiza liebre que asoma apenas la oreja de la iglesia; Pijao, circunvalada por anillo de montañas, cuna de la alegría, regalo de fundadores en bandeja de plata; Génova, la hija de las montañas púberes; Montenegro, acuarela viva contra un horizonte de crisoberilo.

De vez en cuando las mentes de los colonos se iluminan con el fogonazo de una noticia: el encuentro de nuevas guacas. Pero todos los ánimos vuelven a permanecer indiferentes a los pocos días. Sin embargo sobre los campesinos y algunos ricos de las poblaciones sigue gravitando el problema de la Burila. Los abogados que llegan encuentran un ambiente propicio para

enredar y desenredar cuestiones de baldíos en el campesinado, y la sangre de los humildes continúa surtiendo de la gruta de los pleitos, en el dominio de las veredas.

Visita de Heraclio Uribe

1

A principios de septiembre se presentó a la oficina de Catarino, el fundador Segundo Henao, acompañado de un patriarca de barbas espesas.

—Aquí le presento, don Catarino, al ingeniero civil Heraclio Uribe quien viene de San Luis y se dirige mañana a Bogotá.

Catarino abrazó al gran colono del sur y lo invitó a seguir a su despacho.

Allí conversaron los tres amigos sobre los diversos problemas de los colonos:

Uribe dijo: —La compañía de la Burila, al formarse, no tuvo intención de hacer mal a los agricultores. Sin embargo, las autoridades estultas (y hablo de algunos corregidores) se han propasado en el cumplimiento de sus deberes. Por tal motivo yo he resuelto intervenir en la ayuda de los pobres campesinos y para ello me dirijo a la capital.

—Excelente, don Heraclio —dijo Catarino—. Yo sabía que usted ha sido en San Luis el brazo derecho de la fundación de ese rico pueblo, lo mismo que el doctor Molina, el admirable Simón López y otros. Usted ha organizado bazares para construir la iglesia y ha fundado varias escuelas, lo cual lo coloca en sitio eminente.

—Y no sólo yo me he preocupado por aquella región, sino también el curita Lisímaco Lareu. Este presbítero, extrañado con la situación de los colonos de San Luis y de Caicedonia en lo que respecta a compra de tierras a la compañía de Burila, escribió la siguiente nota al Ministro de Obras Públicas:

Heraclio leyó:

“Señor Ministro de Obras Públicas.

Bogotá.

Como complemento al memorial suscrito por varios colonos de estos corregimientos, y para que se vea la manera altamente ilegal como están procediendo los subalternos de la compañía de Burila, y algunos notarios públicos, me permito remitir a ese Ministerio, en calidad de devolución, dos copias de escrituras, debidamente autenticadas, de las varias que el señor agente ha expedido a los incautos montañeros por la venta de lotes de terrenos de los muchos que dice poseer la ya citada compañía de Burila.

Al ilustrado criterio del señor Ministro no se escapará el desastroso negocio en que están dejándose coger los infelices montañeros con la compra de terrenos que los señores de Burila les venden, siendo baldíos.

Creo, pues, señor Ministro, que poniendo cortapisa a tantos abusos, se hará un verdadero servicio a los que puedan venir con ánimo de trabajo a estas fértiles montañas.

Dios guarde a usted.

Lisímaco Lareu”.

—Maravilloso —expresó Catarino—. Ahí tiene usted, don Heraclio, un refuerzo a nuestras honradas campañas. Con esta carta del cura de San Luis ya nadie puede tacharnos de hombres parcializados, ni mucho menos de rencorosos.

—Así es, don Catarino. Ahora yo deseo, como un enamorado que soy de lo nuestro, de lo puramente colombiano, me den detalles sobre la vida de algunos colonos fundadores.

—¿De cuál de todos quiere usted saber?

—De Jesús María Suárez, ya que de los otros tengo algún conocimiento.

Y los dos amigos le contaron detalladamente los sucesos últimos que le acontecieron a este abencerraje de la colonización, los cuales se desarrollaron así:

2

En la plaza de Armenia desembocó, venido no se sabe de qué rumbos, un extranjero llamado Juan Klichsten, jugador de póker, botarate y enamorado. De tipo alto y flacuchento, por sus ojos verdosos parecía asomarse la fría astucia y la adulación reptante. No buscaba en los hombres su propio valer, sino el sonido gélido de las monedas arbitrarias. Tras el dinero de los demás, entre más intonsos mejor, se arrastraba cual molusco. Y su lengua hispida acariciaba las cerdas del escogido, dándole a su acto el aspecto proclive de ciertos aventureros. Este personaje se alió con Mamerto Ruiz, un picapleitos terrible que explotaba a los campesinos y mantenía en jaque a los abogados de pro. En otro tiempo practicaba la medicina, pero sucede que en un sueño vio que esa no era su carrera, y entonces resolvió acogerse a la de abogado. Para ello se compró unos cuantos negocios y se apersonó de ellos, acudiendo a los propios estrados de la justicia para ventilarlos. En alguno de los trabajos que presentó para defender a un fichado por latrocinio, terminaba el alegato con esta sustanciosa copla:

*¿Qué dicen las olas
rompiéndose a solas?
Que las causas justas
se defienden solas.*

Por demás está decir que el hombre acusado por abigeato —es decir, su defendido— fue condenado a la pena de seis años.

Mamerto pensaba distinto a Klichsten. Para aquél, las víctimas escogidas para el manipuleo del chantaje eran aquellas que descollaban en el núcleo social. Desempeñaba el papel del rayo que prefiere los árboles más elevados para destrozarlos con su foetazo eléctrico. Con esto queda dicho que Mamerto introdujo al extranjero a la propia morada de

Jesús María Suárez, protegiéndose mutuamente en su cacería como lo hacen la anémona y el cangrejo de mar.

Juan Klichsten le contó a Suárez que en Buenaventura tenía una famosa máquina para fabricar cerveza, la cual había traído desde Munich; pero que la falta de dinero lo había imposibilitado para hacerla llegar hasta el Quindío, en donde pensaba montar una fábrica en grande, con miras a abastecer a todo el departamento de Caldas y si era posible a la nación.

—Usted es el hombre, don Jesús, para entrar en ese negocio —recalcó Mamerto.

—Pero si yo no tengo la plata en efectivo —respondió modestamente don Jesús—. Mis bienes están apenas representados en algunas finquitas. Además, yo no conozco la maquinaria e ignoro el negocio por completo.

—Lo esencial está —martilló Mamerto—, en que usted don Jesús, dé el sí para la negociación. Lo demás es muy fácil de arreglar, pues sólo consiste en prestarle al técnico Klichsten unos cuantos pesos para poder traer la maquinaria desde el puerto. Ese dinero lo conseguimos hipotecando cualquiera de sus propiedades.

Don Jesús dudó un poco y dijo:

—Primero tengo que ver la maquinaria de que se trata.

—Está muy bien —agregó Mamerto—. Le daremos gusto, pero tiene que acompañarnos a Buenaventura. Como usted ve, es un negocio famosísimo, superior a los entierros y a las guacas.

El extranjero se fue adelante y aprovechando sus pequeñas dotes de pintor de birlibirloque, retocó la maquinaria con diversos sapolines. Cuando llegaron el colono y el picapleitos, quedaron maravillados.

—¿Qué es esto? —inquirió don Jesús.

—Una turbina para producir la energía eléctrica —contestó el extranjero con mucho aplomo.

—¿Y esto otro?

—Dos compresores para producir el frío.

—¿Y lo de más allá?

—Son las calderas generadoras del vapor que mueve las máquinas de la cervecería. El gas carbónico está en aquellos tubos gruesos parecidos a biberones. Los barriles para el envase están en aquellos cajones que se ven frente a la bodega.

—Muy bien, muy bien —decía Suárez entusiasmándose con esas muestras de tecnicismo—. ¿Por qué no establece en Armenia la fábrica, amigo don Juan?

—No sé todavía en cuál de los pueblos pueda montarla. Para ello tengo que hacer primero un examen detenido de todas las aguas potables de la región. Además, necesito un socio capitalista que intervenga en la empresa, porque usted comprende que es imprescindible la construcción de un edificio apropiado que tenga sala de cocimiento, bodegas de fermentación y bodegas de reposo para colocar los tanques vitrificados.

—¿Cuánto capital se necesita más o menos para poner la fábrica a producir?

—Yo no puedo decirle con precisión, don Jesús. En todo caso en el Quindío las maderas son baratas y por esta causa no se necesita mayor desembolso.

Durante el regreso don Jesús se echaba sus largas cochas meditando en el problema de la cervecería. De esos entreveros solamente lo sacaba la voz melosa del picapleitos:

—No siamos pendejos, don Jesús. Este ingeniero quiere llevarse la maquinaria para Bogotá, si no encuentra un socio que le ayude. Usted posee un buen capital y no permitirá que suceda semejante cosa. ¿Cómo va a permitirlo un hombre como usted que le ha servido al Quindío en todos sus aspectos de progreso?

El colono, cruzándose de brazos, le respondió:

—Yo voy a pensar ese problemita muy detenidamente.

El picapleitos notó en el colono que estaba a punto de decidirse. Y para darle la tónica de que a él le preocupaba muy poco que don Jesús entrara en el negocio, le advirtió:

—En todo caso, el dinero que usted o cualquiera otro le facilite a Klichsten para movilizar la maquinaria queda muy asegurado, pues el técnico le deja en prendas el aparataje mientras consigue el socio acaudalado que necesita. Si yo fuera bien rico entraría como capitalista en dicha empresa. Imagine usted, don Jesús, que en las primeras tandas de cerveza que produzca la fábrica, se saca el dinero que se invierte en ella. Después, todo lo que se venda son utilidades.

3

Juan Klichsten se hizo saludar en el periódico local como el mejor técnico en la fabricación de cerveza amarga que hubiera llegado al país. Publicó su retrato a varias columnas.

Sonriente se acercó Mamerto a Suárez:

—¿Qué le parece, don Jesús, el personaje que tenemos entre nosotros? —le dijo mostrándole el periódico.

—Una maravilla, querido Mamerto.

Y el colono se decidió. Hízose a algún dinero por medio de hipotecas y entró de lleno en la iniciación de la empresa.

El técnico anduvo por todo el Quindío buscando el agua apropiada para la elaboración de la cerveza y se decidió por la de Circasia.

Consiguieron peones. Y en pocos meses la fábrica fue levantada con el nombre de La Imperial.

El día señalado para la inauguración del edificio y de sus productos, fueron invitados los habitantes de todos los pueblos de la región. Solícitos acudieron varios fundadores, campesinos, mujeres y artesanos. La cerveza brincaba de las botellas en espumarajos elásticos, al destaparla. Y la banda de música amenizaba la bebezón. ¡Gritos, alegría!

—Qué sabrosa... —paladeaban algunos.

—Qué ricura... —pregonaban otros.

—Para elogiarla hay que verla y hay que gustarla —terminaban todos.

Más tarde se supo que toda esta cerveza obsequiada a los asistentes de la fiesta, muy fina por cierto, había sido traída por Klichsten de una fábrica de Manizales.

Nuevos retratos fueron publicados en la prensa, y entre ellos descollaba el del colono como empresario capitalista. Lleno de entusiasmo y aconsejado por Mamerto, don Jesús compró toda la fábrica, pero siguió acompañándolo el técnico mientras aprendían el proceso de la elaboración algunos obreros nacionales.

La producción empezó con todo su apogeo, y la cerveza Imperial, como industria autóctona, fue favorecida por el pueblo. Mas dicha cerveza, pasados quince días, se enfuertaba de tal modo que rompía las botellas o envases. Y la que no se regaba motu proprio, se enfriaba a tal extremo que parecía agua de laguna, repleta de pabilos y otros sedimentos que fluctuaban como lamas, produciendo un olor insoportable de podredumbre. Esta cerveza fría, lo mismo que el envase de la otra, es decir, de la que se fugaba en presencia del afligido vendedor, fueron devueltas a la fábrica y el descrédito de La Imperial cundió por toda la comarca, pues los inconformes catadores no la bebían.

Hubo una discusión con el técnico.

—Esto es inaudito —explicó don Jesús—. Ya las hipotecas van a vencerse en mi contra y la cerveza no sirve para nada.

—No crea don Jesús —respondió el extranjero—. Es que la maquinaria está muy nueva y hay que esperar a que se curen las tinas y los fondos.

Sugestionado por las palabras del técnico, el colono dio alguna tregua a la ficticia curación. Durante este lapso se multiplicaron los impuestos, vino el pago de los obreros que no daban espera, más los intereses de las hipotecas. En este descontrol de las finanzas, don Jesús cortó relaciones con el extranjero y con su adlátere, recogió el envase que le quedaba y mandó cerrar la fábrica para averiguar la causa del

no funcionamiento. De Manizales trajo un técnico de verdad quien le afirmó:

—Esta maquinaria no sirve ni para sacar cerveza macha para curarles los cólicos a los muchachos. Si usted no la complementa con otros aparatos, se le pierde.

Las hipotecas avanzaron hacia el plazo improrrogable y el extranjero huyó. El colono se declaró en mora de intereses. Llegó la depresión, la crisis pavorosa y los acreedores se le fueron encima. Las propiedades de don Jesús apenas alcanzaron al monto de las hipotecas, y el colono, a golpe de emociones, enfermó y murió.

—Las maquinarias quedaron sin valor alguno —concluyó Segundo—. Quedan las ruinas del edificio a la vista de los viajeros como un símbolo de la injusticia que cometieron con el colono fundador, dos badulaques perversos.

—¿Y el tal Mamerto qué se hizo? —preguntó Heraclio con asombro.

—Está aquí en el Quindío —terminó Catarino—. Y lo peor de todo es que este sujeto ha estafado ya a varios colonos. En ocasiones juega a dos cartas, es decir, se hace nombrar como abogado de dos hombres que luchan por el mismo pleito.

Ley Áurea

1

Hacia un penetral, por camino estrecho y tortuoso, va un silletero conduciendo en sus amplias espaldas la figura veneranda del padre Valencia. Los años han dejado sobre sus cabellos la nevada de los altos riscos y en sus ojos cansados y adoloridos no entra ya un solo rayo de luz. Va a confesar a un enfermo en la cordillera porque lo exigió el desventurado, diciendo: Traígamen al padre Valencia. Solamente con él me confieso. E hizo pagar al peón para que condujera al anciano en una silla desde su propia morada en Armenia.

El padre Valencia, desde años atrás, no oficiaba en el ara debido a su enfermedad imprevista. Por tal causa otro sacerdote entró a ocupar su puesto en la parroquia.

Hasta su casa humilde llegaban los hombres más incrédulos y las mujeres menos fervientes en cuestiones religiosas, sin duda porque no podía verlos, o talvez por la santidad que aureolaba al ministro de Dios.

A medida que caminaba el silletero, un jayán avezado a los viajes terribles en las montañas del Chocó, el sacerdote le iba haciendo algunas preguntas:

—¿Cuánto hace que vivís por aquí, Servando?

—Cuatro años, mi padre.

—¿Y te va bien en el negocio?

—Regular mi padre. Las bestias son las enemigas de los que nos dedicamos a esta profesión y cuando empiecen a funcionar las carreteras por aquí, nos va ir mucho pior.

—Entonces, ¿qué pensás hacer?

—Dedicarme a otra clase de trabajo. El dotor Mamerto Ruiz me prometió ocuparme en una de sus fincas, pero ahora con la que le hicieron, quién sabe si se levante de la cama.

—¿Y qué le hicieron a don Mamerto?

—Que unos montañeros lo cogieron por de su cuenta y lo molieron a palos. Y lo pior es que ya lo habían postiao en las montañas de Chile, allá donde paviaron al general Mejía. Por fortuna la escopeta apenas reventó el fósforo.

A medida que avanzaban en el atajo se iban encontrando con serranos que montaban fuertes caballos. Al pasar saludaban al cura con voz cariñosa:

—Adiós padre Valencia.

—Adiós hijos —respondíales con suprema dulzura—. ¿Falta mucho para salir al camino rial? —les preguntaba.

—Ya casito salen, mi padre.

Después de algunos minutos los viajeros desembocaron en el camino ancho. Al pie de una fonda el peón divisó a varios hombres de a caballo. Eran el señor Ministro de Obras Públicas, Catarino Cardona, Zabolón Noreña y otros colonos que los acompañaban. El señor Ministro, invitado por Heraclio Uribe y Carlos Alzate López, había bajado al Quindío con el fin de estudiar la manera de arreglar el problema planteado entre los colonos y la Burila. Ahora andaba por los campos haciendo ciertas averiguaciones que le interesaban.

Cuando el silletero se acercó a ellos con su venerable carga, Catarino presentó el sacerdote ante el señor Ministro, diciéndole: —Aquí tiene su señoría a un santo que vino a estas montañas a luchar en favor de estas pobres gentes. Ahora esperamos, señor Ministro, que a su llegada a Bogotá nos resuelva este magno problema.

El Ministro apretó la diestra del sacerdote ciego que movía las órbitas tratando de verlo. Luego le expresó:

—En usted, padre Valencia, estrecho las manos de todos estos campesinos que han enriquecido la patria luchando en los surcos. Yo tengo esperanzas de que este problema con la Burila se les resolverá satisfactoriamente.

—En usted confiamos señor Ministro. Ojalá que Dios me deje presenciar ese momento feliz —replicó el sacerdote.

—Confíe, padre —intervino Zabolón—, en que el Gobierno nos hará justicia.

Después se despidieron.

El sacerdote continuó su viaje hacia la cordillera. Y notó, no sabía si en sus propios ojos o en el cerebro, una luz bienhechora de redención.

2

La visita del Ministro infundió ánimo en los pequeños propietarios y especialmente en Catarino, quien le dijo al representante del Gobierno, antes de éste partir para la capital:

—La solución del problema de los colonos del Quindío es algo que pide a gritos la misma dignidad nacional. Las parcelas les pertenecen porque las sacaron de la nada, es decir de los baldíos, y están en posesión material de la tierra. La Burila presume derecho de propiedad de toda la extensión, apoyada en títulos dudosos. Y esta no es propiedad. Por otra parte, los colonos del Quindío hay que diferenciarlos de los colonos arrendatarios. Los primeros han sido labradores pacíficos, que han entrado a la selva sin apoyo de nadie. En cambio los colonos arrendatarios han tenido ayuda de los dueños de latifundios. Y un día, movidos por agitadores inescrupulosos, le arman revuelta al propietario, queriendo desposeerlo del territorio que bondadosamente les facilitó para que sacaran de él los rendimientos de las cosechas, mediante algún contrato que favorece por iguales partes a los contratantes.

Los parceleros de la región, dirigidos por Catarino, enviaron un memorial pidiendo la derogatoria de la resolución que reconocía a la Burila como la única dueña del territorio. Este memorial estaba firmado por treinta mil colonos, tal como lo hubiera pronosticado Tigreiro en otro tiempo.

De Pijao, el Zarzal y Sevilla se enviaron otros memoriales en igual sentido y hasta los mismos concejos de los municipios se dirigieron al señor Presidente de la República, haciéndole

ver el odioso monopolio ejercido por la Burila y las asonadas que podrían presentarse si no se arreglaba la situación.

Este concierto de hechos dio por resultado la reunión plena del Consejo de Ministros en Bogotá, tendiente a resolver la tremenda cuestión.

El Ministro de Industrias dijo:

—“Y todo lo que ha sucedido en el Quindío viene a confirmar esta verdad, a saber: Que un Ministro de Estado ha dictado una especie de sentencia en que declara que los terrenos de Burila, por determinados linderos, son de propiedad particular y no forman parte de los baldíos de la nación, y como consecuencia de ello expide órdenes para que no se dé curso a las solicitudes sobre adjudicación de baldíos en toda la región, en oposición manifiesta con disposiciones fundamentales del código fiscal que prevén la manera de que los propietarios particulares u otros colonos o cultivadores que se consideren con mejor derecho puedan hacer las oposiciones que les compitan en juicio ordinario en que, con la plenitud de las formas protectoras del derecho, tengan campo de atacar y defenderse plenamente ante los jueces naturales de esta clase de controversias”.

Otro Ministro agregó:

—“No corresponde a un Ministro del Despacho Ejecutivo, sino al Poder Judicial, decidir sobre la posesión y sobre la propiedad de los bienes raíces mediante el respectivo juicio en que pueden haber inspecciones oculares, examen de títulos y de linderos y de otras muchas diligencias tendientes a demostrar la verdad y a vencer a la parte que carece de razón en la controversia, después de oír todo lo que tenga que exponer en su defensa”.

El Ministro de la Guerra entró a probar que los colonos del Quindío tenían la razón en los derechos que alegaban. Luego presentó una moción en el sentido de revocar la resolución del Ministro de Obras Públicas que reconocía el latifundio de Burila como de propiedad de dicha compañía. Esta moción fue aprobada por unanimidad.

Días después el Ministro José Antonio Montalvo dictó la siguiente resolución que terminó para siempre con los pleitos entre los colonos y la compañía de Burila, cumpliendo así las promesas que le hizo a Catarino y al padre Valencia:

“Los colonos cultivadores de la región del Quindío pueden solicitar, de acuerdo con el Código Fiscal, las adjudicaciones de baldíos a que crean tener derecho, y las oposiciones respectivas deben resolverse según lo previene ese mismo código y el de procedimientos judiciales. A su vez, los propietarios de Burila pueden ejercitar los derechos que crean tener de acuerdo con esos mismos códigos y con la legislación del país en general”.

Esta resolución fue transmitida telegráficamente a los gobernadores de Caldas y del Valle.

3

Los colonos, al saber la noticia, montan en sus caballos y salen a las plazas de los distintos pueblos que hierven de alegría. Adelante de ellos están sus jefes. En Sevilla —antes San Luis— es Heraclio Uribe el que los entusiasma con voces cariñosas. En Armenia se ve a Alejandro Suárez que saluda a los colonos con vivas a la libertad. En medio de la multitud, se divisa a María Arsenia acompañada de sus hijos y de otras mujeres del colonizaje que participan de la fervorosa animación del pueblo. Hasta el mismo padre Valencia se hace llevar a la plaza para sentir mejor la fiesta de aquellos hombres que por tanto tiempo sintieron oprimidos. Y en Calarcá, rodeado de sus gratos amigos los granjeros, Catarino sonríe complacidamente. Y como para que nada falte en el alborozo de los agricultores, Segundo Henao hace conducir en unas andas la figura aguerrida del Cacique Calarcá, labrada en madera de balsa por sus propias manos.

Por todos los pueblos, por todos los caminos, se pasean del brazo la libertad bien entendida y el amor al trabajo. El sol derrama sus millonarias lumbres, madurando los frutos con

suaves pinceladas. En los hojambres de las florestas las aves entonan arpegios desconocidos.

Ya oscureciendo —en fuertes cabalgatas— los campesinos regresan a sus hogares. Las mujeres lloran de alegría y besan la tierra al comprender que el patrimonio de sus hijos ya es libre. El galope de los caballos, al pisar las matas de los caminos, ha esparcido en el ambiente un olor a magnolias y de noche nupcial.

En las alquerías se oyen cantos nativos...

En las crestas de los montes, en los declives cordillerales, en donde quiera que existe la casita de un colono, arde una fogata, haciendo brillar la noche con las fosforescencias de un cuadro holandés.

Horas más tarde, los hombres duermen tranquilos en el seno de sus hogares. Y arriba, en las inmensidades del cielo, rutila como símbolo de paz y de esperanza, la Cruz del Sur.

Fin



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Centro de Publicaciones
de la Universidad del Quindío
(Armenia, Colombia)
en el mes de abril de 2011.